

7133

OBRAS COMPLETAS
DE
ROSALÍA DE CASTRO

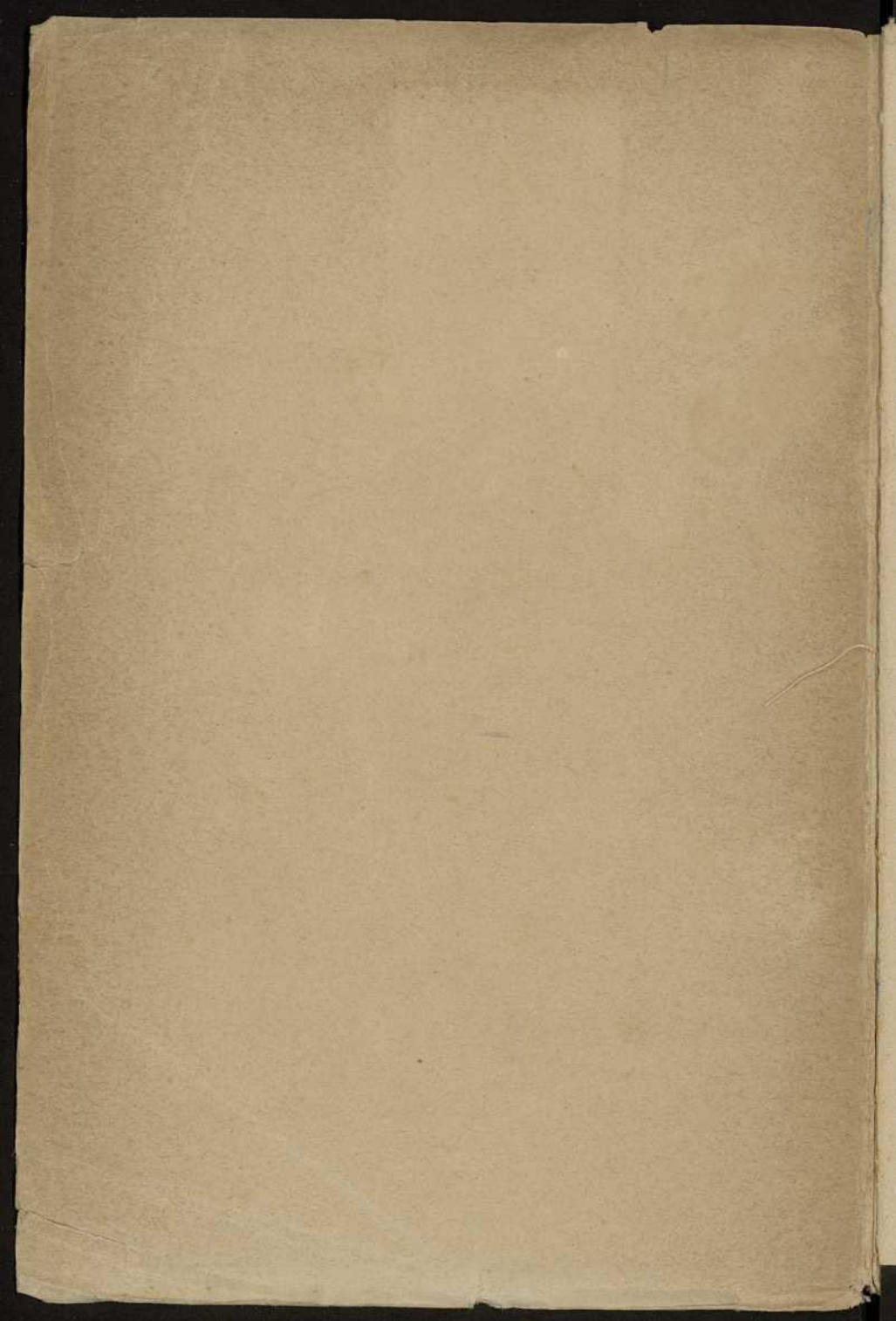
II

Follas Novas

NUEVA EDICIÓN



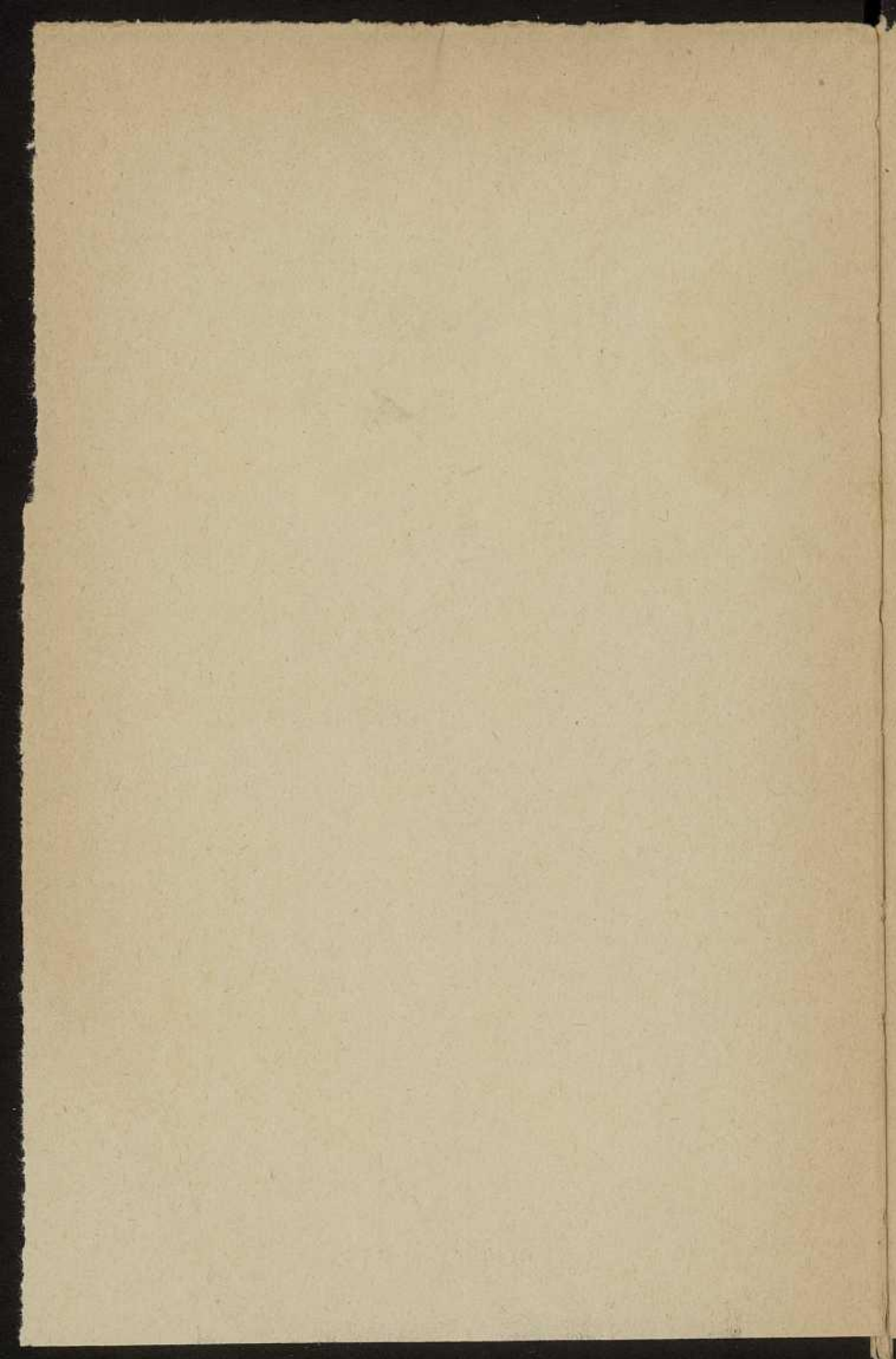
EDITORIAL PÁEZ
FERRAZ, 50.
MADRID



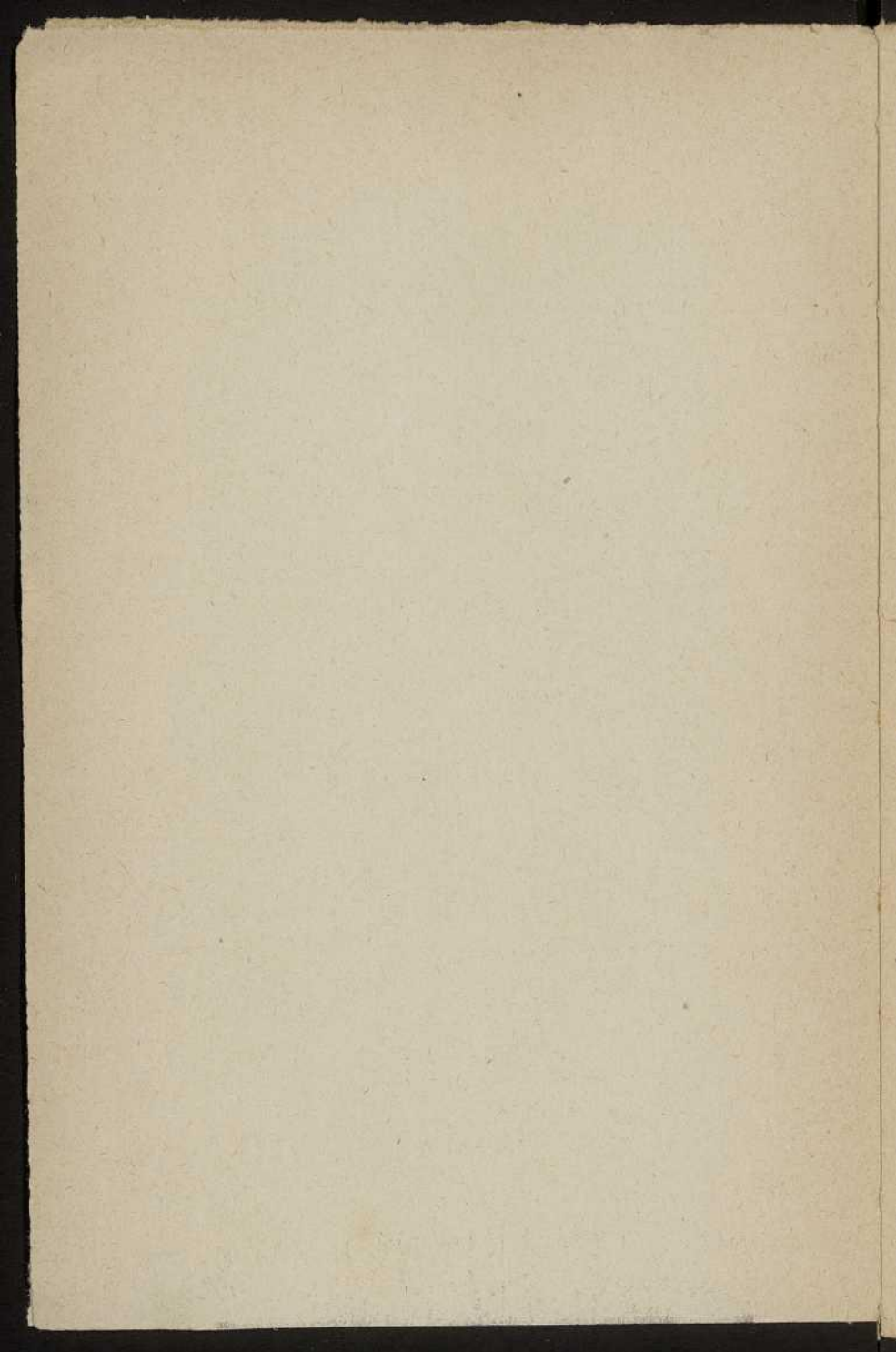
**REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA**

4628

Biblioteca



FOLLAS NOVAS



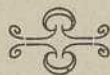
OBRAS COMPLETAS
DE
ROSALÍA DE CASTRO

II

FOLLAS NOVAS

PRÓLOGO DE
EMILIO CASTELAR

NUEVA EDICIÓN



EDITORIAL «PÁEZ»
FERRAZ, 50
MADRID

ES PROPIEDAD

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30 -- MADRID

ÓS SEÑORES D'A XUNTA DIRECTIVA

E MÁIS INDIVIDUOS QUE COMPOÑEN A

SOCIEDADE DE BENEFICENCIA
D'OS NATURALES DE GALICIA
N-HABANA

Un sentimento de gratitude faime hoxe dedicarlles este meu libro. O día en qu'os fillos de Galicia levaban a cabo n-Habana un d'os seus máis groriosos feitos (permitaseme chamarlle así, porque tal o creio); o día en qu'entr'o aplauso de todos fundóuse en tan lexana rexión a Sociedade de Beneficencia d'os naturais de Galicia, houbo quen quiso santifica'l-ô seu modo volviendo pr'a sua patria os ollos y o corazón, unindo n-aquela obra de patriotismo o recordo d'un libro que foi tamén o exaltado fruto d'amor ao noso país.

O xuntar os nomes d'os fundadores d'a Sociedade ô d'autora d'os CANTARES GALLEGOS (cousa que lles agradecein, porque me vía así unida á obra de caridade máis grata ô meu corazón), xa sei que non foi máis que como unha expresión d'amor pr'a patria ausente, qu'eu cantara, xa que non en bos versos, ô menos en versos afortunados. Sei-n-o ben; mais non por eso deixo de ter n-o que val aquel recordo, e de crêrme obrigada á

dar á esa **Sociedade** unha pública mostra d'o meu agradecemento, xa que pública foi tamén a proba d'estimación que á sua vez me deron n-aquel día os meus paisanos n-Habana.

Reciban, pois, a dedicatoria d'este meu novo libro; trata d'as cousas d'a terra, e vai escrito n-a nosa lengoa. Reciban-a, non pol-o que val, sinon pol-o que significa.

ROSALÍA CASTRO DE MURGUÍA,
Socia honoraria d'a *Sociedade de Beneficencia*
d'os naturais de Galicia n-Habana.

Santiago, 23 febreiro 1880.

PRÓLOGO

Nada me complace tanto en la vida como recorrer las regiones que componen el territorio de nuestra España y contemplar los monumentos que despiertan la memoria de nuestros padres. Los tiempos pasados se avivan y resucitan en el escenario donde sus tragedias sucedieron. El alma de los muertos vuelve, a los conjuros y evocaciones del recuerdo, como para buscar el origen de venturas o desventuras transcendentales a su nombre en el mundo y a su reposo en la eternidad. Enseña más sobre el destino de Roma un paseo por la Vía Apia, bordada de sepulcros, que un estudio de los libros de Tito Livio y de Tácito. Cuentan más Historia de España las piedras mudas de la catedral de Toledo, que las páginas grandilocuentes de Mariana y de Mendoza. Los campos de Montiel llevan aún la maldición del fratricidio de los Trastamaras; las ruinas de Poblet, cubiertas de ortigas, guardan aún las sombras augustas de los reyes de Aragón; las alturas del puerto de Muradiel revelan a los ojos más vulgares las glorias a ellas unidas como la luz a los soles; el pico de Monserrat refleja las retinas de los navegantes catalanes del Mediterráneo, que lo saludaban arrobados en sus fabulosas expediciones al oriente de Europa; las rejas de Granada parecen el poema de

la guerra santa y de la reconquista nacional, y apenas hay un rincón de la Península donde los espectáculos de la Naturaleza no estén realzados por las grandiosas escenas de la Historia.

En mi calidad de historiador he contemplado mil veces los escenarios principales de los hechos históricos, y no he visto, sin embargo, aquellos donde nuestras crónicas modernas comienzan, y la fuente de nuestra vida nacional brota, y el poema de la Reconquista se inicia, y el habla española balbucea sus primeras palabras, y el grito de ¡Dios y Libertad! resuena, y la capilla de Covadonga señala como la letra inicial de nuestras victorias, y el astur y el galaico hacen retroceder al árabe abortado por los desiertos hacia el Mediodía y al normando abortado por los mares hacia el Norte; y por doquier, así en los primitivos dialectos, de incomparable dulzura, como en las iglesias románicas, de indecible severidad, se sienten aún los vagidos de nuestro espíritu y se tocan las tablas de nuestra cuna; ¡áhl, no he visto, decía, ni Asturias ni Galicia.

¡Y cuántas veces heme fingido estas tierras en mi imaginación y he tratado de resucitarlas y de describirlas tales como las veía interiormente! Sobre todo, esa extraña y desconocida Galicia me llamaba con sus innumerables atractivos y aparecía verde y húmeda, ceñida de espumas oceánicas, tapizada de inacabables prados, llena de colinas en cuyas alturas sombreaba el bosque y a cuyos pies brilla la floresta, esmaltada por sus rías y por sus puertos, semejantes a tranquilos lagos, cubierta de castañares y de naranjales, con sus mares verdes y sus horizontes recamados de arreboladas neblinas, como una especie de Escocia meridional española, muy apropiada, cual la Escocia británica del Nor-

te, a la poesía, y al cántico, y al sentimiento de la Naturaleza.

¡Y será de ver aquella catedral, a la que volvían sus ojos los moribundos en toda la Edad Media, e iban, hasta del seno de la Bulgaria y de Rusia, los peregrinos en gran muchedumbre a ganar el perdón de sus culpas con poner los labios en las losas de su pavimento! ¡Y el alma se quedará extática en su puerta de la Gloria, pintada de tantos colores, y entre cuyos iris, semejantes a los matices de la oración, y entre cuyos dorados, semejantes a los resplandores de inmaculado éter, revolotean las innumerables figuras como místicas mariposas venidas de las flores del cielo, y surgen las estatuillas como mensajeras encargadas de elevar a las alturas celestiales las constantes aspiraciones que a lo infinito siente en su eternal carrera nuestro pobre y oscuro planeta! ¡Cómo caerán las sombras por aquellas recatadas capillas, antiguo albergue de las peregrinaciones y término santo de largo y proceloso viaje! ¡Cómo resonará por aquellas bóvedas el grito que los guerreros han proferido en Clavijo, en Calatañazor, en las Navas, en Tarifa; el grito que invocaba al Apóstol y lo traía al frente de nuestros ejércitos en su blanca cabalgadura apocalíptica! Jerusalén, Roma, Compostela, eran por aquellos tiempos de fe como las tres gradas espirituales por donde la pobre humanidad podía subir hasta ver frente a frente las tres personas de la Trinidad Santísima.

Y después de haberse confortado el ánimo con estos santos recuerdos, ¡cómo se comunicará con la Naturaleza! Ya sé por experiencia que no puede pedírsele al Norte el color de nuestras tierras meridionales y la línea inflamada que rodea como de una aureola esplendente

las aristas de la Giralda y las estrias del Parthenón. Ya sé que nuestro paganismo clásico, nuestra forma plástica, nuestro relieve escultórico, los secos torrentes en que la adelfa se corona de rosadas flores y la palma se cimbrea al soplo abrasador del simoun, jamás se encuentran en los campos eternamente verdes que el Océano riega con sus evaporaciones continuas y con sus lluvias benéficas, y que la niebla envuelve en sus velos de gasa. Pero será de ver el campo, tranquilo como los idilios de Teócrito; el prado, a la continua reverdecido por una primavera perpetua; los bosques de frutales, cargados con las abillantadas frutas; las colinas, donde en libertad crecen toda clase de arbustos; entre los altos robles y castaños, el antiguo campanario de la aldea; por los hondos valles, la cabaña con su establo y el establo con sus vacas a la puerta; serpenteando en varias direcciones la ría serena y transparente, llena de barcas ligeras que contrastan con las pesadas carretas, y trabajando sin descanso los campesinos de ambos sexos, seguidos de sus innumerables chicuelos, que entonan a una en coro esas sonatas y cantares, cuyos aires se han elevado en las composiciones de los primeros maestros europeos, lo mismo en la sinfonía pastoral de Beethoven que en la tierna *Sonámbula* de Bellini, a expresión clásica de la felicidad campestre. Galicia tiene pintores, que excuso nombrar, capaces de darnos idea tan clara de su tierra como los pintores malagueños nos la han dado de una merienda en la Caleta, o los pintores sevillanos de un baile en Triana.

Inútil buscar en las composiciones gallegas una sombra como de azabache junto a una pared cuya cal semeja al alabastro; la luz llega, ceñida por tantos vapores como hay en el aire y amortiguada por tanta vege-

tación como hay en el suelo, dulce, a guisa de caricia gallega, sin rebotes hiperbólicos, sin reverberaciones metálicas a los ojos, que pueden recibirla y gozarla en una placidez inefable. Bajo los seculares árboles de ramas bastantes a cubrir una plaza; en cercados floridos y olientes a madreSelva; sobre alfombra natural, y aunque natural mullida y blanda, el gallego, cubierto con su montera y ataviado con sus calzones y su chaqueta de paño oscuro que chapillas de plata abotonan y adornan, baila en compañía de la hermosísima gallega, en cuya cabeza flamea el pañuelo de colores realzado sobre el primoroso dengue y el oscuro zagalejo de estameña, y en cuyo cuello relucen sobre la blanca camisa los varios collares; y así, trenzan, al son de su gaita, una de esas danzas iguales a su música, por tristes, por amantes y por voluptuosas.

Lo cierto es que esta tierra, falta de calor, inspira a sus hijos una pasión tan encendida que raya en fanatismo. Ni el catalán, que se cree ciudadano de perfecta nacionalidad; ni el andaluz, que habita la región más privilegiada y más poética de España; ni el valenciano, bienhadado en sus asiáticos jardines; ni el vigoroso aragonés, aman a su patria como la ama el gallego. La sombra de sus árboles, el dejo de su agua natal, los mendrugos de su pan de maíz y de centeno, las maderas de su establo, el olor de sus vacas, el espacio de su Municipio, el tañido de la campana que toca la oración de anochecer, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada en tales términos se impone a sus sentidos, a sus sentimientos, a su conciencia, a toda su alma, a todo su ser, que al arrancarle de allí le desarraigan como si fuera un árbol, y dobla el cuello, y pierde la gana, y apaga la mirada, y desmaya de fuerzas, y decae de color, y olvida

el habla, y siente una tristeza tal en todos sus afectos y un dolor tan agudo en todo su cuerpo, que concluye el infeliz por la muerte. Hay razas de tal suerte unidas con su tierra, que al separarlas separáis los dos términos de una entidad, el alma y el cuerpo, y concluís con su existencia. La mayor parte de aquellos suicidios de pueblos, como los de Numancia y de Sagunto, que tanto nos maravillan, se explican por el apego al suelo natal, fuera de cuyo aire no pueden respirar ni vivir. Existen razas nómadas como las razas invasoras del Norte, llamadas por una vocación interior al movimiento, desasidas del suelo, juntas con su caballo y con su carro que las transportan de uno a otro territorio, las cuales se engendran en una región, nacen en otra, viven de continuo viaje, mueren sin saber el pueblo donde han nacido, y cambiando de creencias cual cambian de patria, tienen la vocación de las emigraciones y de las conquistas, por cuyo terrible poder suelen renovarse las sociedades humanas, de igual suerte que se renuevan los aires por las tempestades y por las inundaciones los campos. Pero en cambio hay otras razas a quienes jamás separaríais del territorio donde nacen y que se pegan a él como la carne al hueso. Estas son las razas que padecen el mal del país, llamado en griego nostalgia, mal horrible que termina casi siempre con la muerte. Y parece que la fatalidad lo quiere. El gallego se ve obligado, por la densidad de la población y por la tristeza del suelo, a las emigraciones constantes. Imaginaos cuál será su pena cuando trasponga la línea del horizonte sensible y deje tras sí el campanario de la iglesia parroquial en cuyo regazo ha crecido su alma; el cementerio donde yacen sus mayores, con cuyos huesos se mezclan las raíces de la vida; los hogares que han co-

bijado los afectos y las pasiones, a cuyo impulso se ha reunido la sangre y ha amasado la carne del corazón. En ningún punto del mundo donde vaya volverá a ver la zagaleja que, con la mano puesta al oído, la cabeza movida a un lado y otro, los ojos casi fuera de las órbitas, cual si buscara y no encontrara el ser amado, entona la triste canción correspondiente a la serenata andaluza, canción parecida, en su larga y triste cadencia, bien a un arrullo de amor, o bien a un suspiro de muerte. Y se comprende, se comprende perfectamente que al abandonar todos estos hogares, indisolublemente unidos a todas sus pasiones, desfallezca y muera. Y esta tristeza del alma se refleja en su poesía, que es verdaderamente una poesía melancólica del corazón.

Así tiene los caracteres de la poesía del Norte, la vaguedad y la profundidad. La Naturaleza se refleja en la conciencia de sus bardos como se reflejan los objetos en los poemas osiánicos. La estrella que luce entre las primeras sombras de la tarde; el vapor que asciende del oleaje de los mares a formar las nubes; los vientos huracanados que se estrellan al pie de la roca vestida de pinares; las hierbas de las colinas que ondean y se pliegan al beso de los céfiros; el torrente que se despeña espumoso entre los riscos; la luna coronada de nieblas, que dan mayor palidez y mayor misterio a su faz; la caverna llena de aves nocturnas, cuyos gritos se confunden con el toque de las ánimas, dan a la poesía gallega mucho del sabor que tienen los cánticos de aquéllos pueblos obligados por su latitud y por su clima a encerrarse dentro de sí mismos, y relacionar los fenómenos del Universo con los afectos y las ideas del alma.

Su lengua, sin embargo, por la riqueza de combinaciones vocales, por la dulzura de las consonancias, por

la copia de rimas, por la variedad de metrificación, por la onomatopeya de sus palabras, relaciónase con todas las lenguas meridionales, pues al oírla diríais que estáis oyendo el italiano, el provenzal, el lemosín, cualquiera de las lenguas habladas a orillas del Mediterráneo y compuestas por las relaciones y el comercio de aquellos pueblos que sobre un fondo heleno-latino ostentan esmaltes y relieves por el movimiento natural de la sociedad sobrepuestos y realzados. A estas cualidades reúne un candor, una sencillez, un sabor arcaico que muestran cómo se ha cultivado principalmente en la Edad Media, y luego, cuando la nación se formó en el siglo generador de los grandes Estados, ha tenido que ceder la palma a la gran lengua del centro, a la lengua castellana Galicia, menos abierta naturalmente a las irrupciones de extranjeros pueblos que el mediodía de España; menos helena y menos árabe, pues ni una ni otra raza han ejercido en las orillas del Atlántico el poder que en las orillas del Mediterráneo; romana, muy romana durante el Imperio, y después de la irrupción germánica esencialmente sueva, tiene una complexión más determinada y una tradición más seguida que el resto de las provincias españolas. Su habla, pues, debe ser el latín romanceado por los suevos, como el habla castellana el latín romanceado por los habitantes del centro. Sea de esto lo que quiera, existe una hermosa literatura en Galicia. El mayor de nuestros escritores y de nuestros sabios en la Edad Media, el rey Don Alfonso X, escogió el gallego para cantar loores a la Virgen Madre, y el gallego ha immortalizado los amores y los duelos del popular Macías. Y si examináis el conjunto de esa literatura, encontraréis que tienen sus poetas algo de la escuela de Suabia, tan encarecida y alabada en Alemania por la

fluidez de sus rimas, unida a la profundidad del sentimiento y de la idea.

Si la literatura gallega no tuviese ningún otro libro más que las FOLLAS NOVAS de Rosalía Castro, bastábale para su lucimiento y para su gloria. Puesto que la poesía es, como todo arte, la idea sentida con profundidad y expresada con hermosura, digo que no conozco quien sienta más y exprese mejor. La ternura se mezcla con la tristeza, la luz con el misterio, la inspiración y el estro con la verdad, formando un conjunto de tal suerte nuevo y original y suyo, que no se cansa de admirarlo el entendimiento, fatigado por lo convencional y arbitrario de artificiosas escuelas que se empeñan en resucitar lo pasado, muerto para siempre, o ya en repetir pasiva y fotográficamente la impura realidad. Rosalía siente y sabe expresar lo sentido. Su alma no liba la poesía en lo grande, en lo inmenso, en lo infinito; como la violeta, gusta de las sombras y exhala su aroma con tal humildad que excusa como grave falta el propio mérito. Pocas veces he visto expresar como en la composición titulada *Vaguedás* esas visitas de las inspiraciones varias, nubes sin formas evaporadas del corazón a la mente, y que suelen unas veces arrebolarse en las tintas de la idea, y otras veces enrojecerse en el relámpago de la pasión. Así pregunta por qué escribe y no sabe cómo responder a esta pregunta. Pues en tal ignorancia se encuentra el secreto de la verdadera vocación poética. Quien canta sin voluntad, obedeciendo a movimientos del ser como obedece el arpa a la mano que la tañe, y expresando ideas instintivas presentadas de súbito a la mente, más por sobrenaturales revelaciones que por la interior reflexión; quien hace eso ha recibido del Cielo el dón de la poesía para traerlo y depositarlo entre los abrojos de la tierra.

Teniendo este dón, no podía menos de tener con él profunda melancolía. Redentores y no llevar corona de espinas; profetas y no sentir las epilepsias de la admiración; sabios y no consumirse en el calor de la retorta donde surgen nuevos elementos; héroes y no desposarse con la muerte; poetas y no padecer con todos los que padecen, y no llorar con todos los que lloran, y no sentir la nostalgia de cielos misteriosos, ¡ah!, es completamente imposible. Rosalía está triste, y la tristeza rodea de aureola mística sus sienes, y la tristeza se plañe en todos los acordes de su lira. Así no podéis menos de llorar cuando se despide de sus prados; del claustro donde tantas veces ha gemido; de los montes negros, plateados por la alborada que brilla en el Sar y en el Sarela; de las pardas torres metropolitanas destacándose en las inciertas lontananzas; y al decirles adiós, considera que esto permanecerá perenne, inmóvil, perdurable, mientras los que se creen inmortales superiores a todos los mencionados objetos, eternos como las almas, cada día darán hacia la muerte un paso y dejarán en las tortuosidades del camino alguna ilusión o alguna esperanza. Conozco pocas emociones más magistralmente dichas que la despertada en su corazón por el interior de la catedral de Santiago. Se oye rezar a los viejos y a las viejas los padrenuestros; se ven los rayos últimos del sol en su ocaso penetrando por las vidrieras de colores y descomponiéndose en las brillantes sartas de las arañas; se siente el terror que la sobrecoge cuando al plañido de los campanarios ve las almas en pena pintadas por los altares, y las cabezas de los santos moviéndose como para contarse algún misterio unas a otras; se pregunta, por fin, al poder de la evocación, si aquellos rostros de las estatuas tienen alma, y los labios de piedra

palabras, y los arzobispos y los obispos, tendidos sobre las losas, fuerza para levantarse de sus lechos fríos como el mármol, y pedir perdón a los crucifijos, iluminados por las dudosas lámparas, y la Soledad lágrimas para llorar los dolores de su divino Hijo y la eternidad de nuestros pecados. No acierto a expresar cuánto me conmueven los pensamientos poéticos por Rosalía consagrados al cementerio, a la ermita, al enterramiento, a la mezcla de la religión con la muerte. Creeríais sus ideas florecillas brotadas en los sepulcros. Caen sobre el alma con la lánguida tristeza de las ramas del sauce y huelen a ciprés. Hace bien la poetisa cantando esos abismos insondables donde concluye el frenesí de nuestra vida y pára el movimiento vertiginoso de nuestra desatentada carrera. Yo nunca he visto sin comoverme una iglesia en los valles de mi tierra. Una iglesia, único ideal del pobre pueblo, a quien el Arte se aparece bajo la forma religiosa; nave mística, poblada de santos que interceden por nosotros y circuida de muertos que esperan su resurrección; faro luminoso, encendido sobre los escollos del mundo y que proyecta su luz en las profundidades del alma; luz solitaria, la cual se nos aparece como estrella misteriosa en el día de los tormentos; arca que flota en el diluvio de nuestras lágrimas; punto de intersección entre los caminos de la tierra y los caminos de la eternidad; influencia de toda aspiración ascendente a lo infinito y de toda inspiración descendente de lo infinito; una iglesia conmueve siempre por las lágrimas que se han evaporado en sus aires aguardando consuelo y por los cadáveres que han caído sobre su pavimento, aguardando perdón por las oraciones que aletean bajo sus bóvedas y los exvotos que penden de sus paredes, por las lenguas de fuego que manda el espíritu divino a

todo lo contingente, y las nubes de incienso que manda el espíritu humano a todo lo absoluto; por el esfuerzo que sus arcos, sus aras, sus altares, sus cúpulas representan para romper el misterio divino que envuelve la inmensidad de los espacios y que agita y hace estremecer desde el fondo de nuestro corazón hasta la cima de nuestra inteligencia.

No conozco en las diversas lenguas literarias de la Península composición alguna más tierna y más sentida que la titulada *¡Padrón!*, *¡Padrón!* Dentro de poco, así que el libro se divulgue, alcanzará renombre tan ruidoso como la inmortal composición de Bécquer «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!» Delante de un cementerio, lo primero que se le ocurre es la idea de todo cuanto acaba en nosotros al pasar de la juventud a la madurez en la existencia: las risas sin fin, los bailes sin término, los cantares dulces, los coloquios amorosos, las noches serenas, la guitarra melancólica, los acordes de la serenata, cuanto ha pasado en la vida. Sigue a esta triste reflexión sobre todo lo que llevamos muerto en nosotros mismos una pintura del cementerio de Adina, tal como se aparecía a sus ojos en la niñez, con sus olivos viejos y oscuros; con sus clérigos que toman el sol en las tapias como los viejos cipreses, y los niños que juegan entre las tumbas como las mariposas entre las flores; con las piedras tumularias que resaltan entre los montones oscuros de la tierra removida; con el blanco osario, que a lo mejor, en la callada noche, despierta la fosfórica luz de sus fuegos fatuos; con las hierbas verdes, las malvas, las cicutas, las ortigas, que crecen alimentadas por los muertos y exhalan desde la superficie de las sepulturas, mezcladas sus raíces con los huesos, el oxígeno de la vida. Naturalmente, «la emoción» que el

cementerio despierta en el alma de una niña es emoción de alegría. Y en esta alegría se encuentra lo filosófico y lo profundo del pensamiento, alcanzado por la intuición soberana del poeta. En la edad en que no hemos visto los muertos, no creemos en la muerte. Pues qué, ¿no jugamos a la puerta del cementerio como a la puerta de la escuela? ¿Habéis visto algún contraste mayor y más terrible que los divertimientos, y las risas, y los gritos de los huérfanos de dos o tres años mientras los clérigos salmodian, a la puerta de la casa en duelo y ante un ataúd lleno, los cánticos de la eternidad?

La niña ve en el cementerio de Adina la hierba sobre las sepulturas, las flores sobre las hierbas, las mariposas sobre las flores, los pájaros sobre las mariposas, el cielo sobre los pájaros, la vida que rebosa en el templo de la muerte. Pero se ha ido lejos de allí, se ha separado por mucho tiempo, y al cabo ha vuelto la infeliz. Pregunta por todos los que ha amado, y nadie le responde. El tiempo se los ha ido llevando poco a poco en sus giros, y ha despoblado de los seres predilectos a Padrón y ha poblado con sus despojos el cementerio. Así corre a él, y mira por la cerradura, y en vez de ver y oír lo que veía y oía de niña, ve la tierra removida sobre la cual vagan las almas y oye la campana plañidera que llora por los muertos.

Consolémonos. Nada en la realidad tan repugnante, ni nada en el ideal tan hermoso como la muerte. El cadáver a los ojos del cuerpo está lleno de gusanos, y a los ojos del alma circuido de ángeles. Hiede cuando nos acercamos a él con nuestro cuerpo, y embalsama el aire cuando nos acercamos con nuestra alma. ¡Qué sería de nosotros si no muriéramos nunca! Estas dudas que taladran las sienes y estos desengaños que desgarran el

corazón; el amor sin esperanza, la ilusión sin realidad, la separación de los seres queridos, la pena de la ausencia, todos estos dolores habrían de ser eternos. Sólo allende la tumba el ideal será verdad, la ilusión certidumbre, la poesía pensamiento, el pensamiento vida, la vida eternidad, la eternidad amores sin celos, satisfacciones sin desencantos, creencias sin sombras, espíritus sin cuerpos, arte sin formas, felicidad sin zozobras, la plenitud del ser, el día imperecedero de la justicia, la visión perfecta del Eterno. ¡Dios mío, que no vengan dos veces los cálices ya apurados; que no se aparten de nosotros jamás los seres tan queridos; que no suceda al ideal soñado con tanto amor el parto abortivo de la grosera realidad; que el cierzo de un nuevo desengaño no hiele, no, la última florescencia de ilusiones y la última cosecha de esperanzas; y como todo esto sea imposible en el mundo, mátanos pronto en tu divina misericordia para que pronto nuestros mismos calumniadores nos hagan justicia y nos durmamos para siempre creyéndonos bendecidos y amados, y aguardando muchas lágrimas sobre nuestras cenizas!

Una de las cualidades más sobresalientes en Rosalía Castro es la cualidad poética por excelencia, la vista intuitiva de la relación misteriosa que existe entre el mundo interior y el mundo exterior, entre el universo que compone la Humanidad y el universo que compone la Naturaleza. La esfera del horizonte y la esfera del cerebro, la luz de los ojos y la luz de los astros, las lluvias y las lágrimas, las tormentas y los dolores, la electricidad que culebrea por las nubes, y las simpatías que despedimos de nuestro ser, forman, como los asonantes un romance, como los consonantes una oda, como los tonos graves y agudos una sinfonía. La luna llena, mi-

rando al Océano, lo aviva en mareas; la mujer hermosa, mirando nuestros ojos, los enciende en fuego, que a su vez aviva y enciende el deseo. Las corrientes magnéticas en cuya virtud se pliegan las hojas de la sensitiva, tienen algo de esa otra corriente en cuya virtud se agitan unos nervios como las cuerdas de un arpa. Hay entre la palabra y la idea, entre la forma y el fondo, entre el alma y el cuerpo la misma relación que entre la electricidad y el magnetismo, que entre la luz y el calor. La serpiente fascina al pajarillo como la meditación al místico. En el yermo encontráis muchas almas y muchas alondras extáticas. El entusiasmo de los corazones contribuye al movimiento de los cuerpos como el esfuerzo de los músculos. El bacante caería rendido en su carrera si no creyese que un dios lo impulsa, y la pitonisa muerta en su trípode si no creyese que un dios habla por su boca. Los seres humanos se sostienen unos pendientes de otros en la sociedad, como los mundos sidéreos se sostienen unos a otros en la atracción universal. La mirada del tigre os da terror como la mirada de vuestro mayor enemigo, y la mirada del cordero compasión como la mirada de un niño. Existe una relación misteriosa entre los matices del prisma y las notas del músico. Pitágoras explicaba más a sus discípulos con la vista que con la palabra. Alejandro, que sólo tenía cincuenta mil hombres en Arbelas, mientras Darío tenía un millón, no quiso pelear en las tinieblas como le aconsejaba Parmemón, porque creía más en los prodigios de sus ojos que en los prodigios de su táctica. Magnetismo, electricidad, amor, voluntad, calor, pasión, luz, idea, todas estas virtudes varias se confunden, perteneciendo unas a la esfera espiritual y otras a la esfera material, como unas fuerzas se confunden con otras fuerzas en la

inmensidad del Universo. Pues pocos pensadores y pocos poetas expresan mejor estas relaciones que Rosalía Castro en sus bellísimos versos.

Si hubiéramos de calificarla con una sola palabra, calificaríamosla de poeta lírico por excelencia. Cuando se eleva en alas de robusto estilo a la poesía impersonal, objetiva, rayana con la epopeya, carece de la originalidad que la distingue en tanto grado cuando canta sus propias emociones; y si presenta el mundo externo, lo presenta en relación con su alma, celeste, luminosa, transparente, y en cuya superficie el menor soplo de las auras levanta rizos y ondulaciones, el menor reflejo de la luz extiende esmaltes, y matices el menor objeto de las orillas; el árbol frondoso y la hierba humilde, la colina que permanece inmóvil en los bordes y el ave que pasa por los horizontes, encuentran espejos y dejan de sí copias y retratos. Y siendo poeta lírico por excelencia, es por necesidad poeta elegíaco. Desde el principio al fin de sus versos dos sentimientos la poseen: sentimiento de tristeza melancólica por las desgracias universales de la vida humana, y sentimiento de tristeza exaltada por las desgracias particulares de la vida gallega. El hombre es una síntesis de la Creación. El universo sideral recoge su más bello éter para producir la luz de los humanos ojos; los flúidos electromagnéticos condensan sus más poderosas corrientes para derramarse por las cuerdas de nuestros nervios; los átomos, que acaso vienen de los confines del espacio, se acumulan en nuestro cuerpo para componer el más perfecto organismo; y sobre todas estas varias determinaciones y modos de la materia universal, se eleva en nosotros el misterio indecible, inenarrable, sublime: ese misterio del alma que llega por grados a ver lo infinito y a desembo-

car en la eternidad. Todas las cosas piensan en nosotros y todas las cosas en nosotros padecen. Nuestra voz repite el quejido universal de los seres que se duelen del esfuerzo empleado por traspasar el límite y de la fatalidad que al límite los sujeta como a su cadena, como a su prisión, como a su eterno suplicio. Este quejido, más agudo a medida que el ser crece y progresa, encuentra un eco en todas las estancias de las FOLLAS NOVAS, y un eco poético. Pero el dolor más bellamente expresado es el dolor de su madre Galicia. Se ve el aislamiento en que la patria común ha dejado a tan hermosas provincias.

Se oye el resuello de una raza forzada por su triste condición social a todos los trabajos más materiales y penosos. Se ven las marcas de las heridas seculares abiertas en los pobres campesinos por la antigua tiranía señorial. Se notan las cualidades de aquella familia de pueblos: la inteligencia aguda, la astucia fina, la tristeza perpetua. Sobre todo, el dolor de los dolores gallegos se halla repetido a cada verso: el dolor de la separación, el dolor de la ausencia, el dolor de la nostalgia, el dolor de las emigraciones; la patria apareciéndose húmeda, fresca, verde, sencilla como un idilio, grata como una mañana de primavera, con su aroma de frutas y flores, con sus cadencias campestres repetidas por la zampoña y por la gaita, con sus rías transparentes y tranquilas, en medio de los ardores del implacable trópico y las tristezas del forzado destierro. Toda obra poética, por subjetiva, por particular, por personalista que a primera vista parezca, es una obra social. Los dolores de Galicia hablan por boca de Rosalía, y los hombres de Estado, los que han tenido el Gobierno en sus manos, que hoy lo tienen, los que mañana pueden volver a te-

nerlo, necesitan, heridos por voces tan dulces como ésta, averiguar la cantidad de satisfacciones que deben darse a las justas exigencias de esas provincias y el remedio que puede colegirse entre todos para sus antiguos e inveterados males. No olvidemos que hace poco un escritor insigne del vecino reino trazaba una especie de nacionalidad literaria compuesta de portugueses, brasileños y gallegos. Estas cosas podían pasar por juegos de la imaginación cuando no habían transcurrido horribles crisis, y no se habían visto ciertas tendencias que podrían reaparecer mañana, ora bajo la bandera del absolutismo, ora bajo la bandera de la demagogia, que tantos desastres han derramado en nuestros territorios y tantas amarguras en nuestros corazones. Para matar el provincialismo exagerado no hay medio como satisfacer las justas exigencias provinciales. No olvidemos que muchas de nuestras regiones, como Galicia por ejemplo, tienen brillantísima literatura propia, la cual, respondiendo a una ley de la vida, a la ley de variedad, debe coexistir con la literatura nacional, sin daño de la patria, mayor a medida que crecen sus hijos y se fortifican los órganos que componen su cuerpo y se abrilantan las estrellas que pueblan su cielo. Rosalía, por sus libros de versos gallegos, es un astro de primera magnitud en los vastos horizontes del arte español.

EMILIO CASTELAR.

DUAS PALABRAS D'A AUTORA

Gardados estaban, ben podo decir que para sempre, estos versos, e xustamente condenados pol-a sua propia índole á eterna olvidanza, cando, non sin verdadeira pena, vellos compromisos obrigáronme á xuntal-os de prèsa e correndo, ordenal-os e dal-os á estampa. N'era esto, en verdade, o qu'eu quería, mais n'houbó outro remedio; tiven que conformarme c'ò duro d'as circunstancias que así o fixeron. «¡Vayan en boa hora, lles dixen estonces, estes probes enxendros d'a miña tristura; vaya antr'os vivos o que xa é, pol-a sua propia natureza, cousa d'unha morta ben morta!» E fóronse, sin qu'eu sepa pra qué, nin me faga falla sabel-o.

Máis de dez años pasaron—tempo cáseque fabuloso á xusgar pol-a prèsa con que hoxe se vive—desque a mayor parte d'estos versos foron escritos, sin que as contrariedades d'a miña vida desasosegada, e unha saude decote endebre, me permitisen apousar n-eles os meus cansados ollos y o meu fatigado esprito. Ô leelos de novo, vin ben craro cómo era incompreto e probe este meu traballo poético, cánto lle faltaba para ser algo que valla, e

non un libro máis, sin outro mérito que a perene melancolía que o envolve, e que algúns terán, non sin razón, como fatigosa e monótona. Mais as cousas teñen de ser com'as fan as circunstancias, e s'eu non puden nunca fuxir as miñas tristezas, os meus versos menos. Escritos n-o deserto de Castilla, pensados e sentidos n-as soidades d'a natureza e d'o meu corazón, fillos cativos d'as horas de enfermidade e d'ausencias, refrexan, quisáis con demasiada sinceridade, o estado d'o meu espírito unhas veces, outras a miña natural disposición (que n'en balde son muller) á sentir como propias as penas alleas. ¡Ay!, a tristeza, musa d'os nosos tempos, conóceme ben, e de moitos anos atrás; mirame como sua, é outra como eu, non me deixa un momento, n'inda cando quero falar de tantas cousas com'andan hoxe n-o aire e n-o noso corazón. ¡Tola de min!, ¿N-o aire, dixen?, ¡n-o meu corazón, inda mais fora d'el! Anqu'en verdade, ¿qué lle pasará á un que non sea como se pasas'en todol-os demáis? ¡En min y en todos!; ¡n-a miña alma e n-as alleas!... ¿Mais diráse por eso que me teño por unha inspirada, nin que penso haber feito o que se di un libro transcendental? Non, nin eu o quixen, nin me creo con forzas pra tanto. N-o aire andan d'abondo as cousas graves, é certo; fácil é conocele-as, e hastra falar d'elas; mais son muller, e ás mulleres, apenas s'á propia feminina franqueza ll'é permitido adiviñal-as, sentil-as pasar. Nós somos arpa de sóyo duas cordas, a imaxina-

ción y o sentimento; n-o eterno panal que traballamos alá n-o íntimo, solasmente se da mel, máis ou menos dõce, de máis ou menos puro olido, pero mel sempre, e nada máis que mel. Que s'os problemas que tñen ocupados os máis grandes entendementos teñen algo que ver con nosco, è nentramentas que os que comparten e levan á unha con nosoutras os traballos d'a vida non poden ocultarnos de todo as suas tristezas e os seus desfalecementos! É d'eles ver ás chagas e sondal-as e buscarlles precuro; é noso axudarlles á soportal-as, máis con feitos iñorados que con palabras e romores. O pensamento d'a muller é lixeiro; góstanos, com'ás volvoretas, voar de rosa en rosa sobre as cousas tamén lixeiras: n'è feito para nós o duro traballo d'a meditación. Cand'á el nos entregamos, imprenámol-o, sin sabel-o siquera, d'a innata debilidade, e se nos é fácil enganar os espritos frívolos ou pouco acostumados, non suced'o mesmo c'os homes d'estudio e reflexión, que logo conocen que baixo d'a crara corrente d'a forma non s'atopa máis que o limo insubstancial d'as vulgaridades. E n-os dominios d'a especulación como n-os d'o arte, nada máis inútil nin cruel que ò vulgar. D'elo fuxo sempre con total-as miñas forzas, e por non caer en tan gran pecado nunca tentei pasar os límites d'a simple poesía, qu'encontr'ás veces n-unha expresión feliz, n-unha idea afertunada, aquela cousa sin nome que vai direita como frecha, traspasa as nosas carnes, fainos estreme-

cer, e resoa n-a y-alma dorida como un outro jail que responde ô largo xemido que decote levantan en nós os dôres d'a terra.

Depois d'o xa dito, gtendrei que añadire qu'este meu libro n'é en certa maneira fillo d'a mesma inspiración que dou de sí os *Cantares gallegos*? Páreceme que non. Cousa este último d'os meus días d'esperanza e xuventude, ben se ve que ten algo d'a frescura propia d'a vida que comenza. Mais o meu libro d'hoxe, escrito, coma quen di, en medio de todol-os destellos, non pode ter, anque quixera, o encanto que soye emprestarlles a inocencia d'as primeiras impresiós: que o sol d'a vida, coma o que aluma o mundo que habitamos, non loce n-os seus albores d'a mesma sorte que cando vai poñerse tristemente, envolto antr'as nubes d'o postreiro outono.

Por outra parte, Galicia era n-os *Cantares* o obxeto, a y-alma enteira, mentras que n-este meu libro d'hoxe, às veces, tan soyo a ocasión, anque sempre o fondo d'o cuadro: que si non pode senon c'a morte despirse o espírito d'as envolturas d'a carne, menos pode o poeta prescindir d'o medio en que vive e d'a natureza que o rodea; ser alleo á seu tempo e deixár de reproducir, hastra sin pensal-o, a eterna e layada queixa que hoxe eisan todol-os labios. Por eso iñoro o que haxa n-o meu libro d'os propios pesares, ou d'os alleos, anque ben podo têl-os todos por meus, pois os acostumados á desgracia, chegan a contar por suas

as que afrixen ós demais. Tant' e así, que n-este meu novo libro preferín, ás composicións que puderan decirse personales, aquelas outras que, con máis ou menos acerto, expresan as tribulacións d'os que, uns tras outros e de distintos modos, vin durante largo tempo sufrir o meu arredore. ¡E sófrese tanto n-esta querida terra gallega! Libros enteiros poideran escribirse falando d'o eterno infortunio que afrixen ós nosos aldeáns e mariñeiros, soya e verdadeira xente d'o traballo n-o noso país. Vin e sentín as súas penas como si fosen miñas, mais o que me conmoveu sempre, e pol-o tanto non podía deixar de ter un eco n-a miña poesía, foron as innumerables coitas d'as nosas mulleres: criaturas amantes para os seus y os extraños, cheas de sentimento, tan esforzadas de corpo como brandas de corazón, e tamén tan desdichadas que se dixeran nadas solasmentes para rexer cantas fatigas poidan afrixer á parte máis froxa e inxel d'a humanidade. N-o campo, compartindo metade por metade c'os seus homes as rudas faenas; n-a casa, sopor-tando valerosamente as ansias d'a maternidade, os traballos domésticos y as arideces d'a probeza. Soyas o máis d'o tempo, tendo que traballar de sol á sol, e sin axuda pra mal manterse, pra manter ós seus fillos, e quisáis o pai valetudinario, parecen condenadas á non atoparen nunca reposo senon n-a tomba.

A emigración y o Rei arrebatánlles de continuo o amante, o hirman, o seu home, sostén d'a familia

de cote numerosa, e así, abandonadas, chorando o seu desamparo, pasan a amarga vida antr'as incertidumbres d'a esperanza, a negrura d'a soidade y as angustias d-unha perene miseria. Y o máis desconsolador pra elas é, que os seus homes vans'indo todos, uns porque ll'os levan, y outros porque o exemplo, as necesidades, ás veces unha cobiza, anque disculpabre, cega, fannos fuxir, d'o lar querido, d'aquela á quen amaron, d'a esposa xa nai, e d'os numerosos fillos, tan pequeniños qu'inda n'acertan á adiviñar, os desdichados, a orfandade á que os condenan.

Cando n-as suas confianzas estas probes mártires s'astreven á decinos os seus sacretos, a chorar os seus amores, sempre vivos, á doerse d'as suas penas, descróbese n-elas tal delicadeza de sentimentos, tan grandes tesouros de ternura (qu'a inteireza d'o seu carácter n'é bastante á mermar), unha abnegación tan grande, que sin querer sentímonos inferiores á aquelas obscuras e valerosas heroínas que viven e morren levando á cabo feitos maravillosos por sempre iñorados, pero cheos de milagres d'amor e d'abismos de perdón. Historias dinas de ser cantadas por mellores poetas d'o qu'eu son, e cuyas santas armonías deberan ser expresadas c'unha soya nota e n-unha soya corda: n-a corda d'o subríme, e n-a nota d'o delor. Anque sin forzas pra tanto, tentei algo d'eso, sobre todo n-o libro titulado *As viudas d'os vivos e as viudas d'os mortos*; mais eu mesma conoso

que non acertei á decir as cousas qu'era menester. As miñas forzas son cativas; quéreas mayores quen haya de cantarnos con toda a súa verdade e poesía tan sencilla como dolorosa epopeya.

.....

Creerán algúns que porque, como digo, tentei falar d'as cousas que se poden chamar homildes, é porqué m'exprico n-a nosa lengoa. N'é por eso. As multitudes d'os nosos campos tardarán en lêr estos versos, escritos á causa d'eles, pero sô en certo modo pra eles. O que quixen foi falar unha vez máis d'as cousas d'as nosa terra, n-a nosa lengoa, e pagar en certo modo tamén o aprecio e cariño que os *Cantares gallegos* despertaron en algúns entusiastas. Un libro de trescentas páxinas, escrito n-o dôce dialecto d'o país, era n-aquel entonces cousa nova, e pasaba pol-o mesmo todo atrevemento. Aceptáron-o, y o qu'é máis, aceptáron-o contentos, y-eu comprendín que desd'ese momento quedaba obrigada á que non fose o primeiro y-o último. N'era cousa de chamar as xentes á guerra, e desertar d'a bandeira qu'eu mesma había levantado.

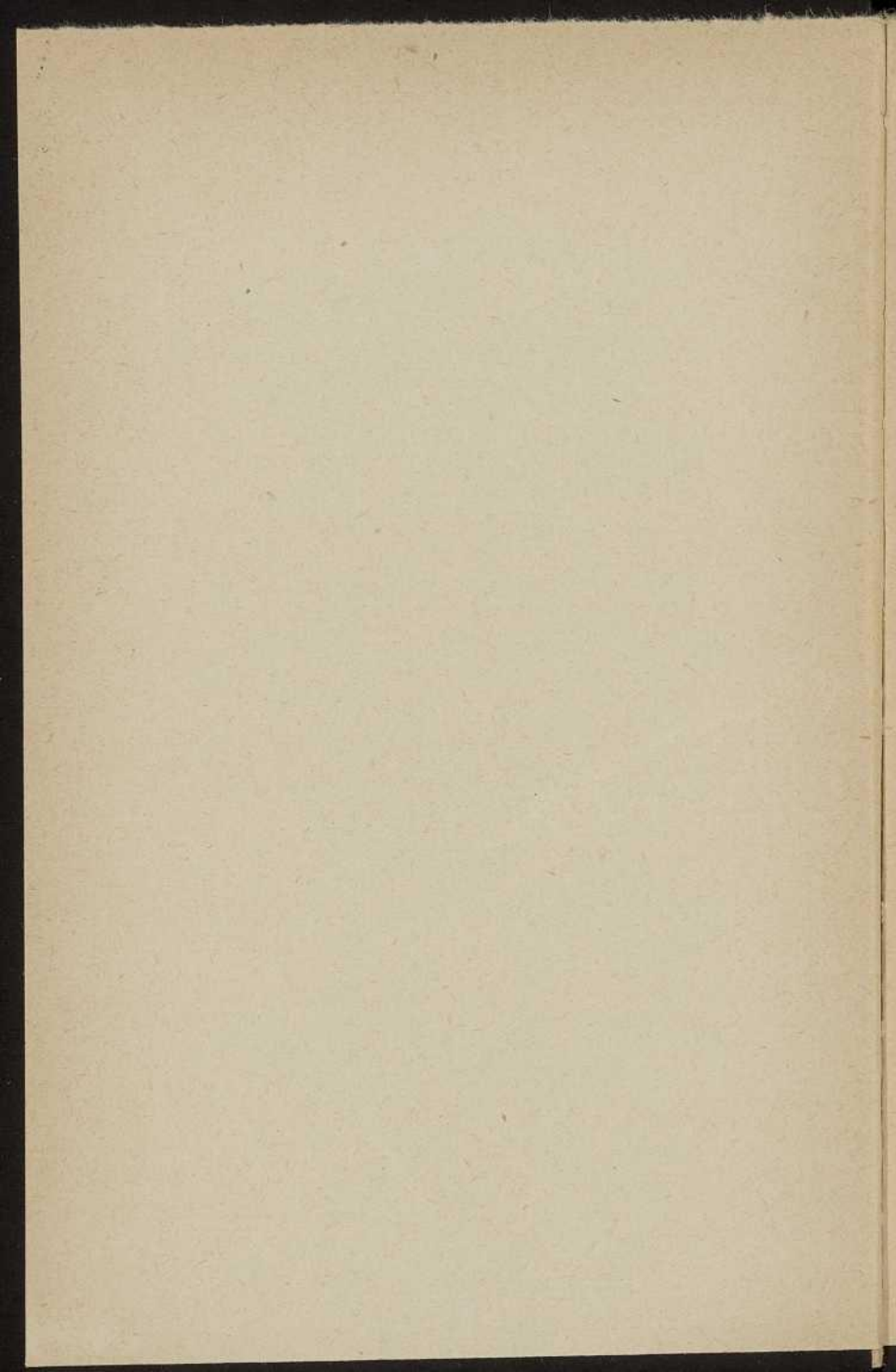
Alá van, pois, as FOLLAS Novas que mellor se dirían vellas, porque o son, e últimas, porque pagada xa a deuda en que me parecía estar co'a miña terra, difícil é que volva á escribir máis versos n-a lingua materna. Alá van en busca, non de triunfos, senon de perdós; non de alabanzas, senon d'olvidos; non d'as predileucións d'outros tempos,

senon d'a beninidade que di d'os maos libros
—¡Deixálos pasar!—é o qu'eu deseyo: que os deixen
pasar, como un romor máis, como un perfume
agreste que nos trai consigo algo de aquela poe-
sía, que nascendo n-as vastas soidades, n-as cam-
pías sempre verdes d'a nosa terra, e n-as prayas
sempre hermosas d'os nosos mares, ven direita-
mente á buscar o natural agarimo n-os corazóns que
sufren e aman esta querida terra de Galicia.

Santiago, 30 de marzo de 1880.

LIBRO PRIMERO

VAGUEDÁS



D'aquelas que cantan as pombas y as froes
Todos din que teñen alma de muller;
Pois eu que n'as canto, Virxe d'a Paloma,
¡Ai!, ¿de qué'a terei?

II

Ben sei que non hai nada
Novo en baixo d'o ceo,
Qu'antes outros pensaron
As cousas qu'hora eu penso.

E ben, ¿para qu'escribo?
E ben, porqu'así semos,
Relox que repetimos
Eternamente o mesmo.

III

Tal com'as nubes
Que leva o vento,
Y agora asombran, y agora alegran
Os espacios inmensos d'o ceo,
Así as ideas
Loucas qu'eu teño,
As imaxes de múltiples formas
D'extrañas feitura, de cores incertos,
Agora asombran,
Agora acrarian,
O fondo sin fondo d'o meu pensamento.

IV

Diredes d'estos versos, y é verdade,
Que tén extraña insólita armonía,
Que n-eles as ideas brillan pálidas
 Cal errantes muxicas
 Qu'estalan por istantes
 Que desaparecen xiña,
Que s'asomellan â parruma incerta
Que voltexa n-o fondo d'as curtiñas,
Y ô susurro monótono d'os pinos
 D'a veira-mar bravía.

Eu direivos tan sô qu'os meus cantares
Así sãn en confuso d'alma miña,
Como sai d'as profundas carballeiras,
 Ô començar d'o día,
 Romor que non se sabe
 S'é rebuldar d'as brisas,
 Si son beixos d'as froes,
S'agrestes, misteirasas armonías
 Que n-este mundo triste
O camiño d'o ceu buscan perdidas.

V

¡Follas novas!, risa dame
Ese nome que levás,
Cal s'á unha mouroa ben mouroa,
Branca ll'oise chamar.

Non *Follas novas*, ramallo
De toxos e silvas sós,
Hirtas, com'as miñas penas,
Feras, com'a miña dor.

Sin olido nin frescura,
Bravas magoás e ferís...
¡Se n-a gándara brotades,
Como non serés así!

VI

¿Qué pasa ô redor de min?
¿Qué me pasa qu'eu non sei?
Teño medo d'unha cousa
Que vive e que non se ve.
Teño medo â desgracia traidora
Que ven, e que nunca se sabe ónde ven.

VII

Algúns din ¡miña terra!
Din outros ¡meu cariño!
Y éste, ¡miñas lembranzas!
Y aquél, ¡ou meus amigos!
Todos sospiran, todos,
Por algún ben perdido.
Eu sô non digo nada,
Eu sô nunca sospiro,
Qu'o meu corpo de terra
Y o meu cansado esprito,
Adondequer qu'eu vaya
Van connigo.

VIII

Alá, pol-a alta noite,
Â luz d'a triste e morimunda lámpara
Ou antr'a negra escuridad medosa,
O vello ve pantasma.

Uns son árbores muchos e sin follas,
Outros, fontes sin augua,
Montes qu'a neve eternamente crube,
Ermos que nunca acaban.
Y ô amanecer d'o día,

Cando c'a última estrela aqueles marchan,
Outros veñen máis tristes e sañudos,
Pois a verdade amarga,
Escrita trân n-os apagados ollos
E n-as asienes calvas.

Non digás nunca, os mozos, que perdeches
A risoña esperanza:
D'o qu'á vivir comenza, sempr'é amiga;
¡Sô enemiga mortal de quen acaba!...

IX

Paz, paz deseada
Pra min, ¿ónde está?
Quixáis n'hei de tel-a...
¡N'a tiven xamás!

Sosego, descanso,
¿Ond'hei d'o atopar?
N-os mals que me matan,
N-a dor que me dan.

¡Paz, paz, ti és mentira!
¡Pra min non'a hail!

X

Unha vez tiven un cravo
Cravado n-o corazón,
Y eu non m'acordo xa s'era aquel cravo
D'ouro, de ferro ou d'amor.
Sóyo sei que me fixo un mal tan fondo,
Que tanto m'atormentou,
Qu'eu día e noite sin cesar choraba
Cal chorou Madanela n-a Pasión.
«Señor, que todo o podedes
—Pedínlle unha vez á Dios—,
Dáime valor pr'arrincar d'un golpe
Cravo de tal condición.»
E doum'o Dios e arrinqueim'o,
Mais... ¿quén pensara?... Despois
Xa non sentín máis tormentos
Nin soupén qu'era delor;
Soupén sô que non sei qué me faltaba
En donde o cravo faltou,
E seica..., seica tiven soidades
D'aquela pena... ¡Bon Dios!
Este barro mortal qu'envolve o espírito
¡Quén o entenderá, Señor!...

XI

Cand'un é moi dichoso, moi dichoso,
¡Incomprensible arcano!
Cáxeque—n'é mentira anqu'o pareza—
Ll'a un pesa d'o ser tanto.

Que n-ò fondo ben fondo d'as entrañas
Hai un deserto páramo
Que non s'enche con risas nin contentos,
Senon con froitos d'o delor amargos.

Pero cand'un ten penas
Y é en verdá desdichado,
Oco n'atopa n-o ferido peito,
Por qu'a dor, jénche tanto!

Tan abonda é a desgracia nos seus dones,
Qu'os verte, ¡Dios ll'o pague!, ôs regazados.
Hastra qu'o qu'os recibe
¡Ail, reventa de farto.

XII

Hoxe ou mañan, ¿quén pode decir cándoo?
Pero quisáis moi logo,
Viránme á despertar, y en vez d'un vivo,
Atoparán un morto.

Ô rededor de min levantaránse
Xemidos dolorosos,
Ayes d'angustia, choros d'os meus fillos,
D'os meus filliños orfos.

Y eu sin calor, sin movemento, fría,
Muda, insensibre á todo,
Así estarei cal me deixare a morte
Ô helarme c'o seu sopro.

E para sempre ¡adiós cant'eu quería!
¡Qué terrible abandono!
Antre cantos sarcasmos,
Hai, ha d'haber, e houbo,
Non vin ningún qu'abata máis ôs vivos
Qu'o d'a humilde quietú d'un corpo morto,

XIII

Xa nin rencor, nin desprezo,
Xa nin temor de mudanzas;
Tan sô unha sede..., unha sede,
D'un non séi qué, que me mata.
Ríos d'a vida, ¿ónde estades?
¡Aire!, qu'ó aire me falta.

—¿Qué ves n-ese fondo escuro?
¿Qué ves que tembras e calas?
—¡Non vexo! Miro cal mira
Un cego â luz d'o sol crara.
E vou caer alí en onde
Nunca o que caí se levanta,

XIV

Aquel rumor de cántigas e risas,
Ir, vir, algarear;
Aquel falar de cousas que pasaron
Y outras que pasarán;
Aquela, en fin, vitalidade inquieta
Xuvenil, tanto mal
Me fixo, que lles dixen:
«Ivos e non volváis.»

Un á un desfilaron silenciosos
Por aquí, por alá,
Tal como cando as contas d'un rosario
S'espallan pol-o chan:
Y o rumor d'os seus pasos, mentres s'iñan
De tal modo hastra min veu resoar,
Que non máis tristemente
Resoará quisáis
N-o fondo d'os sepulcros
Ultimo adiós qu'un vivo ôs mortos da.

Y ô fin soya quedei, pero tan soya,
qu'oyo d'a mosca o inquieto revoar,
D'o ratiño o roer terco e constante,

E d'o lume o *chis chas*,
Cando d'a verde ponla
O fresco zugo devorando vai,
Parece que me falan, qu'os entendo,
Que compañía me fan;
Y este meu corazón lles di tembrando:
«¡Por Dios!... ¡non vos vayás!»

¡Qué dòce, mais qué triste,
Tamén é a soedad!

XV

Á un batido, outro batido,
Á unha dor, outro delor,
Tras d'un olvido, outro olvido,
Tras d'un amor, outro amor.

Y ô fin de fatiga tanta
E de tan diversa sorte,
A vellés que nos espanta,
Ou o repousar d'a morte.

XVI

Cand'era tempo d'inverno
Pensaba en dónd'estarías;
Cand'era tempo de sol
Pensaba en dónd'andarías.
¡Agora... tan soyo penso,
Meu ben, si m'olvidarías!

XVII

Mais vé, qu'o meu corazón
É unha rosa de cen follas,
Y é cada folla unha pena
Que vive apegada n-outra.

Quitas unha, quitas duas,
Penas me quedan de abonda;
Hoxe dez, mañan corenta,
Desfolla que te desfolla...

¡O corazón m'arrincaras
Desqu'as arrincaras todas!

XVIII

C'o seu xordo e constante marmurio
Atraim'o oleaxen d'ese mar bravío,
Cal atraí d'as sirenas o cantar.
«N-este meu leito misterioso e frío
—Dime—vén brandamente á descansar.»

Él namorado está de min... o deño!
Y eu namorada d'el,
Pois saldremos c'o empeño,
Que s'el me chama sin parar, ¡eu teño
Unhas ansias mortais d'apousar n-ell...

XIX

Ando buscando meles e frescura
Para os meus labios secos,
Y eu non sei cómo, ni por ónde, atopo
Queimores e amarguxos.

Ando buscando almibres qu'almibaren
Estos meus agres versos,
Y eu non sei cómo, ni por ónde, sempre
Se lles atopa un fero.

Y o ceo e Dios ben saben
Non teño a culpa d'eso;
¡Ayl, sin querel-o, tiña,
O lastimado corazón enfermo,

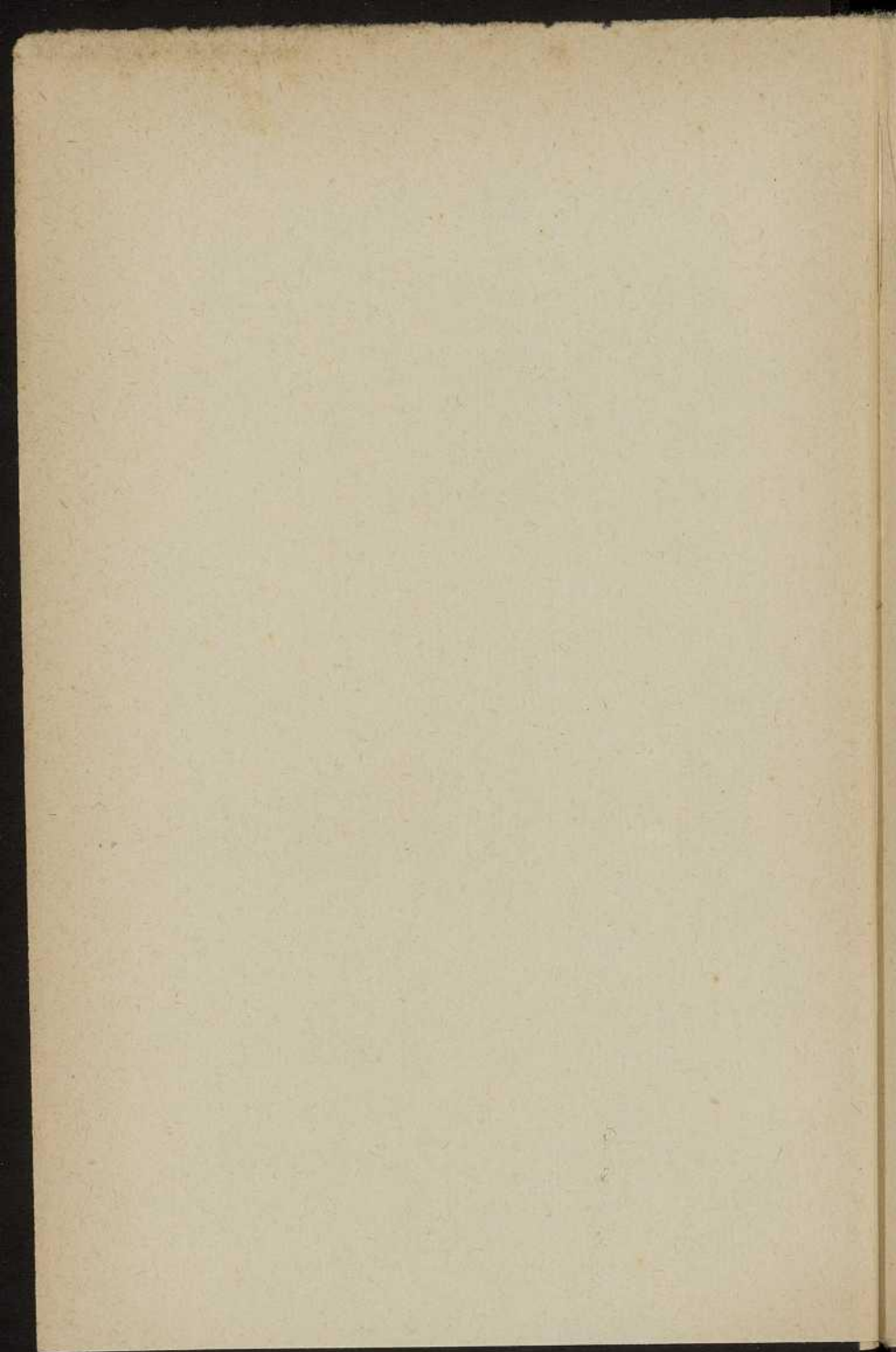
XX

¡SILENCIO!

A man nerviosa e palpitante o seo,
As niebras n-os meus ollos condensadas,
Con un mundo de dudas n-os sentidos
E un mundo de tormentos n-as entrañas;
Sentindo cómo loitan
En sin igual batalla
Inmortales deseios que atormentan,
E rencores que matan;
Mollo n-a propia sangre a dura pruma
Rompendo a vena hinchada,
Y escribo..., escribo..., ¿para qué? ¡Volvede
Aò máis fondo da y-alma,
Tempestosas imaxes!
¡Ide á morar c'as mortas relembrazas!;
Qu'a man tembrosa n-o papel sô escriba
¡Palabras, e palabras, e palabras!
¿D'a idea a forma inmaculada e pura
Ónde quedou velada?

LIBRO SEGUNDO

¡DO ÍNTIMO!



¡ADIÓS!

¡Adiós!, montes e prados, igrexas e campanas,
¡Adiós!, Sar e Sarela, cubertos d'enramada,
¡Adiós!, Vidán alegre, muiños e hondonadas,
Conxo, o d'o craustro triste y as soedades prácidas,
San Lourenzo, o escondido, cal un niño antr'as ramas
Balvis, para min sempre o d'as fondas lembranzas,
Santo Domingo, en onde cant'eu quixen descansa,
Vidas d'a miña vida, anacos d'as entrañas.
E vos tamén, sombrisas paredes solitarias
Que me viches chorare soya e desventurada,
¡Adiós!, sombras queridas; ¡adiós!, sombras odiadas;
Outra vez os vaivéns d'a fortuna
Pra lonxe m'arrastran.

Cando volver, se volvo, tod'estará ond'estaba;
Os mesmos montes negros y as mesmas alboradas
D'o Sar e d'o Sarela, mirándose n-as auguas.
Os mesmos verdes campos, as mesmas torres pardas,
D'a catredal severa, olland'as lontananzas;
Mail-os qu'agora deixo, tal com'a fonte mansa,
Ou n-o verdor d'a vida, sin tempestás nin bágoas,

¡Cánto, cand'eu tornare, vítimas d'a mudanza,
Terán de prèsa andado n-a senda d'a disgracia!
Y-eu..., mais eu, ¡nada temo n-o mundo,
Qu'a morte me tarda!

Grilos e ralos, rans albariñas,
Sapos e bichos de todas crás,
Mentras aó lonxe cantan os carros,
¡Qué serenatas tan amorosas
N-os nosos campos sempre nos dan!

Tan sô acordarme d'elas,
Non sei o que me fai:
Nin sei s'é ben,
Nin sei s'é mal.

* * *

¡Cál as nubes n-o espacio sin límites
Errantes voltexan!
Unhas son brancas,
Outras son negras,
Unhas, pombas sin fei me parecen,
Despiden outras
Luz de centela...

Sopran ventos contrarios n-altura
Y á desbandada,
Van levándoas sin orden nin tino,
Nin eu sei pra ónde,
Nin sei por qué causa:

Van levándoas, cal levan os anos
Os nosos ensoños
Y á nosa esperanza,

* * *

Rico ou probe, algún día
¡Con qué contento e pracidadez folgaba!
Y agora probe ou rico, ao desdichado,
¡Todo, todo lle falta!

En balde veñen días, pasan anos,
E inda sigros pasaran:
S'hai abondosas fontes que se secan,
Tamén as hai que eternamente manan;
Mais as fontes perenes n-esta vida
Son sempre envenenadas.

N-elas o espírito que ofendido pena,
N-a humidá enferma d'o rencor se baña
Sin que dado lle sea
Beber d'olvido n-as saudosas augas.

¡Odiol, fillo d'o inferno,
Pode acabá-l-o amor; mais ti n'acabas,
Mamoria que recorda-l-as ofensas.
Sí, sí, ¡de ti mal haya!

N-A CATREDAL

Com'algún día, pol-os corrunchos
D'o vasto tempro
Vellos e vellas, mentras monean
Silban as salves y os padrenuestros,
Y os arcebispos n-os seus sepulcros,
Reises e reinas, con gran sosego
N-a paz d'os mármoreos tranquilos dormen
Mentras n-o coro cantan os cregos.
O órgano lanza tristes cramores,
Os d'as campanas responden lexos,
Y-a santa imaxen d'o Redentore
Parés que suda sangue n-o Huerto.

¡Señor Santísimo, ôs teus pés, ¡cánto
Tamén d'angustia sudado teño!
Mais s'o pecado castigas sempre,
Ô qu'afrixido vai á pedirch'o
Daslle remedio.

O sol poniente, pol-as vidreiras
D'a Soledade, lanza serenos

Rayos, que firen descoloridos
D'a Groria os ángeles y-o Padre Eterno.
Santos e apóstoles, ¡védeos!, parece
Qu'os labios moven, que falan quedo
Os uns c'os outros, e aló n-altura
D'o ceu a música vai dar comenzo,
Pois os groriosos concertadores
Tempran risoños os istrumentos.

¿Estarán vivos?, ¿serán de pedra
Aqués sembrantes tan verdadeiros,
Aquelas túnicas maravillosas,
Aqueles ollos de vida cheos?
Vos qu'os fixeches de Dios c'axuda
D'inmortal nome, Mestre Mateo,
Xa qu'ahí quedaches homildemente
Arrodillado, faláime d'eso;
Mais co eses vosos cabelos rizados
Santo d'os croques, calás... y eu rezo.

Aquí está a Groria, mais n-aquel lado,
N-aquela arcada negrexica, o inferno
C'as almas tristes d'os condenados,
Ond'as devoran todol-os demos.
D'alí non podo quitál-os ollos,
Mitá asombrada, mitá con medo,
Qu'aqueles todos se me figuran
Os d'un delirio, mortaes espeutros.

¡Cómo me miran eses calabres
Y aqueles deños!
¡Cómo me miran, facendo moecas
Dend'as colunas ond'os puxeron!
¡Será mentira, será verdade!
¡Santos d'o ceo,
Saberán eles que son a mesma
D'aqueles tempos!...
Pero xa orfa, pero enloitada,
Pero insensibre cal eles mesmos...
¡Cómo me firen!... Voume, sí, voume,
¡Que teño medo!

Mais xa n-os vidros d'a grand'araña
Cai ò postreiro
Rayo tranquilo qu'o sol d'a tarde
Pousa sereno;
Y en cada prancha d'a araña hermosa
Vivos refrexos,
Cintileando com'as estrelas,
Pintan mil cores n-o chan caendo,
E fan qu'a tola d'a fantesía,
Soñe milagres, finxa portentos.
Mais de repente veñen as sombras...,
Tod'é negrura, tod'é misterio...
Adiós alxofres, e maravillas...
Tras d'o Pedroso púxose Febo.

Coma pantasmas cruzan as naves
Silbando salves e padrenuestros

Vellos e vellas qu'á Dios lle piden,
Él tan sô sabe cáles remedios;
Que cand'o mundo nos deixa, é soyo
Cando buscamos con ansia o ceo.

Ôs pés d'a Virxe d'a Soledade
¡De moitos anos nos conocemos!...
A oración dixen qu'antes dicía,
Fixen mamoria d'os meus sacretos,
Para mi madre deixei cariños,
Par'os meus fillos miles de beixos,
Pol-os verdugos d'o meu esprito
Recei... e funme, pois tiña medo.

* * *

¡Corré, serenas ondas cristaiñas,
Pasad'en calma e maxestosas, como
As sombras pasan d'os gróriosos feitos!
¡Rodade sin descanso, como rodan
Â eternidá xeneraciós sin número
Que cal eu vos contemplo, contempláranvos!
Daime vosos perfumes, lindas rosas;
D'a sede que m'abrasa, craras fontes
Apagad'o queimor...; nubes de gasa
Cubrid cal velo de lixeiro encaixe
D'o ardente sol os briladores rayos.
E ti temprada e-caríñosa brisa,
Dá comenzo ôs concertos misteriosos.
Antr'os carballos d'a devesa escura
Por ond'o Sar vai marmurando leve.

O tempo pasou rápido; a centela
Tal vez máis lentamente o espaço inmenso
Atravesa ô caer, qu'eles, os anos,
Pra min correron en batallas rudas...
¡Mais correron por fin... y-o día chega!...
Dame os teus bicos y-os teus brazos ábreme

Aquí onde o río, n-a espesura fresca...
Á ninguén digas ond'estou...: con frores
D'as qu'eu quería, a delatora mancha
Crube..., e que nunca c'o meu corpo acerten
Profanas mans para levarme lexos...
¡Quero quedar ond'os meus dōres foron!

* * *

Cada noite eu chorando pensaba...
Qu'esta noite tan grande non fora
Que durase..., e durase entretanto
 Que'a noite d'as penas
 M'envolve loitosa.

Mais a luz insolente d'o día,
 Constante e traidora,
 Cad'amañecida,
Penetraba radiante de gloria
Hastra'o leito d'ond'eu me tendera
Co'as miñas congoxas.

Desde estonces busquei as tiniebras
 Máis negras e fondas,
E busquéi-n-as en vano, que sempre
Tras d'a noite topaba c'a aurora...
Sô en mí mesma buscando n-o oscuro
 Y entrando n-a sombra,
Vin a noite que nunca s'acaba
 N-a miña alma soya.

TI ONTE MAÑAN EU

Caín tan baixo, tan baixo,
Qu'a luz onda min non vai;
Perdín de vista as estrelas
E vivo n-a escuridá.

Mais, aspera..., jo que te riches
Insensibre ô meu afán!
Inda estou vivo..., inda podo
Subir para me vingar.

Tirá pedras ao caído,
Tiráille anque sea un cento;
Tirá..., que cando cayades,
Han-vos de facé-l-o mesmo.

Deixa que n-esa copa donde bebes
As dozuras d'a vida,
Unha gota de fel, unha tan sóyo,
O meu dorido corazón exprima.
Comprenderás estonces
Cómo abranda a delor as pedras frías,
Anqu'abrandar non poida
Almas de ferro e peitos homicidas.

BÔS AMORES

Cal olido de rosas que sai d'antr'o ramaxen
N-unha mañan de mayo, hai amores soaves
Que n'inda vir se sinten, nin se ve cánd'entraren
Pol-a mimosa porta qu'o corazón lles abre

De seu, cal s'abre n-o agosto

A frol ô orballo d'a tarde.

E sin romor nin queixa, nin choros, nin cantares,
Brandos así e saudosos, cal alentar d'os ánxeles,
En nós encarnan puros, corren co'a nosa sangre
Y os ermos reverdecen d'o espírito onde moraren.

Busca estes amores..., búscalos,

Si téis quen ch'os poida dare;

Qu'estes son sóyo os que duran

N-esta vida de pasaxen.

AMORES CATIVOS

Era delor y era cólera,
Era medo y aversión,
Era un amor sin medida,
¡Era un castigo de Dios!

Qu'hai uns negros amores d'índole penzofíenta
Que privan os espíritos, que turban as concencias,
Que morden, s'acariñan, que cando miran queiman,
Que dan dôres de rabia, que manchan e qu'afrentan.
Máis val morrer de friaxen
Que quentarse á sua fogueira.

* * *

Abrid'as frescas rosas,
Brilad'os caraveles
D'o seu xardín; ¡hou árbores! vestivos
C'as lindas follas verdes.
Parras qu'un tempo sombra nos prestaches,
A cubrirvos de pámpanos volvede.
Natureza fermosa,
A mesma eternamente:
Dill'ós mortaes, de novo ôs loucos dille
¡Qu'eles no máis perecen!

DE BALDE...

Cando me poñan o hábito,
S'é qu'o levo;
Cando me metan na caixa,
S'é qu'a teño;
Cand'o responso me canten,
S'hai con qué pagarl'ôs cregos,
E cando dentro d'a coba...
¡Qu'inda me leve San Pedro
Se sô ô pensal-o non río
Con unha risa d'os deños;
Qu'enterrar, han enterrarme
Anque non lles den diñeirol...

¿QUÉN NON XIME?

Luz e progreso en todas partes..., pero
As dudas n-os corazós,
E bágoas qu'un non sabe por qué corren,
E dôres qu'un non sabe por qué son.

Outro cantar, din, cansados
D'este estribilo, os que chegando van
N-unha nova fornada, e qu'andan cegos
Buscando o qu'inda non hai.

¡Réprobos!... Sempre ô oculto preguntando
Que, mudo, nada vos di:
Buscade á fe, que se perdeu n-a duda
E deixá de xemir.

Mais eles tamén perdidos
Por unha y outra senda van e vên
Sin que sepan, ¡coitados!, por ónd'andan,
Sin paz, sin rumbo e sin fe.

.....
Trist'é o cantar que cantamos,
¿Mais qué facer s'outro mellor non hai?
Moita luz deslumbra os ollos,
Causa inquietude o moito deseyar.
Cand'un ha peste arrebatada
Homes tras homes, n'hai máis
Que enterrar de prèsa os mortos,
Baixá-l-a frente, e esperar
Que pasen as correntes apestadas...
¡Que pasen!..., qu'outras virán.

Ladraban contra min que camiñaba
Cáxeque sin aliento,
Sin poder c'o meu fondo pensamento
Y a pezoña mortal qu'en min levaba.
Y a xente que topaba
Ollándome a mantenta
D'o meu dôr sin igual y a miña afrenta
Traidora se mofaba.
Y eso que nada máis qu'a adiviñaba.
Si a souperan, ¡Dios mío!,
Pensei tembrando, contra min volvera
A corrente d'o río.

Buscand'o abrigo d'os máis altos muros,
N-os camiños desertos,
Ensangrentando os pés nos seixos duros,
Fun chegando ô lugar d'os meus cariños
Maxinando espantada: «Os meus meniños,
¿Estarán xa despertos?
¡Ai, qu'ô verme chegar tan maltratada,

Chorosa, sin alento, e ensangrentada,
Darán en s'afixir..., mal pocadiños,
Por sua nai mal fadada!»

Pouco á pouco fun indo
Y as escaleiras con temor subindo,
C'o triste corazón sobresaltado:
¡Escoitei!... Nin as moscas rebulían
N-o berce ond'os meus ánxeles dormían
Co'a Virxen ô seu lado.

* * *

¿Por qué, miña almiña,
Por qu'hora non queres
O que antes querías?

¿Por qué, pensamento,
Por qu'hora non vives
D'amantes deseyos?

¿Por qué, meu esprito,
Por qu'hora te humildas,
Cand'eras altivo?

¿Por qué, corazón,
Por qu'hora non falas
Falares d'amor?

¿Por qué xa non bates
Cón dõce batido
Que calma os pesares?

¿Por qué, en fin, Dios meu,
Á un tempo me faltan
A terra y-o ceu?

¡Hou ti, roxa estrela
Que din que connigo
Nasciche, poideras

Por sempre apagarte,
Xa que non pudeche
Por sempre alumarme!...

O TOQUE D'ALBA

D'a catedral campana
Grave, triste e sonora,
Cand'ô rayar d'o día
O toque d'alba tocas,
N-o espaço silencioso
Soando malencólica,
As tuas bataladas
Non sei qué despertares me recordan.

Foron algúns tan puros
Coma o fulgor d'aurora,
Outros cal a esperanza
Qu'o namorado soña;
Y â derradeira inquietos,
Mitá luz, mitá sombras,
Mitá un pracer sin nome,
E mitá unha sorpresa aterradora.

¡Ai!, qu'os anos correron
E pasaron auroras,
E menguaron as ditas,
E medrán as congoxas.
E cand'hora, campana,

O toque d'alba tocas,
Sinto que se desprenden
D'os meus ollos bagullas silenciosas.

¡Qué xorda e tristemente,
Qué pavorosa sóas
No meu esperto oído,
Mensaxeira d'a aurora,
Cand'ô romper d'o día
Pausadamente tocas!...
¿En dónde van aqueles
Despertares de dichas e de gloria?

¡Pasaron para sempre!
Mais tí, grave e sonora,
¡Ai!, ô romper d'o día,
C'a tua voz malencólica
Vés de cote á lembrarm'os
Cada nascente aurora;
E parece qu'á morto
Por eles e por min á un tempo dobras.

D'a catedral campana,
Tan grave e tan sonora,
¿Por qué á tocar volveches
A y-alba candorosa
Desqu'eu houben d'oírte
En bagullas envolta?
Mais ben pronto..., ben pronto; os meus oídos
Nin t'oírán n-a tarde nin n-a aurora.

* * *

¡Mar!, c'as tuas auguas sin fondo,
¡Ceo!, c'a tua inmensidá,
O fantasma que m'atterra
Axudádeme á enterrar.

É máis grande que vos todos
E que todos pode máis...
C'un pé posto onde brilan os astros,
E outro ond'a coba me fán,

Impracabre, bulrón e sañado,
Diante de min sempre vai,
Y amenaza perseguirme
Hastr'a mesma eternidá.

* * *

Cava lixeiro, cava,
Xigante pensamento,
Cava un fondo burato ond'a memoria
D'o pasado enterremos.
¡A terra c'os difuntos!
¡Cava, cava lixeiro!
E por lousa daráslle o negro olvido,
Y a nada lle darás por simiterio.

* * *

Cando penso que te fuche,
Negra sombra que m'asombras,
Ô pé d'os meus cabezales
Tornas facéndome mofa.

Cando maxino qu'ês ida,
N-o mesmo sol te m'amostras,
Y eres a estrela que brila,
Y eres o vento que zoa.

Si cantan, ês ti que cantas;
Si choran, ês ti que choras,
Y ês o marmurio d'o río
Y ês a noite y ês a aurora.

En todo estás e ti ês todo,
Pra min y en min mesma moras,
Nin m'abandonarás nunca,
Sombra que sempre m'asombras,

A VENTURA É TRAI DORA

Tembra á qu'unha inmensa dicha
N-este mundo te sosprenda;
Glorias, aquí, sobrehumanas
Trân desventuras supremas.
Nin maxines que pasan os dôres
Como pasan os gustos n-a terra;
¡Hay infernos n-a memoria
Cando n'os hay n-a concencia!

Cal arraigan as hédra n-os muros,
N-algúns peitos arraigan as penas,
E unhas van minando a vida
Cal minan outra-l-as pedras.
Sí; tembra cando n-o mundo
Sintas unha dicha imensa;
Val máis qu'a tua vida corra
Cal corre a y-augua serena.

* * *

Lévame á aquela fonte cristaiña
Onde xuntos bebemos
As purísimas auguas qu'apagaban
Sede d'amor e llama de deseyos.
Lévame pol-a man cal n'otros días...
Mais non, que teño medo
De ver n-o cristal líquido
A sombra d'aquel negro
Desengano sin cura nin consolo
Qu'antr'os dous puxo o tempo.

Ô PAZO D'A...

• Era ô caer d'a tarde,
Encomenzaba o cántico d'os grilos,
Xorda a presa ruxía,
Brilaban lonxe os lumes fuxitivos.
Ô pé d'o monte, maxestuoso erguíase
N-aldea escura o caserón querido,
C'a oliva centenaria
De cortinax ô ventanil servindo.
Deserta a escalinata,
Soy o materno niño,
Y enriba d'el caendo misteriosas
Co as sombras d'o crepúsculo, as d'o olvido.

¿Quén ao pasado volve
Os ollos compasivos?
¿Quén se lembra dos mortos,
S'inda non poden recordarse os vivos?

* * *

N-o ceo, azul crarísimo;
N-o chan, verdor intenso;
N-o fondo d'a alma miña
Todo sombriso e negro.
¡Qu'alegre romaría!
¡Qué risas e contentos!...
Y os meus ollos en tanto
De bágoas están cheos.
Cubertos de verdura
Brilan os campos frescos,
Mentras qu'a fel amarga
Rebosa n-o meu peito.

A XUSTICIA POL-A MAN

Aquês que têm fama d'honrados n'a vila
Roubáronme tanta brancura qu'eu tiña,
Botáronme estrume n-as galas d'un día,
A roupa decote puñéronm'a en tiras.

Nin pedra deixaron en ond'eu vivira;
Sin lar, sin abrigo, morei n-as curtiñas,
Ô raso c'as lebres dormín n-as campías;
Meus fillos..., ¡meus anxos!..., que tant'eu quería,
¡Morreron, morreron, c'a fame que tiñan!

Quedei deshonorada, mucháronm'a vida,
Fixéronm'un leito de toxos e silvas:
Y en tanto, os raposos de sangue maldita,
Tranquilos n-un leito de rosas dormían.

—*Salvádeme ¡hou, xueces!*, berrei... ¡Tolería!
De min se mofaron, vendeum'a xusticia.

—*Bon Dios, axudáime*, berrei, berrei inda...
Tan alto qu'estaba, bon Dios non m'oíra.

Estonces, cal loba doente ou ferida,
D'un salto con rabia pillei a fouciña,
Rondei paseniño... ¡Ni-as herbas sentían!

Y a lua escondíase, y a fera dormía
C'os seus compañeiros en cama mullida.

Mirei-n-os con calma, y as mans extendidas,
D'un golpe, ¡d'un soyo!, deixénos sin vida.
Y ô lado, contenta, senteime d'as vítimas,
Tranquila, esperando pol-a alba d'o día.

Y estonces..., estonces cumpréuse a xusticia,
Eu, n-eles; y as leises, n-a man qu'os ferira.

* * *

Dios puso un velo enriba
D'os nosos corazóns,
Velo qu'oculta abismos
Qu'El pode ollar tan sô.

Cand'eu penso o que viran
N-o qu'adorand'estou
Homilde e de rodillas
Cal s'adora al Señor,
S'este velo caíse
De repente antr'os dous,
Tembro..., e incrinand'a frente
Digo: «¡Qué sabio é Dios!»

¡Tas-tisl, ¡tas-tisl, n-a silenciosa noite
Con siniestro compás repite a péndola,
Mentras a frecha aguda
Marcand'un y outro instante antr'as tiniebras,
D'o reloxo sempre imóvil
Recorre lentamente a limpa esfera.
Todo é negrura en baixo
E sô n-altura imensa,
Sô n-anchura sin límites d'o ceo
Con inquietú relumbra algunha estrela,
Cal n-a cinza d'as grandes estivadas
Brilan as charamuscas derradeiras.
Y a péndola no máis xorda batendo
Cal bate un corazón qu'hinchan as penas,
esóa pavorosa
N-a escuridade espesa.
En vano a vista con temor n-o escuro
Sin parada vaguea;
Uns tras d'outros instantes silenciosos
Pasando van, e silenciosos chegan

Outros detrás, n-a eternidá caendo
Cal cai o grau n-a moedora pedra,
Sin qu'o porvir velado ôs mortais ollos
Rompan as pesadas brétemas.

¡Qué triste é a noite, y o relox qué triste,
S'inquieto o corpo y a concencia velan

AMIGOS VELLOS

Cand'antr'as naves tristes e frías
D'alto mural,
Cal elas fría, cal elas triste,
Ô ser d'a tarde vou á rezar,
¡Qué pensamentos loucos e extraños
À miña mente veñen e van!

Xordo silencio qu'eu xa conoço,
Qu'é meu amigo d'anos atrás,
Pero qu'é cheo d'outras lembranzas,
Per'ond'o espírito parez que escoita
Eco mortal,
Reina n-os ámbitos d'a gran basílica
Con misteriosa serenidad.

Incertas sombras, rayos tembrosos,
Cabo d'o altar,
Pousan, vaguean, foxen y agrándanse
D'adiante atrás.
Y o Santo Apóstol, sempre sentado
No seu sitial

De prata e ouro, contempra inmóvil
Con ollos fixos canto alí está.

¡Quén fora pedra, quén fora santo
D'os qu'alí hail,
Coma San Pedro, n-as mans as chaves,
C'o dedo en alto como San Xoan,
Unhas tras outras xeneraciones
Vira pasar,
Sin medo â vida, que da tormentos,
Sin medo â morte, que espanto da.

Logo s'acaba d'a vida a triste
Pelerinax.
Os homes pasan, tal como pasa
Nube de vran.
Y as pedras quedan..., e cand'eu morra,
Ti, catredal,
Ti, parda mole, pesada e triste,
Cand'eu non sea, t'inda serás.

* * *

Mayo longo..., mayo longo;
Todo cuberto de rosas,
Para algúns, telas de morte,
Para outros, telas de bodas.

Mayo longo, mayo longo,
Fuches curto para min,
Veu contigo a miña dicha,
Volveu contigo á fuxir,

LUA DESCOLORIDA

Lua descolorida
Como cor d'ouro pálelo:
Vesme y eu non quixera
Me vises de tan alto.
Ô espaço que recorres
Lévame, caladiña, n-un teu rayo.

Astro d'as almas orfas,
Lua descolorida:
Eu ben sei que n'alumas
Tristeza cal a miña.
Vái contallo á teu dono
E dílle que me leve adond'habita.

Mais non lle contes nada
Descolorida lua,
Pois ni n-este ni n-outros
Mundos terei fertuna.
Se sabes ond'a morte
Ten a morada escura,
Dílle que corpo y alma xuntamente
Me leve adonde non recordan nunca,
Ni n-o mundo en que estou nin n-as alturas.

¡Qué pracidamente brilan
O río, a fonte y o sol;
Cánto brilan!..., mais non brilan
Para min, non.

¡Cál medran herbas e arbustos,
Cál brota n-o árbor a froll!
Mais non medran nin frorecen
Para min, non.

¡Cál cantan os paxariños
Enamoradas cancións!
Mais anque cantan, non cantan
Para min, non.

Cál a Natureza hermosa
Sorri á mayo qu'a mimou;
Mais para mí non sorri,
Para min, non.

Sí..., para todos un pouco
D'aire, de luz, de calor...
Mais si para todos hai,
Para min, non.

¡E ben!..., xa qu'aquí n'atopo
Aire, luz, terra nin sol,
¿Para min n'habrá unha tomba?
Para min, non.

EXTRANXEIRA N-A SUA PATRIA

N-a xa vella baranda
Entapizada d'hedras e de lirios
Foise á sentar calada e tristemente
Frente d'o templo antigo.

Interminable procesión de mortos,
Uns en corpo no máis, outros n-o espírito,
Veu pouco á pouco aparecer n-altura
D'o dereito camiño,
Que monótono e branco relumbraba
Tal com'un lenzo n-un herbal tendido.

Contemprou cál pasaban e pasaban
Correndo hacia o infinito,
Sin que ô fixaren n-ela
Os ollos apagados e afundidos
Deran sinal nin moestra
D'habela n-algún tempo conocido.

Y uns eran seus amantes n-outros días,
Deudos eran os máis y outros amigos,
Compañeiros d'a infancia,
Sirventes e veciños.

Mais pasando e pasando diante d'ela
Fono os mortos aqueles prosiguinto,
A indiferente marcha
Camiño d'o infinito,
Mentras cerraba a noite silenciosa
Os seus loitos tristísimos
En torno d'a extranxeira n-a sua patria,
Que sin lar nin arrimo,
Sentada n-a baranda contemplaba
Cál brillaban os lumes fuxitivos.

*¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!*

I

Aquelas risas sin fin,
Aquel brincar sin delor,
Aquela louca alegría,
 ¿Por qué acabou?
Aqueles dōces cantares,
Aquelas falas d'amor,
Aquelas noites serenas,
 ¿Por qué no son?
Aquel vibrar sonoro
D'as cordas d'a arpa y os sons
D'a guitarra malencónica,
 ¿Quén os levou?
Todo é silencio mudo,
 Soidá, pavor,
Ond'outro tempo a dicha
 Sola reinou...

*¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!*

II

O simiterio d'Adina
N'hai duda qu'é encantador,
C'os seus olivos escuros
De vella recordación;
C'o seu chan d'herbas e frores
Lindas cal n'outras dou Dios;
C'os seus canónegos vellos
Que n-el se sentan ô sol;
C'os meniños qu'alí xogan
Contentos e rebuldós;
C'as lousas brancas qu'o cruben,
E c'os húmedos montons
De terra, ond'algunha probe
Ô amanecer s'enterrou.

Moito te quixen un tempo,
Simiterio encantador,
C'os teus olivos escuros,
Mais vellos qu'os meus abós;
C'os teus cregos venerables,
Que s'iban sentar ô sol,
Mentras cantaban os páxaros
As matutinas canciós,
E c'o teu osario homilde
Que tanto respeto impón
Cando d'a luz que n-el arde
Ve un de noite o resprandor.

Moito te quixen e quérote,
Eso ben o sabe Dios;
Mais hoxe, ô pensar en ti
Núbrasem'o corazón:
Qu'a terra está removida,
Negra e sin frois...

¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! Adiós!

III

Fun un día en busca d'eles,
Palpitante o corazón,
Fúnos chamando un á un
E ningún me contestou.

Petei n-unha y outra porta,
Non sentín fala nin voz,
Cal n-unha tomba valdeira
O meu petar resonou.

Mirei pol-a pechadura,
¡Qué silencio!... ¡Qué pavor!...
Vin no máis sombras errantes
Qu'iban e viñan sin sôn,
Cal voan os lixos leves
N-un rayo d'o craro sol.

Erguéronsem'os cabelos
D'extrañeza e de delor.

¡Nin un soyo!..., ¡nin un soyo!
¿Ond'están? ¿Qué d'eles foi?
O triste són d'a campana,
Vagoroso á min chegou...
¡Tocaba á morto por eles!...

¡Padrón!... ¡Padrón!...
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

PASADE

Brila rayo d'aurora
Cal un sono de paz branco e purísimo,
¿Á aquel que naceu cego, qué ll'importa
O teu fulgor divino?

Xemí, serenas ondas,
C'o romor d'os pinares;
Músicas, ¡ai!, e cantos y armonías,
Par'un xordo, ¿qué valen?

¡Pasá!..., pasade, hermosas,
Feitizo d'os qu'esperan e d'os qu'aman;
Amores e praceres son mentira
Pra quen ten seca a y-alma.

¿Por qué, Dios piadoso,
Por qué chaman crime
Ir en busca d'a morte que tarda,
Cando á un esta vida
Lle cansa e lle afixe?

Cargado de penas,
¿Qué peito resiste?
¿Cál rendido viaxero non quere
Busca'-l-o descanso
Qu'o corpo lle pide?

¿Por qué s'un non rexe
As dores qu'o oprimen
Por qué din que t'amostras airado
De qu'un antr'as tombas
A frente recrine?

Inferno n-o mundo,
É inferno sin límites
Máis alá d'esa coba sin fondo

Qu'a y-alma cobiza,
Qu'os ollos non miden.

S'é qu'esto é verdade,
¡Verdade terrible!
Ou deixad'un inferno tan soyo
De tantos qu'eixisten,
Ou si non, Dios santo, ¡piedade d'os tristes!

¡SOYA!

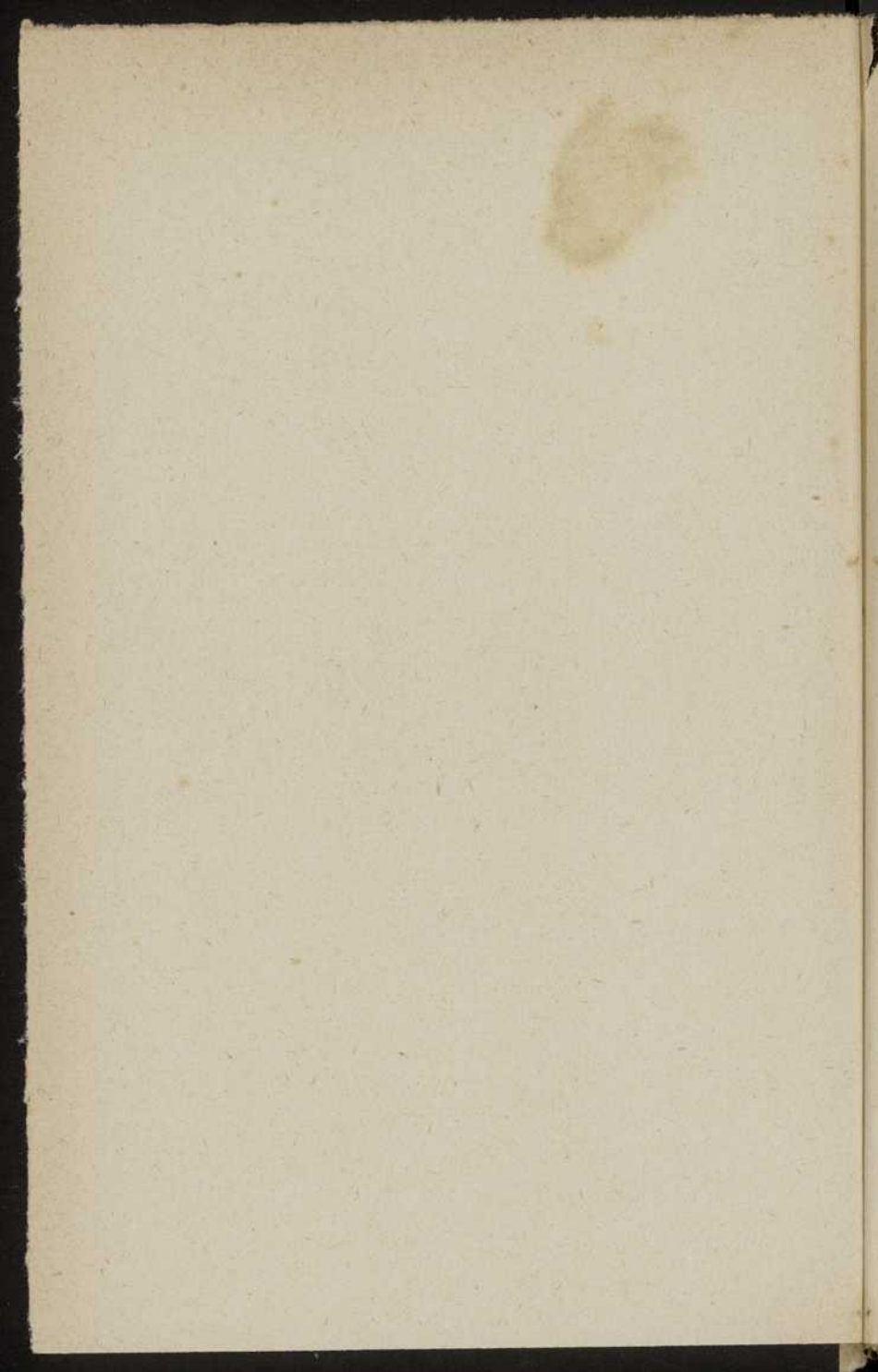
Eran doudal'as tardes,
Risoñas as mañáns,
Y era a tristeza sua
Negra com'a orfandá.
 Íñase â amañecida,
Tornaba c'o a serán;
Mais que fora ou viñera
Ninguén ll'o iña á esculcar.

Tomou un día lene
Camiño d'o areal...
Como naide a esperaba,
Ela non tornou máis.

 Ô cabo d'os tres días
Botou-n-a fora o mar,
Y alí ond'o corvo pousa,
Soya enterrad'está.

LIBRO TERCERO

VARIA



N'HAY PEOR MEIGA QUE UNHA GRAN PENA

I

—Marianiña, vait'ô río.
—Deixa, ña nai, qu'aquí estea,
Qu'eu non vexa a luz d'o día,
Que a luz á min non me vexa.
—¿Qu'estás dicindo, rapaza?...
—Que onte â mañán n-a debesa
A y-augua se tornou roxa
Cando me fun lavar n-ela;
Qu'en baixo d'os meus peiños
Íñanse muchand'as herbas;
Que ô ferirme o sol n-a cara
Tornoum'a color d'a cera;
Que os ourizos d'os castaños
N-os meus cabelos s'enredan;
Qu'as espiñas d'os espiños
Contra min se volven feras;
Qu'ô pasá-l-as corredoiras
Prenden en min as silveiras;
Que me pican as ortigas;
Que me mágoan as areas,

Y os paxariños ô verme,
Din cantand'en son de queixa:
¡Vai á morrer Marianiña!...
¡Rezade todos por ela!

—¡Ai, miña Virxe d'o Carme,
Que a miña filla está enferma!
¡Ai Dios, que m'a enfeitizaron!...
¡Ai, qu'a abafou unha meiga!
Non foras ti tan bonita,
Naide envidia che tivera.
Prenda d'as miñas entrañas,
Ven á min, non tomes pena,
Qu'has d'ir á San Pedro Mártir,
Mais que bois e vacas venda...

—Mi madriña, mi madriña,
Levaime adonde quixeras,
Mais para min n'hai remedio
En todo o redor d'a terra,
Sinon é n-un corazón
Que m'oprim'antre cadeas,
Si n'é n-unha mala boca
Que me pragou maldicenta...

—¿Quén te pragueou, ña filla?
¿Qué males, meu ben, fixeras?
—Non m'o preguntes, mi madre,
Pois val máis que nunca o sepas:
Sacretos d'esta feitura

Deben dormir antr'as pedras.
—Fala, rapaza, que sinto
Ferverme a sangre n-as venas.
—Qu'eu non vexa a luz d'o día,
Qu'a luz á min non me vexa...
Mi madriña, mi madriña,
Non me maldizás cal ela.
Déixam'ir c'o meu sacreto
Dormir n-o fondo d'a terra.
—Non irás c'o teu sacreto;
Non irás, anque ben queiras;
Qu'alí á preguntarch'o fora
Tu madre, e alí responderas.

—¡Ai, mi madre! Era bonito
Coma os anxes d'as igrexas;
Era en falas amoroso,
Muito, muito máis qu'as sedas;
Era dóce..., muito, muito
Más qu'a mel que sai d'a cera.
Olía á rosas de mayo;
Seus ollos eran estrelas,
E tiña cal ouro puro
A enrisada cabeleira...
—Acaba, Mariana, acaba,
Qu'o corazón se m'aperta...
¿De quen falas?, dim'o, dim'o...
¿Ou quizáis soñaches, nena?
—Non soñei, mi máa, non soño,
Anque soñar ben quixera;

Folguei c'o conde, señora,
Prometido d'a condesa.
Falábam'antr'os carballos
Cand'iba ô monte por leña;
Falábame ô pé d'o río
N-as tardes d'o vran serenas;
Falei con él..., ¡ai!, falara,
Mi madriña, a vida enteira.
—¡Ai!, santa Virxe querida,
Qu'a miña filla está enferma,
Enferma de mal d'amores
Qu'enfermaron a honra d'ela.
Ben fan en cantarch'os páxaros,
Marianiña, miña prenda:
¡Vai á morrer Marianiña!...
¡Que recen todos por ela!

Marianiña vai secando,
A probe sin sangue queda,
N'hai alimento que tome,
N'hai augua que ll'apeteza.
Amigas n'hai qu'a consolen,
Músicas n'hai que a entreteñan,
Y â vista d'o sol acora,
Y â vista d'as frores tembra.
A súa nai anda tola
En busca de santas herbas,
Que n-o leito de Mariana
Pon de noite â cabeceira;
E vai d'ermida en ermida,

Leva ofrenda tras ofrenda
Á cada bendita Virxe.
Á tódol-os santos reza
Y ás ánimas lles pon luces
Para que pidan por ela.
Pero non sanda Mariana,
Mariana sin sangre queda...
Todos din qu'unha *chuchona*
Ven de noite á zugar n-ela,
Y hai algún que veu de noite
A *compaña* pol-a aldea.

II

—¿Conque morre a namorada?
¿Por min morre a linda nena?
¡Nunca!, porqu'eso non fora
Dino d'a miña nobreza.
Enxugad'esas bagullas,
Non chorés máis, probe vella,
Que a nena d'as trenzas longas
Ben pronto será condesa.
Vamos á daril'esta nova,
Vámonos á cabo d'ela.—
E á trote largo camiñan
Pol-o medio d'a debesa.

—Meu señor..., ¿n'óis os corvos?
Veñen camiño d'aldea...

Mirá cá! baten as alas...
Cál baten as alas negras.
—Deixa qu'as batan, qu'é cousa
D'os corvos facer tal moestra.
—Señor, señor..., ¡cómo chilan!
¡Qué agoreiramente berran!
É porque adiviñan morte,
É que mortandade hai cerca.
—¡Habrá-y-a! Que Dios acolla
Á aquel que deixa esta terra...
—Meu señor, tocan a morto...
¡Ai!, tocan n-a nosa igrexa...
¡Ña Virxe! ¿Quén morrería?
—Non pensés en quén morrera,
Pensá, ña vella, tan soyo
N-a vosa filla que pena.
—Señor, señor..., pouco andamos;
Picade, por Dios, espuela,
Qu'ô saír, ô amanecere,
N'había enfermos n-aldea
Si non era miña filla,
Que tiña o color d'a terra
Y os pés com'a neve fríos,
Y as manciñas coma cera,
Y ô redor d'os tristes ollos
Unhas como manchas negras.
—Afrixíme c'o eses ditos,
Y aguillóame a impacencia...
Medio condado daría
Por salvá-l-a vida d'ela,

D'a máis fermosa villana
Qu'hai en toda a redondeza;
Mais s'é qu'a atopase morta,
Si tal nos acontecera...
Xa qu'a matase, hastr'a morte
Hei de facer penitencia.

Morreu, morreu Mariana;
O conde viun'antr'as velas,
Mais ela non veu á el,
Qu'antes de chegar morrera.
Morreu coma un paxariño,
Y antr'os lenzos qu'a rodean
Parés un ánxel qu'aguarda
Que veñan d'o ceu por ela.

.....

.....

Ninguén soupo que d'amores
E que d'olvido morrera.
Uns dixeron qu'unha praga
Con ela n-a tomba dera;
Outros contaban que fora
D'abafada d'unha meiga...
Mais por ela o conde fixo
Hastr'a o seu fin penitencia.

VAMOS BEBENDO

—Teño tres pitas brancas
E un galo negro,
Que han poñer bos ovos,
Andand'o tempo;
Y hei de vendel-os caros
Pol-o Xaneiro,
Y hei de xuntá-l-os cartos
Para un mantelo,
Y héi-n-o de levar posto
N-o casamento,
Y hei...

—Pois mira, Marica,
Vái por un neto,
Y'antramentas non quitas
Eses cerellos,
Y as pitas van medrando
C'o galo negro,
Para poñé-l-os ovos,
E tod'aquelo
D'o Xaneiro, d'os cartos,
Y o casamento,
Miña prenda d'a y-alma,
¡Vamos bebendo!

* * *

—Un verdadeiro amor é grande e santo,
D'os encantos encanto,
Y é dõce..., dõce antr'as dozuras todas.
—Seica por eso tanto
Tras d'unhas y outras modas,
Dalle por empachar, anque ben sabe.
—¿Por máis qu'acabe en bodas?...
—Anqu'en bodas acabe;
Pois coma todo dõce, miña vida,
Y esta é cousa sabida
Coma que queima o fogo,
Canto máis come un d'el, repuna logo.

* * *

—Non cantes, non chores, non rías, non fales.
Nin entres, nin sallas sin m'o preguntare.
¡Válate San Pedro con tanto gardarme!
—Pois de qu'así sea, nena, non t'asañes;
Que cantes, que chores, que rías, que fales...
«¡Cál pasa n-un tempol», meniña, diránche,

¡ADIANTE!

N-o escuro pavoroso
Y antr'o xordo romor d'os pinos bravos
Qu'a tempestá azoutaba com'a escravos,
Oyéuse, coma queixa de raposo,
Un asubio medoso.

Y un layo de temor que daba frío,
Ô medoso asubío
Respondeu dend'o fondo d'a espesura,
Aumentando n-o espiritu a tristura
Que daba o rouco marmurar d'o río.

Antr'as negras ribeiras manso e lento,
Coma corre o abatido pensamento
Antr'os tristes remorsos y a esperanza,
Iña á compás d'o vento
Correndo tras d'a extensa lontananza.

Mais cabe d'ancha orela,
Misterios'e agachado un centinela,
N-unha lancha d'o Miño apousentaba;
Y a arma n-a man y en vela
Á través d'a ramaxen axexaba,

¡NIN AS ESCURAS!...

I

—Tod'está negro; as sombras envolven a vereda,
E nin o ceu ten ollos, nin o pinar ten lingua.

¡Vamos! D'o que hai oculto, ¿quén mideu as fonduras?
¡Alma n'habrá qu'o sepal... ¡Ven!... A noite está escura.

—¿Escura?... Mais relumbra non sei qué luz traidora...
—É unha estrela que brila n-as augas bulidoras.

—¿E non oyes que runxe algo ond'aquel herbal?
—É o vento qu'anda tolo corrend'antr'o follax.

—Escoita, sinto pasos, e asoma seica un bulto...
—S'é un vivo, matarémol-o: non fala s'é difunto!

Mais aquí, ond'este cómaro, hai unha cova fonda;
Vén; e santos ou deños, que nos atopen hora,

II

¿Adónde irei comigo? ¿Dónde me esconderei,
Que xa ninguén me vexa y eu non vexa á ninguén?

A luz d'o día asómbrame, pásmame a d'as estrelas,
Y as olladas d'os homes n-a y-alma me penetran.

Y é qu'o que dentro levo de min, penso que ô rostro
Me sai, cal sai d'o mare ô cabo un corpo morto.

¡Houbera, e que saíra!...; mais non, dentro te levo,
¡Fantasma pavoroso d'os meus remordementos!

* * *

Xigantescos olmos, mirtos
Que brancas froes ostentan,
Unhas con cogollos inda,
Outras qu'o vento esfollea.
Buxos que xa contan sigros
E que xuntos verdeguean
Formando de rama e troncos
Valos que naide atravesa;
E n-os que moi descansadas
Fan o seu niño as culebras.
Loureiros hirmans d'os buxos
Pol-a altura y a nacementa,
Pois arraigaron á un tempo
N-o máis profundo d'a terra.
Limoeiros e laranxos
Qu'o verde musgo sombrean
Y olido esparcen d'azare
Con que a xente se recrea.
Eternos bosques en donde
Sombrío misterio reina,
Onde sô os paxaros cruzan
Pol-as tristes alamedas;

Onde ô marmurar as fontes
Un coidara que se queixan,
Y ond'o mesmo sol d'o estío
Malencónico penetra.
Y en medio d'esta espesura
E d'esta hermosa tristeza,
N-unha casa inda máis triste,
Si de fachada soberba,
Alí din que ten o niño
A nai de tódal-as meigas:
Casa con portas de cedro,
En cada ventana reixa,
Cociña coma de monxes,
Silencio coma d'igrexas;
Criados que non dan fala,
Cans que morden como feras:
Alí a viron negra e fraca
Com'unha gata famenta,
N-o máis san e máis frorido
D'a hermosa terra gallega.
Y estes mals que nos afrixen
Din que todos veñen d'ela
¡Mais socede n-esta vida
Qu'os que tñen culpa n'a levan!

CADA COUSA N-O SEU TEMPO

D'o alegre mayo, unha alborada fresca
Foit'á sorrir n-o outono malencónico,
E por nadal os membros ateridos
Quentache ben contento á un sol d'agosto;
Despois tembraches espantado, e fuches
Buscand'a sombra inquieto e pesaroso;
Mais a mamoria preguizosa, tarde,
 Trouxera ô teu recordo
 Que aqueces cambios bruscos
 Raros e intempestosos
De loitos e pesares, n-esta vida,
Sinal segura eternamente fonon.
E tras d'aquel calor que ch'emprestara
 N-o inverno un sol d'agosto,
Sô sentiche d'a frebe o mortal frio
 Qu'helou hastr'os teus osos.
 As cousas n-o seu tempo
 Y as feras n-o seu tobo.

* * *

Cabe d'as froles a nena
Cant'alegre o seu cantar,
Y é branca com'azucena,
Pálida coma o luar.
E ond'a boquiña, un lunar
Gracioso lle dou Dios, tan feito, tanto,
Qu'é de todos o encanto.

¡Cor de luar..., qué cor lindo!
Uns ollos cal noit'escura,
Labios que falan sorrindo
Y aquel sinal... Fermosura
Máis, non cabe en criatura
Qu'a que Dios quiso darche, linda rosa,
Dôce, casta e preciosa.

Ser amada, ese é teu sino,
Amada cal n-outra houber,
E ¡qué dichoso destino!
Ser querida e ben querer,
É a ambición d'a muller,

E o soyo ben que busca sin medida
N-esta mísera vida.

Pero, nena alunarada,
¿Sabes o qu'o refrán di?
Qu'é en amores desdichada
A que un lunar ten así.
E tamén din qu'o eres ti,
Á pesar d'as risadas d'os teus labios,
Que non saben d'agravios.

¡Ail, serál-o en mal hora:
Que n-esto de namorar
Tamén se mete a traidora
Mala sorte á traballar.
E métese á enfeitizar
Corazós inocentes y almas puras
N'afeitas á amarguras.

.....
.....
¡Probe nena alunarada,
Pálida coma o luar!
Cómo canta o seu cantar
Tan serena, e sin pensar
Que'á que lunares ten, fortuna esquiva
Li'ha de ser mentras viva!

Alegre e dichosa canta
Aquela linda cançón,

Que trai á su mente tanta
Querida recordación;
Que asín é coma oración
Que a y-alma, triste, con amor marmura
Pedind'á Dios ventura.

Y ela non pesa, toliña,
E non maxina a coitada
Que mal tras d'o amor camiña
E ten fertuna menguada
A que nase alunarada:
Qu'a que ten un lunar tan primoroso
Nunca terá reposo.

Tan soyo ch'aguardan penas,
Linda rosa a d'o lunar:
As grandes tras d'as pequenas,
Unha tras outra á chamar
Â tua porta han de chegar;
Que ninguén, tal é a forza d'o destino,
Ninguén torce o seu sino,

PELOURO QUE RODA

Dou encomenzo pensando;
Despois, gustóulle pensar,
E d'este gusto ao deseyo
Á toda prèsa se vai.

E decote descendendo,
Descendendo sin parar,
Desd'o deseyo ô pecado
Á toda prèsa se vai.

A DISGRACIA

¿Por qu'existe?, ¿quén é?, ¿dónd'a soberba
Morada ten?, ¿arteira, en dónde habita?
Sono lixeiro ou pasaxeira nube
Pra moitos é, qu'apenas deixa rastro.
Outros os golpes alevosos sinten
Que ll'asesta con negra traidoría
Dend'o comenzo ô fin d'a vida escrava;
Pero n'a ven, anque a mirada tendan
Arrededor, para evitaren, cautos
O seu bafo pestifero; ni a atopan
N-o espaço, nin n-a terra, nin n-o mare,
Anqu'ela en todo está, sempre dañina.

.....

O mal, d'o inferno é fillo ou ben d'o ceo;
A disgracia, ¿de quén? Loba que nunca
Farta se ve, qu'o seu furor redobra
D'a fonda frída â vista ensangrentada,
¿De dónde ven?, ¿qué quer? ¿Por qué a consintes,
Potente Dios, qu'os nosos males miras?

¿Non ves, Señor, qu'o seu poder afoga
A fe y o amor n-o esprito qu'en ti fía?
¡Cómo endurece o corazón qu'un tempo
Era todo brandura! ¡Cómo mata
D'a espranza a luz, qu'un resprandor tranquilo
N-os astros derramaba d'a existencia,
Nova forza prestando ô pé cansado
E máis valor a y-alma temerosal
Tod'o mucha ô seu paso, a pranta sua
Maldita todo para sempr'estraga;
Todo a sua lama pegaxosa entrubia.
¡E qué oco tan profundo fai en torno
D'aquel á quen persigue! ¡Cómo fuxen
As xentes d'el pra non oir os layos
Que o seu penar ll'arrinca, ou a espantosa
Blasfemia que con labio balbucente
Asimesmo mordéndose prenuncia!
Que apestado n'existe n-esta vida
Que tanto horror á humanidade cause,
Como o que d'a desgracia vai tocado.

¡E cómo non, s'o ben contra el se volve,
S'o mesmo sol non loce ond'el habita,
S'a fonte onde beber envenenada
Decot'está; s'o pan se volve asentes
Par'o seu paladar, y o mar sin fondo
Enxoito n-un instante se quedara
S'el n-a onda amarga s'afogar quixera;
E n-os brazos d'a morte que aborrece,
A mesma morte o deixa abandonado!

¡Ah, piedade, Señor! ¡Barre esa sombra
Qu'en noit'eterna para sempr'envolve
A luz d'a fe, d'o amor e d'a esperanza!
Sombra d'horror que os astros briladores
Escurece d'os ceos, qu'un novo inferno
N-este mundo formou, e un mundo novo,
Donde todo valor perd'os seus bríos
E toda forza sin loitar s'estrela;
Ond'as tinebras d'a impiedá, extendidas,
Borran todo camiño que á Ti guíe!

¡Dios de bondá, c'o teu potente sopro
De nós aparta ese fantasma horrible
Que a desesperación da por remate;
Pois xa abasta c'as dôres, c'a miseria
D'a carne fraca e co'a infalible morte
Pra tormento e castigo d'os que tristes
Porque pecaron viven desterrados
D'a patria celestial por que suspiran!

¡E ben! Cando comprido
Teñas ese ardentísimo deseo,
O meu rir sin descanso será estonces,
Anqu'un rir triste e negro.

Dendes d'o meu corruncho solitario
Estarei axexándovos sereno,
E tras d'a primadera e tras d'o estío,
Verei cal chega para vós o inverno.
¡E qu'inverno tan triste,
Tan áspero e tan ferol...

Como n-outono as follas cân d'os arbores,
D'os vosos corazós irán caendo
As brancas ilusiós con que crubiades
O chan d'o simeterio
En dond'os nosos mortos dormen xuntos
D'o olvido n-o silencio.

E n-as negras mortaxas qu'os envolven,
Diante de vós aparecer verédelos,

Decindo: «N'era aquilo o que buscábades
Cando enganados insultást'os ceos...
¡N'era aquilo sin duda, desdichados,
Mais... tampouco era *esto!*...»
Y eu desd'o meu corruncho sorrireime
C'un sorrir triste e negro.

SIN NIÑO

Por montes e campías,
Camiños y expranadas,
Ven unha pomba soya,
Soya de rama en rama.

Siguen-a as probes crías,
Sedentas e cansadas,
Sin qu'alimento atope
Pra darlles a bicada.

Trai manchada-l-as prumas,
Qu'eran un tempo brancas,
Trai muchas e rastreiras
Y abatida-l-as alas.

¡Ail, probe pomba, un tempo
Tan querida e tan branca,
¿Ónde vai o teu brillo?...
¿O teu amor ónd'anda?

EU POR VÓS, E VÓS POR OUTRO

—A linda, a grande señora,
De non vista fermosura,
¿Ónd'irá tan á deshora,
N-unha noite tan escura?
¿Ónde irá con tal premura?

Vai enfouzando n-a lama
O zapatiño de seda...
¡Pol-o toxal vai a dama,
Y o dono antr'holandas queda!...
Bon sono Dios lle conceda.

Qu'el durma, qu'eu velarei
Pol-a dona máis fermosa
Que vin n-o mundo e verei;
Xardiñeiro, coido a rosa
De cuyo olido outro gosa.

Coido d'ela noite e día,
Sin descanso nin sosego,
Qu'atopal-o non podría;

Corpo e y-alma, non-o nego,
Á esa ocupación entrego.

E anque d'esto nada sabe,
Eu sei canto poido d'ela;
Mais, que tal saber m'acabe...
Sai, pombiña, sai, estrela,
Qu'un valente por ti vela.

.....
¿Adónde vai? A escondida
Porta s'abre paseniño...
Romor de seda cruxida
Runxe alá pol-o camiño
Que vai d'a fonte ô muiño...

N'a vexo, mais ela é,
Chégame o seu dõce olido,
Sinto o pisar d'o seu pé,
Y o meu corazón ferido
De pracer dou un batido.

Nobre dama, linda dona
D'os corazóns que prendás:
Perdóname, sí, perdona
Si te sigo adónde vas;
¿Non ves qu'en perigro estás?

En noite tan tempestosa,
¿Quén vos meteu tal deseyo?
¡Enlamugarse así a rosa...!

E n-o meu corazón leo
Que non levás pan n-o seo.

¿E si atopás a *compaña*?
¿E si vos sai a *estadea*?
¿Si con falas vos engaña
E vos pon mantel e cea,
Mentras troa e lostraguea?...

N'irés soya, pesi a vós,
N'irés mentras qu'eu alente,
Pois fora atentar á Dios.
Señora, Dios non consente
Qu'o perigro busque a xente.

Sin que sepás que vos sigo,
Irei tras de vós agora,
Por si vos tenta o enemigo;
Y entanto non sai a aurora
Non vos deixarei, señora.

—¡Adiós..., adiós, dama hermosa!
¡Darvos á tan malos modos!...
Non vos levou a *compaña*,
Mais o enemigo levouvós.

Embargam'o asombro a y-alma...
¡Ai, amor tolo..., amor tolo!...
Ben di aquel refrán sabido:
Eu por vós, e vós por outro.

—¡Valor!, qu'anqu'eres como branda cera,
Aquí en perigro estamos,
E n-outro lado a libertá che espera
Qu'aquí ninguén che dera.
—Vamos, señor, á donde queiras... ¡Vamos!

—Tan nobre eres, meu ben, com'esforzada;
Mais ¡tembras coma a cerva acorralada,
Hora que xuntos por ventura estamos
Para fuxir, ña prenda enamorada!...
—¡Pois fuxamos..., fuxamos!

—¿Tés medo, miña vida,
Á sere n-os meus brazos sorprendida
Y á que xuntos amándonos morramos?
—¡Ail, non, qu'a dicha así fora cumprida...
Mais partamos..., partamos...
¡E adiós, paz e virtú, sempre querida!

DULCE SONO

Baixaron os ángeles
Adond'ela estaba,
Fixéronlle un leito
C'as pracidás alas,
E lonxe a levano
N-a noite calada.

Cando a alba d'o día
Tocou a campana,
E n-o alto d'a torre
Cantou a calandria;
Os ángeles mesmos
Pregadal-as-alas,
«¿Por qué, marmurano,
Por qué despertál-a?...»

* * *

—Espantada, o abismo vexo
Aonde camiñando vou...
¡Corazón... canto es tirano,
Y es profundo, meu amor!
Pois eu, sin poder conterme,
N'escoito máis qu'unha voz,
Y adond'ela quer que vaya,
Sin poder conterme vou...

—Hoxe, â noite, desque durman,
Sairei pol-o ventanil;
Daránm'as sombras alento...
¡Y adiós, casa onde nacín!
Honra que tanto estimei,
Santidade d'o meu lar...
¡Pol-o meu amor vos deixo
Para toda a eternidál
¡Señor!... daresme castigo;
Qu'o merezco ben o sei;
Mais... condéname, Señor,
Á sufril-o cabo d'el.

* * *

—Para a vida, para a morte
E para sempre en jamás
Pedint'á Dios, e Dios dóuteme
Por toda unha eternidá.

Para a vida, para a morte
E para sempre en jamás
Quero ser vosa, e que séades
O meu Señor natural.

—Mais a que así querer sabe
Non debe ter pai n'irmán,
Nin home, s'é qu'é casada,
Nin fillos, s'acaso é nai.

—Espanta o qu'estás decindo...
Mais eu sinto qu'é verdá;
Lévame, señor, qu'irei
Onde me queiras levar...

—Pois vente... ¿Qu'importa o mundo
Á quen ten a eternidá?
Xuntos hemos de vivir,
Xuntos nos han d'enterrar.
Y os nosos corpos aquí,

Y as nosas almas alá,
Quer Dios qu'en unión eterna
Estén pra sempre jamás...—
 Cal ô paxaro a serpente,
 Cal â pomba o gavián,
Arrincou-n-a d'o seu niño
E xa nunca á el volverá.

N-A TOMBA D'O XENERAL INGLÈS

SIR JOHN MOORE

MORTO N-A BATALLA D'ELVIÑA (CRUÑA)

O 16 DE XANEIRO DE 1809

A miña amiga María Bertorini, nativa d'o país de Gales.

Cruña, 1871.

¡Cuán lonxe, cánto, d'as escuras niebras,
D'os verdes pinos, d'as ferventes olas
Qu'ô nacer viron!...; d'os paternos lares
D'o ceo d'a patria, qu'o alumou mimoso,
D'os sitios ¡aí! d'o seu querer, ¡qué lexos
Viu á caer, baixo enemigo golpe
Pra nunca máis se levantar, coitado!
¡Morrer asín en extranxeiras prayas,
Morrer tan mozo, abandonà-l-a vida
Non farto aínda de vivir e ansiando
Gustar d'a froita que coidado houbera!
¡Y en vez d'as ponlas d'o loureiro altivo
Que d'o héroe a testa varonil coroan
Baixar á tomba silenciosa e mudal...

¡Hou, brancos cisnes d'as britanas islas;
Hou, arboredos que bordás galanos
D'os mansos ríos as ribeiras verdes,
Y os frescos campos donde John correrá
S'á vós amargo xemidor sospiro
Chegou d'aquel que n-o postreir'alento
Vos dixo ¡adiós! con amorosas ansias
Tornando á patria o pensamento último,
Que d'a sua mente s'escapaba inxele,
¡Con qué pesar, con qué dolor sin nome,
Con qu'extrañeza sin igual diríades
Tamén ¡adiós! ô que tan lonxe, tanto,
D'a patria, soyo, á eternidá baixaba!...

Y o gran sillón, a colgadura inmóvil
D'o para sempre abandonado leito;
A cinza fría d'o fogar sin lume,
A brand'alfombra que leal conserva
D'o pé d'o morto unha sinal visibre;
O can qu'agoarda pol-o dono ausente
Y o busca errante por camiños ermos;
As altas herbas d'alameda escura
Por ond'el antes con solás paseaba;
O sempr'igual marmoruxar d'a fonte
Dond'el n-as tardes á sentarse iña...
¡Cál falarían sin parar de Moore,
C'o seu calado afrixidor languaxe,
Os ollos ¡ai! d'os que por el choraban!
¡Xa nunca máis..., xa nunca máis, ¡hou triste!
Ha de volver onde por el esperan!

Parteu valente á combatir con goria;
¡Parteu, parteul..., e non tornou: qu'a morte
Segou-n-o alí n-os extranxeiros campos,
Cal frol que cae ond'a semilla sua
Terra n'atopa en qu'arraigar poidera.

Lonxe caíche, pobre John, d'a tomba
Onde c'os teus en descansar pensaras.
En terr'allea ind'os teus restos dormen
Y os que t'amaron e recordan inda,
Mirand'as ondas d'o velado Oceano,
Doridos din, desd'as nativas prayas...
«¡Aló está el, tras d'ese mar bravío,
Aló quedou, quisáis, quisáis por sempre;
Tomba onde naide vai chorar, cobexa
Amadas cinzas d'o que nós perdemos!...»
Y os tristes ventos y as caladas brisas,
Qu'os mortos aman si lexanos dormen
D'o patrio chan, á refrescarte veñen
D'o vran n-a noite calorosa, e traen
Pra ti n-as alas cariñosas queixas,
Brandos sospiros, amorosos ecos,
Algunha bágoa sin secar, que molla
A dura pedra d'o mausóleo frío;
D'o teu país algún perfum'agreste.

¡Mais qué fermosa e sin igual morada,
Lle coup'en sort'os teus mortales restos!...
¡Quixera Dios que para ti non fora
Nobr'extranxeiro, habitación allea!...

Que n'hai poeta, ensoñador espírito
Non pod'haber, qu'ô contemprar n-outono
O mar de seca amarillenta folla
Qu'o teu mausóleo con amor cobexa;
Que ô temprar n-as alboradas frescas
D'o mes de mayo as sonrosadas luces
Qu'alegres sempre á visitarche veñen
Non diga: «¡Asín cand'eu morrer, poidera
Dormir en paz n-este xardín frido,
Preto d'o mar..., d'o cemiterio lonxel!...»
¡Que ti n'escoitas en jamás! hou, Moore!
Choros amargos, queixumbrosos rezos,
Ni os outros mortos á chamarte veñen,
Pra que con eles n-a calada noite
A incerta danza d'os sepulcros bailes.
Sô dõce alento d'o cogollo qu'abre,
D'a frol que mucha o postrimeiro adiose,
Loucos rebuldos, infantiles risas
De lindos nenos qu'á esconderse veñen,
Sin medo á ti tras d'o sepulcro branco.
Y algunha vez, ¡moitas quizáís! sopro
D'ardent'amor qu'o vento leva donde
Dios sabe sô... por sin igual compañía
Dichoso tés n-habitación postreira.
¡Y o mar, o mar, o bravo mar que ruje
Cal rux'aquél que t'arrolou n-a cuna,
Mora onda ti, ven á bicar as pedras
D'un chan d'amor que con amor te garda,
Y arredor teu deixa crecé-l-as rosas!...
¡Descansa en paz, descansa en paz ¡hou, Moore!

E vós qu'o amás, d'o voso honor celosos
Fillos d'Albión, permanecé tranquilos.
Terra fidalga é nosa terra—tanto,
Cal linda Dios a quiso dar—; ben sabe
Honra facer á quen merece honra,
Y honrado así, cal mereceu, foi Moore.
Soy n'está n-o seu sepulcro; un puebro
C'o seu respecto compasivo vela
Pol-o extranxeiro á quen traidora morte
Fixo fincar lonxe d'os seus, y á alleos
Vir á pedir o derradeir'asilo.

Cando d'o mar atravesés as ondas
Y o voso hirmán á visitar vayades,
Poñé n-a tomba o cariñoso oído;
E si sentís rebuligar as cinzas,
E s'escoitás indefinibres voces,
E s'entendés o qu'esas voces digan,
A y-alma vosa sentirá consolo.
¡Él vos dirá qu'arrededor d'o mundo
Tomba mellor qu'aqu'atopou n'achara
Sinon d'os seus antr'o amoroso abrigo!

* * *

I

Cal grasirosa brandeas
O teu corpo lixeiro,
Si bailas n-os estrados
C'aquel galán soberbo,
Brandeas o norte ás ponlas
Xentís d'os ameneiros;
Y unha tras outra folla
De cor amarillento
Vai deixando, enredada
N-os teus rizos cabelos,
Triste coroa póndoche,
Tan mucha, Dios d'o ceo,
Com'a que n-a alma tua
Pon o teu pensamento...
¡É que se vai o outono!
¡É que se vén o inverno!

Mas inda n-as fonduras
D'o ameno val, serenos

Sopran ventos soaves,
Qu'aromas trân d'o ceo.
Inda n-a farta beira
Cuberta de xilmendros
Por onde corre o Miño,
Maxestuoso e lento.
D'o bran s'oye o máis dôce
Sospiro derradeiro
Qu'alí quedou durmindo
Antr'o romeu y o espriego,
Como quedou un rayo
D'espranza n-o teu peito.

II

Mas ô que ten mal sino,
Mal sino o seguirá:
Qu'as rápidas correntes
Non volven nunca atrás.
¿Qu'asperas, s'a esperanza
Caso de ti non fai?...

Adiante, pelegrina,
Da fin ô teu romax,
Qu'anqu'o acabar non queiras
Aló t'han de levar
D'o teu mal fado as ondas
Y os fortes huracáns,

¡Qu'inda tés fel... Terál-a,
Ña pobre, n-o teu mal,
Terál-a n-as espiñas,
Que t'han d'atormentar,
N-a fel que pezoñosa
Sin sede beberás,
N-o pan amargo e duro
Que t'alimentará.

Nunca d'o mar as ondas
Dòces se tornarán;
Nunca a tua sorte terca
Co'a dicha amainará,
Nin c'a ilusión t'alentes
D'un brando descansar;
Que sô o sono d'a morte
O triste dorme en paz.

Acaba logo, acaba,
O teu triste romax,
Qu'o qu'en mal sino nace
Mal sino o seguirá.
N-as alas d'a disgracia
O teu destino vai,
Y as rápidas correntes
Non volven nunca atrás,

SIN TERRA

—¡Calade, hou ventos nouturnos;
Cala, fonte d'a Serena,
Qu'alá por cabo d'as Trompas
Quer'oir quén chega!

Calaron os ventos todos
Xurrou a fonte máis queda,
E vin qu'iban á enterrare
O corazón d'ela.

Vina despois inda viva
Por campos e por debesas;
Mais iña par'unha tomba
Pedindo terra.

Non a atopou, e por eso,
Amostra ás vistas alleas
Inda aquel corazón morto
A sua cangrena.

* * *

*Para algúns, negro,
Para outros, branco;
E para todos,
Traspoleirado.*

I

—Sé astuto s'é que sabes,
Vingate d'as ofensas s'é que podes,
Ô que che sirva págalle,
Mais a quen non che dé, nunca lle dones;
Porque a moral d'os santos
Non reza sempre c'a moral d'os homes.—

Esto un gallego montañés e rudo
Farto d'humillaciós e de rencores,
Ô agonizar ll'aconsellaba á un fillo,
Herdeiro d'os seus mals e de seu nome,

II

—Sé inxenue e leal sempre,
Perdoa á quen t'ofenda,
Fai ben de cote á amigos y enemigos
Y, a porta franca, sin temor espera:
N'hai máis qu'un Dios y unha moral que salve
Ôs tristes fillos d'Eva.—

Esto a probe viuda
D'o montañés, morrendo antr'a miseria,
Resinada ô seu fillo lle dicía...
Y á Dios o espírito ll'entregou serena.

III

E fíxolle el as honras,
Mais tan sô con xemidos e con bágoas;
Crego non houbo ô redor qu'à probe
O enterro de limosna lle cantara.

N-un corruncho d'o adro
Ond'as ortigas ásperas medraban,
Sin cruz, señal nin lousa,
Alí quedou perdida e sepultada;
E triste o fillo e soyo,
Tornou sañado â solitaria casa.

«Meu pai doum'un consello—iña pensando—
E miña nai doum'outro;

E s'ela tiña santidá e concencia,
Exprencia el tiña e sabidá d'abondo.

Son fillo d'el e d'ela...

Partirei, pois, a hirencia de dous modos:

Ña nai, fareille ben á quen di o fixo...;

Meu pai, vinganza piden os teus osos.

TRISTES RECORDOS

Unha tarde alá en Castilla
Brilaba o sol cal decote
N-aqueles desertos brila:

Craro, ardoroso e insolente,
con perdón d'el, pois n'é modo
Aquel de queimá-l-â xente,

E secar con tales bríos
A probe inxeliña pranta,
A fonte e os sedentos ríos.

Unha tarde, jough, qué tristeza
M'acometeu tan traidora,
Védom'en tal aspereza!

¡Adónde vín á pararl
Pensaba mirand'o ceo
Par'a terra non mirar.

Por qu'o ceo era, eso sí,
Un máis ou menos azul
Com'ò que temos aquí.

Mentras qu'a terra ¡bon Díosl...
Señor, ¿posibre será
Que aquela a fixêxes Vós?

Mais ¿por qu'extrañarme tal
S'as cousas que vos facés
Jamás as facedes mal?

Fixistes tan tristes llanos,
Mais fixécheos, Dios cremente,
Soyo para os castellanos.

¡Ail, cada pomba ô seu niño,
Cada conexo ô seu tobo,
Cada y-alma ô seu cariño.

Aquesto m'eu repetía
N-aquela tarde, recordo
De negra malencolía.

E namentras, contemplaba
D'a igual extensa llanura
A terra que branqueaba.

D'o largo pinar cansado
A negra mancha sin término,
D'a vila o color queimado.

Y antr'o chan y o firmamento
As nubes de denso polvo
Qu'iba levantand'o vento.

¡D'o deserto fiel imaxe,
C'o mesmo alento de brasa,
C'o mesmo ardente coraxel

Ô lonxe o mular pasaba,
Viña a tourada máis preto,
A ovella enferma balaba.

E n-o xa queimado espiño
Fuxindo d'o sol ardente
Pousábase o paxariño.

¡Dios mío, qué ansia catival...
Pesaba en min a tristeza,
Cal se m'enterrasen viva.

¡Lembranzas d'a terra hermosa!
Calmá c'a vosa frescura
As penas d'a alma chorosa.

Por qu'ese sedento río
Envolto en malinas brétemas,
Da callentura, da frío.

De pronto oín un cantar,
Cantar que me conmoveu
Hastra facerme acorar.

¡Era a gallega canción,
Era o *alaldá!*..., que fixo
Bater o meu corazón

Con un extraño bater,
Dòce com'o ben amar,
Fero com'o padecer.

De polvo e sudor cubertos
C'a fouce ô lombo, corrian
Por aqués campos desertos,

Un fato de segadores...
¡Y eran eles, eran eles,
Os meigos d'os cantadores!

¡Adiós, pinares queimados!
¡Adiós, abrasadas terras
E cómaros desolados!

Pechei os ollos e vin...
Vin fontes, prados e veigas
Tendidos ô pé de min.

Mais cand'á abril-os tornei,
Morrendo de soidades,
Toda á chorar me matei.

E non parei de chorar
Nunc'hastra que de Castela
Houbéronme de levar.

Leváronme para n-ela
Non me teren qu'enterrar.

* * *

D'aquí vexo os seus campos,
D'aquí vexo a sua casa, os seus nabais;
E s'alá de soidás me consumía,
Hora de pena me consumo acá.

¡Voume!... Voume d'aldea...
Pois mórrome sin el de soidás.
¡Cómo pode un, ¡Dios míol, querer tanto
Ôs que tan sô nos saben olvidar!

* * *

Meses d'o inverno frios,
Qu'eu amo á todo amar:
Meses d'os fartos ríos
Y o dõce amor d'o lar.

Meses d'as tempestades,
Imaxen d'a delor,
Que afixe as mocedades
Y as vidas corta en fror.

Chegade, e tras d'outono
Que as follas fai caer,
N-elas deixá que o sono
Eu durma d'o non ser.

E cando o sol fermoso
D'abril torne á sorrir,
Que alume o meu reposo,
Xa non o meu sufrir.

* * *

I

Era n-o mes de mayo,
N-o mes d'o amor, d'as prantas e d'as frores,
Mes d'os soaves perfumes
Y os transparentes côres.
D'os trinos matináis d'os paxariños,
D'as cándidas e frescas alboradas,
D'as pasaxeiras nubes,
E d'as tardes sorrintes e douradas.
Cand'o mar está azul, o ceo sereno
Com'o dormir d'un neno,
Manso-l-os ríos, alta-l-as estrelas,
Máis desvaída a lua
Si tamén máis fermosa,
C'o aquela gracia sin igual que é sua,
Y era, en fin, cando todo n-esta vida
Sorri os mortáis c'a alegre, esprendorosa
Sorrisa virxinal d'a primadera
Qu'á amar y á ser dichoso-l-os convida.

A todos... jail, quixera
Que así a sorte o fixera,
Mais algún hai qu'envolto n-a negrura
D'a sua propia tristura
Tan soyo ve, d'a primadera hermosa,
N-o sol morno e n-a rosa
C'o fresco orballo d'a mañán cuberta,
Un triste e mal agoiro que desperta
Pensamentos de loito e desventura.

II

Era n-unha mañán d'o mes de mayo
En que parés que os ánxeles cantaban,
Mentras mansa-l-as brisas se queixaban
Con amoroso layo;
En que o rego ô pasar pol-as cortiñas
Non sei qué cousas marmuraba lene,
Y o voar d'as inquietas anduriñas
Que n-os aires chiaban,
A vista d'os nubeiros sabidores
Venturas e contentos agoiraba;
Mañán d'encantos cheya
Cal o esprito as deseya,
Cando espera e confía;
Mañán que chama á toda crás de seres
Ô pracer y â alegría,
Menos â triste yalma,
Que dendes qu'é, non sabe

Qu'é ter sosego ou calma,
Dond'a dozura d'o gozar comence,
Dond'a crudeza d'a delor acabe.

III

D'a Guarda, ánxel bondoso,
Qu'as brancas alas paseniño bates
Ó redor d'o acongoxado esprito,
Pra derramar en el santos consolos
Que nos trás d'o infinito,
¿En dónde, en dónd'estabas,
Qu'antre negros querbantos
Soya un alma tristísima deixabas?
Fe, esperanza, virtudes,
Origen d'as eternas beatitudes,
E que dendes rexiós máis venturosas
Vindes calmar as amarguras nosas...
¿Dónd'estades, en dónde?
¿Cánd'o qué en vós confía,
Soyo, en loita co'as ansias d'a agonía,
Orfo, vos chama, e naide lle responde?

IV

Por aqueles que odiaba perseguido,
Pol-os que amaba odiado,
Un triste á dura sorte condenado
Contempraba d'o cántabro a bravura

Con un ollar profundo,
Cal si tras de tan fonda sepultura
Entrevisase as anchuras d'o outro mundo.
E con ánimo forte,
D'o líquido cristal hastra tocal-o,
En carreira chegou vertixinosa
Cal s'a traisón d'o abismo misteriosa
Con forza extraña o conduxese á morte.

E dixo: — ¡Vida, adiós! ¡Adiós, tormento!,
Que con martirio lento
M'arrancache hastr'os soños d'a esperanza,
D'a desventura miña
Vou á crebar o brazo poderoso;
Alí donde n-hai dôr, nin hai mudanza,
¡E s'enterra a inquietude n-o reposo!
¡E ti, mala pasión qu'en min te cebas
E foches o meu Dios y o meu castigo,
Xa que me quês matar, morre comigo!—

Calou o triste, e inmensas, pavorosas
C'as suas crins espumosas,
Retorcéron's as ondas pol-a area
Incitand'ô coitado
Á dar fin á pelea
Que houbera n-o seu peito encomenzado.

Mais un brando sonido
Fireu de pronto o contrubado oído

D'aquel ser desdichado...
Y escoitou asombrado
D'un invisible ser a fala hermosa
Que con branda e celeste melodía,
Soave e mainamente lle decía:

—¡Detente ô pé d'a orela
D'a tua vida, cobarde centinela:
Non queiras por fuxire d'o presente
D'a eternidade descorrê-l-os velos!
Aguarda á que a medida,
Con rosas ou con fel, henchas d'a vida;
Nin fagas que n-a tomba se derrame
Antes que Dios ch'a pida:
Que ninguén fillo d'Eva
O fin s'ha de librar d'o seu penare
Anque á morte s'astreva.
Despois d'atravesare
Os desertos inmensos d'o infinito,
Ô mundo volverías en espírito
Á sufrir, y o teu crimen á pagare.
As noites tras d'os días,
Sin descanso nin tregua
Apegado á aquel seo te verías,
D'o ingrato corazón vend'os batidos
Non por ti, mais por outros repetidos.
E n-aquel pensamento
Con impracable craridá leerías
A traición alevosa, o olvido amargo
Sin velo qu'os crubir, nin finximento.

—¡Hou Dios, Dios poderoso!...
¡Qué tormento espantoso!...

—Ninguén torce o poder d'os seus destinos
Infaustos ou beninos;
Nin á ninguén ll'é dado
Renegar d'o seu fado.
Sô vence quen espera...
Volve á vivir y espera resinado.—

E tornou á vivir, arrepentido
Anque triste e dorido,
Aquel probe coitado:
Pideull'á Dios, perdón d'o seu pecado,
E Dios, compadecido,
Mandoulle santa paz e dôce olvido.

¿QUÉ TEN?

Sempre un ;ail prañideiro, unha duda,
Un deseyo, unha angustia, un delor...
É unhas veces a estrela que brila,
Y outras tantas un rayo d'o sol;
É qu'as follas d'os arbores caen,
É que abrochan n-os campos as frors,
Y é o vento que zoa,
Y é o frío, é o calor...
E n'é o vento, n'é o sol, nin é o frío,
Non é... qu'é tan sô
A y-alma enferma, poeta e sensibre
Que todo a lastima,
Que todo lle doi.

* * *

Ti, a feiticeira e branca com'as neves,
Y a linda antr'as millores;
Ti, arrededor de quen, cal as abellas
A redor d'unha rosa andan os homes
(Xente qu'o mesmo acaso qu'as mulleres
É dada á toda crase de traiçoes):
Non queiras en jamás, s'és queridora,
Non dones en jamás máis que che donen;
S'é que te firen, miña prenda, ríte;
S'é que t'engañan, meu amor, non chores.
Ve que pasou o tempo d'as Corinas,
Y o máis qu'hora se sofre,
Sô porque non se diga,
É rabiari cant'un pode.
—¡Rabiar no máis..., dixera que mentides!
—Sí, sí, rabear ben forte;
Mais c'a rabia picant'e aguilloeira
Qu'é salsa apetitosa d'as pasioes.
¿Qué fora, ¡hou Dios!, sin os asentes feros
D'os estómagos probes?
D'os corazóns d'o día,
¿Que fora sin as rabias, meu amore?

RUINAS

(ARMONÍAS D'A TARDE)

Traducción de Ruiz de Aguilera.

Xa novembre expiraba
Cando cansado e sóo tomei asento
Ô pé d'o endebre muro,
Vella defensa e límite d'un puebro.
Pol-as abertas fendas,
Casa qu'ás sabandixas abr'o tempo,
Hoxe o lagarto mira
Con fría ollada o estrago en torno feito,
Sin core a trepadora,
Ortiga vil e xaramago enfermo,
Cuyos muchos rãmallos
Moven os aires ô pasar xemendo;
Coroan capiteles
Ô destrozado pórtico d'o tempo,
Que tende n-a campía
Antre polvo d'altares o esqueleto.
Xa n-o lare sagrado
Lume n'encende a nai ô son d'un rezo,

E d'a tsnada pedra
A borralliña os ventos xa barreron;
E xa, d'os vellos arcos
E columnas, as pedras van caendo,
Cal unha y outra bágoa
Cai d'os ollos d'un triste sin achego.
¡Cómo as muchadas follas
Se desprenden d'a ponla onde naceron,
Restos d'aquela vida
Con qu'a vista encantaba o souto ameno!
¡E cál amostra o río,
Casequ'engoite o empedregado leito,
Regueiro miserable
D'outro farto raudal, limpo e sereno!
¡Cál os outeiros arden
D'o sol d'outono ao lampo derradeiro,
Mentras sombrisa a noite
Vai caladiña os valles sorprendendo!
Bataladas ô lonxe
Da unha campana sospirando resos;
Y a tarde qu'agonisa
Mándalle â relixión o adiós máis tenro.
Y o moucho revoando
Berra tamén con chilos agoreiros,
Coma morto sin tomba,
Qu'anda soyo ô redor d'un simeterio.
Cand'as alas sacude,
A voz desperta de dormidos ecos
E parés que resoa
Tras d'o que pasa pensatible, austero,

O ruxir misteioso
De visiós qu'en tropel forman os medos,
Pol-o chan arrastrando
Pardo sayal, os brancos esqueletos.
Ou ben que resucita
A pobraición d'o seu reposo eterno,
Rendido pelegrino
Que cobra, descansando, novo alento,
Y a camiñata emprende
Ô dôce amañecer d'un día sereno,
Que crube os seus albores
Baix'un de nubes pudoroso velo.
Mais acabase o encanto
Un momento despois; así os xa restos
D'as ilusiós mortíñas
Enchen d'a y-alma o dolorido seo.
Y hora outra ves, d'o muro,
Os cantos sin parar rodan desfeitos,
Y ô seu compá-l-as follas
D'as amarelas ponlas van caendo,
Cal unha e outra bágoa
Cai d'os ollos d'un triste sin achego,
Ou anacos d'a vida
Con qu'a vista encantaba o souto ameno.
Todo así pasa; a sombra
Sigue decote â lus d'o craro ceo;
Y jail, a vellés caduca
D'a moceda é recordo pasaxeiro.
Ti soyo non acabas,
¡Hou esprito, que ximes n'un encerrol!

Mais con man compasiva
A morte, ô fin, quebrantará os teus ferros.

Quedará o fráxil vaso
D'a tua esencia inmortal, anacos feito,
E pol-os aires, ela
En busca irá d'o seu amor eterno.

Â terra que perdeche
Voarás lixeira d'o manchado suelo
Qu'as tuas alas tocaron
Ô pousarte d'o mundo n-o deserto.

N-el jayl, triste a recordas,
Como d'a sua os azulados ceos,
O probe desterrado
N-a veiriña d'os ríos extranxeiros.

Chirrar d'os carros d'a Ponte,
Tristes campanas d'Herbón:
Cando vos oyo partidesme
As cordas d'o corazón.

Cebileiras qu'ís e vindes
D'Adina pol-o camiño,
A veira d'o camposanto
Pasá leve e paseniño.

Qu'aque din que os mortos n'oyen,
Cand'os meus lle vou falar,
Penso que anqu'estén calados
Ben oyen o meu penar.

A BANDOLINATA

C'a espada asesina
N-o peito encrabada,
O espírito n-a sombra
Y o corpo n-a lama,
Máis negra qu'a morte,
Que a terra más baixa,
Bagullas de sangue
Chorando eu estaba.

De pronto antre o espeso
D'a brétama parda
Con rara armonía
Saiu unha cántiga...
¡Qué fresca e qué dõce,
Qué leve e qu'extraña
Sonou n-as recónditas
Cavernas d'a praya!

Calmouse o meu dore
Cal sede, c'a y-augua,
D'o probe sedento

N-a fonte se calma.
N-os ollos detidas
Quedarons'as bágoas,
Namentras inmóble,
Suspensa, escoitaba.

De tempos remotos
D'edades lexanas,
De noites sereas,
Pra sempre acabadas,
Aquel cantar tróuxome
Non sei qué lembranzas,
Non mortas..., dormentes,
¡Quén sabe en qué campas!

Coidara qu'a oira
N-os campos d'Italia,
Send'eu quizáis reina,
Quizáis sendo escrava,
N-a orela d'o Bósforo
D'o pazo á ventana...
Mais sempre amor fondo
Sentindo n-a y-alma.

¡Qu'extraños soñares
S'en min despertaran
D'o músico incónito
Co'a sonora cántiga!
D'anteriores vidas,
¿Cáles recordanzas

Calmaron a dôre
D'as presentes ansias?

¿Quén pode decil-o?
Misterios d'a humana
Fráxil natureza,
Naid'os explicara;
Sô sei que sintindo
Consolo n-a y-alma,
Amei dende estonces
A bandolinata.

* * *

Branca virxes de cándidos rostros,
Varóns santos de fronte serea,
Nobres matronas,
Monxas austeras,
Y aind'aquelas que parés que nunca
Tocaron c'as prantas
Os lodos d'a terra,
N-a concencia, ¿quén sabe á escondidas
As manchas que levan?

Mais s'hai anchos ríos,
E mares imensas,
E lagos sin fondo,
E torrentes que arrancan as penas,
D'este mundo n-os ámbitos todos
N-hai auguas que laven
Manchadas concencias;
Y aqués que se manchan,
Manchados se quedan.
¡Soy as lavan as bágoas abondas
D'a penitencia!

VANIDADE

Algúns ricos enterrans'ô probe
E algúns probes ô grande s'enterran,
Todos para distinguirse,
Y hastr'ô morrer ter fachenda.
¡Vanidá, cánto vals antr'os homes,
Qu'hastr'as portas d'a morte penetras!
Mais desque cân n-o burato,
Todos iguaes se quedan;
Y o polvo ô polvo se torna
Y ond'os vivos, a soberba.

* * *

Aprésá, Álvaro Anido;
Vive moito en pouco tempo,
Espolea o teu cabalo
Y espoleándoo, revéntao.
¿Qu'importa un nobre cabalo?
¿Qu'importan dous nin trecentos?
O qu'importa, Álvaro Anido,
E chegar cedo.

Vai desd'un polo á outro polo,
Rexistra os antros térreos,
Monta n-a locomotora,
Sube n-os grobos aéreos,
E co'a centela recorre
D'o vacío o espazo imenso:
És home, e cansarás, Álvaro,
Correndo e correndo.

* * *

Decides qu'o matrimonio
É santo e bueno; será-y-o;
Mais non casou San Antonio,
Por máis qu'o mismo demonio
Tentou-n-o á facé-l-o ensayo.

Celicios, cantos poder;
Penitencias, á Dios dar;
Mais santo n'houbó, á meu ver,
Que d'os casados quixer
C'a pesada cruz cargar.

Nin os santos padres todos,
De quen tén tantos escritos
Y alabas de varios modos,
Quixerón n-aqueses lodos
Meter os seus pés benditos.

D'o direito, d'o rivés,
Matrimonio, un dogal és:
Eres tentaçon d'o inferno;
Mais casarei..., pois in-o inverno,
Non ter quen ll'a un quent'os pés!...

* * *

Agora cabelos negros,
Máis tarde cabelos brancos;
Agora dentes de prata,
Mañán chavellos querbados;
Hoxe fazulas de rosas,
Mañán de coiro enrugado.

Morte negra, morte negra,
Cura de dôres e engaños,
¿Por qué non mata-l-as mozas
Antes qu'as maten os anos?

* * *

—Premita Dios que te vexas
Cal as córbegas arrastro;
Qu'a y-augua que á beber vayas
Che se volva xaramagos;
Que pidas e non atopes
Pousada, acougo n'amparo,
E qu'inda morto de fame
Quedes ô pé d'un valado.

—Praguea boca, praguea,
Mentras qu'eu me vou marchando;
Pragas de malas mulleres
Nunca lles cân ôs soldados.

* * *

Teño un mal que non ten cura,
Un mal que naceu comigo,
Y ese mal tan enemigo
Levarám'á sepultura.

Curandeiros, ceruxanos,
Dotores en Medeciña...
Pr'a esta infirmidá miña
N'hai remedio antr'os humanos.

Deixá, pois, de remexer,
Con concencia ou sin concencia,
Os libros d'a vosa cencia,
Pois para min n'a han de ter.

¿Qu'o dudás? Duda non cabe
N-esto que digo, doutores;
Anque pese, hai amargores
Que non pasan con xarabe,

¿Asañasvos porque digo
Verdás que sabés de sobra?
¡Pois á probar..., mans â obra...
Vede de curarme, amigo!

O meu mal y o meu sufrir,
Y o meu propio corazón,
¡Quitaim'o sin compasión!
Despois ¡faceme vivir!

* * *

«Sarna con gusto non pica.»
O conto é sarna sin el,
Y o verdadeiro castigo
N-o máis fondo ha de doer.
Non é sufrir chorar sangue
Ôs pés de quen un quer ben:
D'el vivir lonxe e olvidado...
¡Este sí que penar è!

* * *

«É verdade que un pode
Ser pior ou millor;
Pero vir de bon tronco
Eso sempre foi bo.

Teus pais eran xitanos,
E ti hoxe eres marqués,
Masque... que ô fin y ô cabo
Un ven de donde ven.

Can fillo d'un raposo
Que o teñan por leal;
Que si non come os pitos
É que non poderá.»

Esto cantaba un cego
N-a feira d'Asención,
E d'o seu cantar ríanse
Todos qu'era un primor.

Y uns os outros mirábanse
Cal querendo decir:
«Rásquese á quen lle proya,
Qu'esto non vai pra min.»

* * *

Fas uns versos..., ¡ai, qué versos!
Pois cal eles non vin outros;
Todos empedregullados,
E de cotomelos todos,
Parecen feitos adrede
Para lerse á sopramocos.

* * *

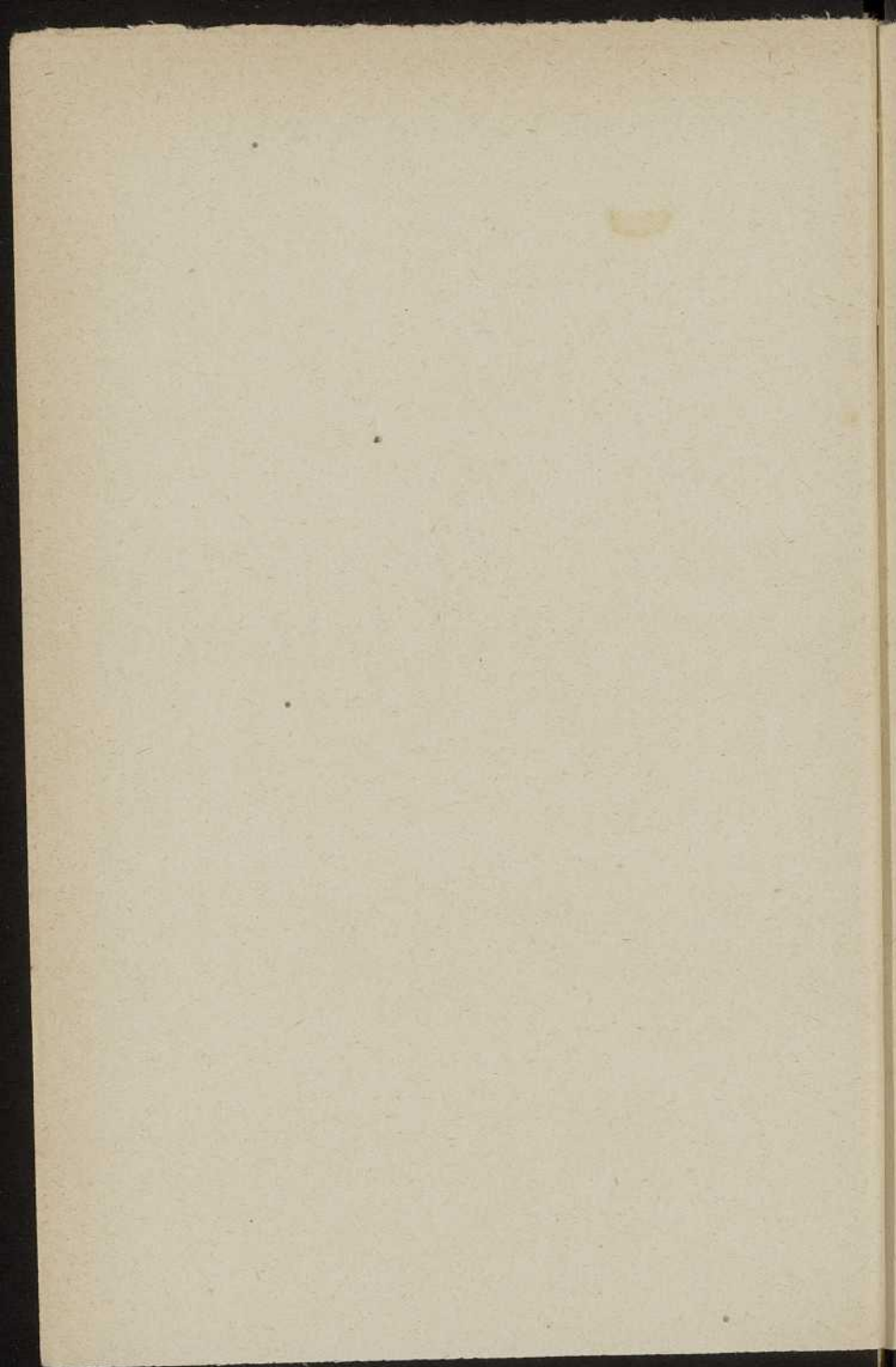
Tembra un neno n-o pórtico húmido;
D'a fame e d'o frío
Ten o sello o seu rostro de ánxel,
Inda hermoso, máis mucho e sin brillo.

Farrapento e descalzo, n-as pedras
Os probes peñños
Que as xiadas d'o inverno lañaron,
Apousa indeciso;
Pois parés que llos cortan coitelos
D'aceirados fíos.

Coma can sin palleiro nin dono,
Que todos desprezan,
N-un corruncho s'esconde tembrando
D'a dura escaleira;
E cal lirio se dobra ô secárese,
O inocente a dourada cabeza
Tamén dobra, esvaecido c'a fame,
E descansa c'o rostro n-as pedras.

E mentras qu'el dorme,
Trist'imaxen d'a dôr y a miseria,
Van e vén *¡á adoraren ô Altísimo!*
Fariseyos, os grandes d'a terra,
Sin que ô ver d'o inocente a orfandade
Se calme d'os ricos
A sede avarienta.
O meu peito co'a angustia s'opreme.
¡Señor! ¡Dios d'o ceo!
¿Por qué hai almas tan negras e duras?
¿Por qué hai orfos n-a terra, Dios bueno?

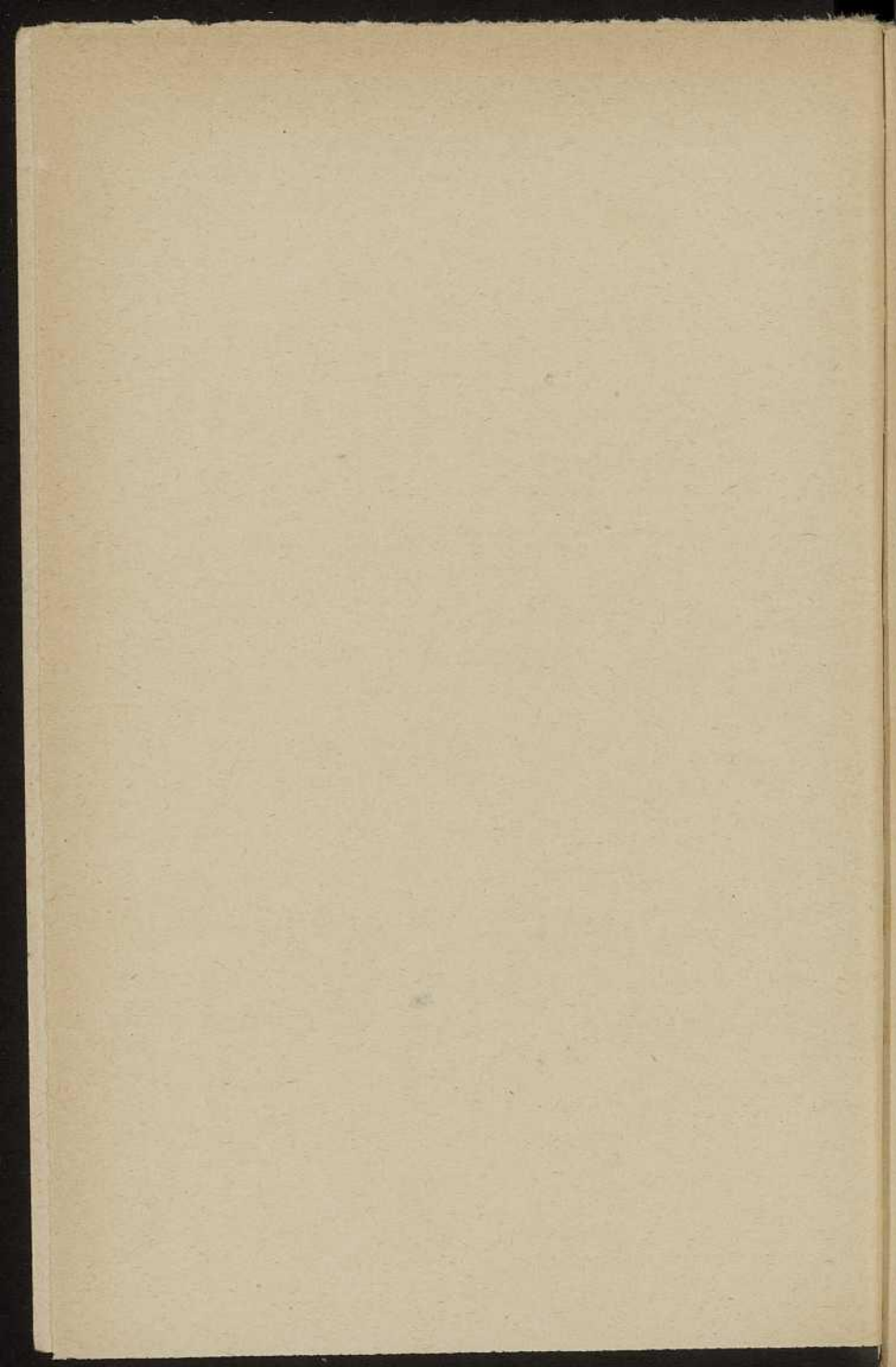
Mais n'en vano sellado está o libro
D'os grandes misterios...
Pasa a gloria, o poder y a alegría...
Todo pasa n-a terra. ¡Esperemos!



LIBRO CUARTO

D'A TERRA





* * *

De Galicia os cimiterios
C'os seus alcipreses altos,
C'os seus olivos escuros
Y os seus homildes osarios,
Todos de frores cobertos,
Frescos com'os nosos campos,
Pol-as mañáns malencónicos
E n-as tardes solitarios,
Cand'o sol poniente os baña
C'o seu resplandor dourado,
Cheos d'un gran desosego
Parés que nos din: «¡Durmamos!»

D'os vivos amigos sodes,
Mortos qu'alí tês descanso;
E nin os nenos vos temen
N'a ninguén causás espanto.
Visítanvos cada día,
Falan con vosco rezando,
Augua bendita vos botan
N-a sepultura ô deixarvos...
Y ¡*Hastra mañán!* se despiden
De vós para o seu traballo.

¡CALADE!

¡Hai n-as ribeiras verdes, hai n-as risoñas prayas
E n-os penedos ásperos d'o noso imenso mar,
Fadas d'extraño nome, d'encantos non sabidos
Que sô con nós comparten seu prácido folgar.

Hai antr'a sombra amante d'as nosas carballeiras,
E d'as cortiñas frescas n-o vívido esplendor
E n-o rumor d'as fontes, espíritos cariñosos
Que sô aos qu'aquí naceron lles dan falas d'amor.

Y hai n-as montañas nosas, e n-estes nosos ceos,
En canto aquí ten vida, en canto aquí ten ser,
Côres de brilo soave, de transparencia húmida,
De vaguedade incerta, qu'á nós sô da pracer.

Vós, pois, os que naceches n-a orela d'outros mares,
Que vos quentás a llama de vivos lumiáres,
E sô vivir vos compre, baix'un ardente sol,
Calá se n'entendedes encantos d'estos lares,
Cal, n'entendendo os vosos, tamén calamos nós.

*Miña casiña, meu lar,
¡Cántas onciñas
D'ouro me vals!*

Vin de Santiago á Padrón
C'un chover qu'era arroyar,
Descalciña de pé e perna,
Sin comer nin almorzar.
Pol-o camiño atopaba
Ricas cousas que mercar,
Y anque ganas tiña d'elas
Non tiña pra as pagar.
N-os mensóns arrecendía
A cousas de bon gustar;
Mais o que non ten diñeiro
Sin elas ten que pasar.
Fun chegando â miña casa
Toda rendida d'andar:
Non tiña n-ela frangulla
Con que poidera cear.
A vista se me barría,
Qu'era aquel moito aunar.
Fun â porta d'un veciño
Que tiña todo á fartar;
Pedinlle unha pouca broa
E non m'a quixo emprestar.

As bagullas me caían,
Que me for'á avergonzar.
Volvinm'á miña casiña
Alumada d'o luar;
Rexistrei cada burato
Para ver d'algo atopar:
Atopei fariña munda
(Un puñiño á todo dar);
Vino n-o fondo d'artesa.
Puxenm'á Dios á alabar:
Quixen alcendé-l-o lume,
Non tiña pau que queimar,
Funllo á pedir á unha vella;
Tampouco m'o quixo dar
Si non era un toxo verde
Para me facer rabiñar.
Volvín triste com'a noite
Á chorar que te chorar;
Collín un feixe de palla,
D'o meu leito o fun pillar;
Rexistrei pol-o cortello
Mentras me puña á rezar
E vin uns garabullíños,
E feitos á Dios dar.
¡Meu San Antón milagroso,
Xa tiveren fogo n-o lar!
Arrimeí o pote ô lume
Con augua para quentar;
Mentras escarabellaba
N-a cinza, vin relumbrar

Un ichavo d'a fortuna...
¡Miña Virxe d'o Pilar!
Correndiño, correndiño
O fun en sal á empregar.
Máis contenta qu'unhas páscoas
Volvín a port'á pechar,
E n-a miña horta pequena
Unhas berzas fun catar.
Con un pouco d'unto vello
Qu'o ben soupén aforrar,
E c'a fariñiña munda,
Xa tiña para cear.
Fixen un caldo de groria
Que me soupo que la mar;
Fixen un bolo d'o pote
Qu'era cousa d'envidiar;
Despois qu'o tiven comido,
Volvín de novo á rezar,
E despois qu'houben rezado
Puxen a roupa á secar:
Que non tiña fío enxoito
D'haber tanto me mollar;
Nantramentras me secaba
Púxenme logo á cantar
Para que m'oíran
En todo o lugar:

*Meu lar, meu fogar,
¡Cántas onciñas
D'ouro me vals!*

SOBERBA

Cor de promo, amontónans'as nubes,
Rodan lentas as ondas d'o mar,
E zoando con són pavoroso
Ven o huracán.

¡Qué cargado está o ceo e qué triste;
Qu'escuro, qué negro, tornándose vai!
Encendámo-l-a vela bendita,
Qu'hai tempestá.

Cabalgando n-as alas d'os ángeles,
Por mandado de Dios correrán
As centelas qu'asombran os malos
C'o seu lostregar.

Nove follas d'olivo queimemos
Porque alexen de nós todo mal,
Que nos libren de rayo e centela
Que nos matar.

O trisaxio cantemos en coro...
Incrináivos y á Dios adorai;
Pois si trona, é que quer recordarnos
Qu'é grand'e inmortal.

¡Santo, santo! din todos á unha,
Fillos e nai...
Todos non: qu'un, soberbo e sañado
Calado está.

Mais os tronos afunden os ceos
E cega d'os lóstregos o brillo fatal;
¡Hou, qué noite!... Qué noite terrible
De tempestás!

El Señor est'airado... ¡Incrinémonos!
¡Eil, malvados d'a terra, tembrái!
O que salvo esta noite saire,
¡Que contar há!

—Ña nai, a vaca marela
Tembra coma vós n-a corte:
¿Fixo algún pecado ela?
¿Virá un rayo á darlle morte?

—S'ela non fixo pecado,
Mal cristiano, ti o fixeche,
Qu'és pecador rematado
Mesmo dendes que naceche.

—¿Y á probe vaca marela
Paga, decí, o qu'eu pequei?
—Pagas ti; morrendo ela,
Di, ¿con qué te mantereí?

¡A PROBIÑA, QU'ESTÁ XORDA...!

«Alá enriba d'a montaña,
Sai fume d'as chamineas...
¡Valor, meu corpiño vello!
¡Leváim'aló, miñas pernas
Paseniño, paseniño
Aquí pára alí te sentas,
Irás chegando, Xuana,
Adond'as casas fomegan.
¡Dios diantel, a Virxe che valla;
Qu'hoxe, seica... seica... seica...
Has de comer sete cuncas
De bon caldo, c'o d'a cea,
E máis compango de porco
Ou de sardiñas salpresas,
Qu'os montañeses son homes
Que cando dan, dan de veras.
Dempois, quentarást'á un lume
Grande com'unha fogueira,
E cando xa estés ben quente,
¡Á dormir... e qu'amañeza!»

Y a vella vai sube, sube
A *costa d'o mar d'ovellas*
C'un ollo posto n-o chan
Y outr'ond'as casas fomegan.

Mentras tanto, o sol d'a tarde
Tras d'os pinares se deita
Y aluma con tristes rayos
As sombrisas arboredas;
D'os *Anxos* o val hermoso,
Sabán de verdor ostenta
Alá n-o fondo tranquilo
Que soaves brisas ourean;
Aquí fonte, alí regato,
A y-augua brila antr'as herbas,
Color d'ouro: qu'o postreiro
Rayo de sol fire n-elas.
Quieta, docísima calma
Arriba y en baixo reina;
A noite ven silenciosa,
Maina, pero sin estrelas.
Nin siquera unha relumbra
N-o firmamento, qu'espesa
Brétema tamén se corre
Pol-as llanuras etéreas.
Comenza a orballar; escuro
Tod'arrededor, apenas
S'acerta o qu'o mais conoça,
Con camiño nin carreira.
Mais non importa por eso,

Qu'o qu'é valente é de veras:
Y a vella vai, sube sube,
A costa d'o mar d'ovellas
C'un ollo posto n-o chan
Y outro ond'as casas fomegan:
Qu'alí relumbra unha luz,
E vai direitiña á ela
Murmurando: «Arriba, Xuana,
Qu'ou m'engan'ou terás festa.»

A experiencia insina á todos,
E ten a vella experiencia;
Por eso non pensa mal
Pensando qu'arriba hai festa.

Un carballo arde n-o lume,
Y arredor d'o lar se sentan
Rapazas d'alegres ollos,
Abós de brancas guedellas,
Vellas qu'inda rompen mangas
E tocan as castañetas,
Os afillados qu'a dona
Y o dono tén pol-a aldea
Y os amigos y os cuñados,
Os curmáns y a parentela
Toda xunta, e máil-o crego
Y o zuruxano d'as bestas.
Un cego c'a sua zanfona
En compañía d'outra cega
Que, si ben lle da ô pandeiro,

Fai falar as castañetas;
Un manco, un coxo, unha tola,
Y outros probes que se sentan
N-un tallo para dez posto
N-un curruncho d'a lareira:
Y abofellas, máis non caben
Anqu'algún máis vir quixera.
Foran chegando, chegando
Máis de nove, ulind'a festa,
Y á ninguén botou d'a porta
A rica d'a montañesa:
Qu'hai pra todos, o día
Qu'alí cocen, carne fresca
Por arroas, e se fan
Papas d'arroz én caldeiras.
Matose un carneiro, grande
Como un boi, y unha tenreira
Como unha vaca e gordiña
Como unha cocha pequena.
Hai viño á Dios dar, un viño
D'o Ribeiro, qu'é canela;
E par'a xente de *menos*
Hai-n-o tamén d'o d'a terra,
Un pouco agriño, mais fresco
E sabroso como fresas.
Coceuse unha gran fornada
De millo branco qu'albea,
Con mixtura de centeo
Y unha pouca de manteiga.
Parece biscoito a broa,

Y un non se ve farto d'ela;
Qu'inda é muito máis sabrosa
Qu'os moletes qu'en tres cestas,
Escollidos, de Santiago
Trouxeron as panadeiras.
En fin, a comida roda
Pol-os pés, y o viño alegre
Âs xentes tanto, que rabia
D'envidia a negra tristeza.
Os probes qu'alí viñeron
Y atoparon lume e mesa,
Contan contos que dan risa,
Así âs mozas com'âs vellas,
Uns en verso, outros en prosa,
Pois falan en todas lengoas
Y apostan entr'eles todos
Á quén fai copras máis feitas.
Mail-o d'a zanfona gana;
Quell'apunta a compañeira
Y axúdalle o viño branco
Con qu'a gorxa lle refrescan.

«¡Viv'a cegal ¡Viva o cego!...»
De cand'en cando lle berran,
Y el di, berrando máis forte:
«¡Vivan eles!... ¡Vivan elas!...
Y a máis bonita de todas
Que veña á darm'unha prenda,
¡ju-ju-ru-jú!»: y aturuxa
Hastra ensordecé-l-as pedras;

Y a cega dall'ô pandeiro
Y o cego toca n-as tecras,
Y ô compas d'o *zongue, zongue*,
De novo bailan as nenas,
E din os probes, botando
Leña n-o lar: «¡Esta é festa!
¡Quén ch'hoxe andivera fora
Y á máis c'a tripa valdeira!...»
Y un ollo botan sorrindo
Ôs feixes de palla fresca,
Ond'han de dormir quentiños
Coma rexóns en caldeira,
Mentras fora zoa o vento
E ladran os cans n-as eiras.

Ya preto d'a media noite
Dan encomenzo as peleas:
Os mozos loitan c'as mozas,
Medind'as forzas que teñan,
E n'andan en cumprimentos
Para botarse por terra.
¡Si as virades qué valentes
S'amostran n-a loita as nenas!..
¡Fanlle ôs mozos cada magoa
C'as suas mans pequeneiras!...

—Un xa caiu... Foi un home...
¡Ela venceu, venceu ela!
¡Ben pol-a nena bonita!..
¡Que vivan as montañesas!

¡Que vivan, pois loitar saben...!

—¡Si fixo trampa!—el contesta

Avergonzado—; foi trampa,

Que sinón, ¡nin cen com'ela!

—¿Qué trampa nin qué morcegos...?

Vencinte...

—Non.

—Sí.

—¡Me venzas!...

E mentras que n-esto están:

¡Pluml, ¡pluml, ¡pluml, dan c'unha pedra

N-a porta.

—¿Quén é?—preguntan.

—Son unha probiña vella

Que me perdín n-este monte...—,

Respond'unha voz que tembra—:

¿Non me darán pousadiña,

Qu'está chovendo e lostrega?

—Vaya con Dios, xa ven tarde,

Non hai sitio—lle contestan.

—¿Qué di, señora? Son xorda

Com'un canto..., miña prenda:

Ábram'a porta, que Dios

Llo pagará...

—Probe vella...:

Un poco adiante, pretiño,

Hai máis portas: chame n-elas.

—¿Qué di, señorriña? Mire

Qu'está unha noite moi fera,

E teño medo qu'os lobos

Me coman...

—¡Dios diante! ¡Seical...

N'hai lobos aquí, ande, ande,
Vaya con Dios, qu'outra aldea
Hai preto.

—¿Qué dí, señora?

—Vaya con Dios, non sea terca,
Qu'aquí xa non caben máis
Nin probes nin ricos, ¡eyal!

—¿Qué dí, ña filla?... Son xorda,
E non oyo anque me fendan,
¡Brrr, qué frío, señoriña!...

Vosté qu'é tan limosneira
Déixem'entrar, y estarei
N-o cortelliño, ond'as bestas.

¡Brrr..., que morro c'a friaxe!
¡Quenjal, ¡quenjal, ¡quenjal, ¡quenjal!...
¡Qué tos..., Dios me valla..., brrr...!
¡Xa non podo máis!...

—Pois veña,

E si non ten onde pôrse
Brinque á cabalo d'artesa—
Falou a dona, que tiña
O corazón de manteiga.

—¡Dios llo pague, queridiña!

Xa topará a recompensa
N-o ceu... Abra, miña xoya...—
Excramou de pronto a vella.

—¿Logo n'é xorda, qu'oyeu?—
Dixeron dentro, antramentras

Que quitaban o tranqueiro
D'a porta.

—¿Qué di, ña prenda?
Non ll'oyo nada, mais teño
Moito sentido...

—¡Abofellas
Que non mentel... ¡Vaya, vaya!,
Adentro...

—Santas e buenas
Noites teñan mis señores...
¡Xesús, seica están de festa,
Qu'hai moita xentiña xunta!...
D'hoxe n-un ano aquí os vexa;
Díol-os bendiga...; el Señor
Lles dé fortuna ás man cheas
E saudíña...

—¡Amén, amén!
—Busque un sitio n-a lareira
E quéntese...

—¿Qué me dixo?
Son xorda coma unha pedra,
Y a máis non probei frangulla
Desd'onte â noite, e n-as veas
Xa teño o sangue callado
Pol-o frío...—

Y antramentras
Qu'esto di, vaise arrimando
Ô lume moi compangueira
C'os outros probes, e fura
Por antr'eles, por antr'elas.

Brinca por riba d'o cego;
E que queiras que non queiras,
Sempre tembrando de frío
E xorda como unha pedra,
Según di, n-o mellor sitio
Con moita homildá se senta
Y arrima un mando de lume
Pr'ond'ela está.

—¡Ei, miña vella!
Mire qu'hai máis que vostede
Aquí. ¡Qué comenenceira
Parecel...—lle di outro probe
C'unha cara de desteta
Nenos.

—¿Cómo di, meu fillo?—
Sorrindo reprica ela
Sentándose máis á gusto—;
Eu de calquera maneira
M'amaño; qu'así n-o ceo
M'amañe el Señor...

—¡Bahl, seica
Quer facer mofa d'a xente...
¡Poche!, c'o xuncras d'a vella!
Mesmo parece un espeto.
—¿Si quero un neto ña prenda?
Si m'o desen, inda pode
Que pouco á pouco o bebera,
Pois teño moita sedita,
E fame, e frío...

—¡Rabéa,

Canl, que non vin unha xorda
Máis fraca nin lagarteira.
¿É filla d'algún raposo?
—¿Que pille un hoso?... D'a vella
Quérense rir... ¡Ai, Dios mio!
Pero a fame élle moi negra:
Tráyam'o s'é qu'inda ten
Apegada algunha freba,
E irei-n-o raspando á modo
C'un canteiro que me queda.—

Todos riron c'a resposta
E...:—¡Inda nunca Dios me dera—
Dixo o cego—, que esa xorda
Sabe máis qu'eu, abofellas!
—Merece comer compango
E vou llo dar, miña vella;
Porqu'onde queira qu'a atopo
Gústame sempre a sabencia:
¡Coma e fártese!... Aquí ten
Talladas e viño...; beba,
Beba pol-a miña conta
A salú d'as montañesas—
Dixo a dona, e doulle un prato
De callos como unha cesta
Â probe, e viño, e pan branco;
Canto quixo; fartous'ela
Mesmo hastra que tuvo a tripa
Coma un pandeiro. Raventa
Por pouco...; mais o pelexo

Tiña duro, e nin siquera
Ll'arregañou, y ô outro día
Xa estaba tan peneireira.

—Coidado—lle dixo a dona
Cando se foi—: conta teña
De no volver por aquí
Mentras lle dure a xordeira.
—¿Qué di, miña queridiña?—
Respondeu rindose a vella—;
Son mesmo com'unha tapia,
E non ll'oyo anque me fendan.

XAN

Xan vai coller leña ô monte,
Xan vai á compoñer cestos,
Xan vai á podá-l-as viñas,
Xan vai á apañá-l-o esterco,
E leva o fol ô muiño,
E trai o estrume ô cortello,
E vai á fonte por augua,
E vai á misa c'os nenos,
E fai o leito y o caldo...:
Xan, en fin, é un Xan compreto,
D'esos qu'á cada muller
Lle conviña un pol-o menos;
Pero cand'un busca un *Xan*,
Casi sempre atopa un *Pedro*.

Pepa, a fortunada Pepa,
Muller d'o Xan que sabemos,
Mentras seu home traballa,
Ela lava os pés n-o rego,

Cátall'as pulgas ô gato,
Peitea os longos cabelos,
Bótalles miilo ás galiñas
Marmura c'o hirmán d'o crego;
Mira s'hai hovos n-o niño,
Bota un ollo ôs manzanceiros,
E lambe a nata d'o leite,
E si pode bota un neto
C'a comadre, qu'agachado
Traillo en baixo d'o mantelo.
E cando Xan pol-a noite
Chega cansado e famento,
Ela x'o espera antr'as mantas,
Y ô vel-o entrar dille quedo:

—Por Dios, non barulles moito...
Que m'estou mesmo morrendo.
—¿Pois qué tés, ña-mulleriña?
—¿Qu'hei de ter? Deita eses nenos;
Qu'esta *madre* roe en min
Cal roe un can n-un codelo,
Y ô cabo ha de dar comigo
N-os terrós d'o simiterio...
—Pois, ña Pepa, toma un trago
De resólio qu'aquí teño,
E durme, ña mulleriña,
Mentras os meniños deito.—

De bágoas s'hennen os ollos
De Xan ô ver tales feitos;

Mais non temás, qu'antre mil
N'hai máis qu'un anxo antr'os demos:
N'hai máis qu'un atormentado
Antre mil que dan tormentos.

O ENCANTO D'A PEDRA CHAN

C'o sono d'a inocencia
Que non turban remorsos d'a concencia,
Y a Virxen ô seu lado
Dormían os meus ángeles n-a cuna,
Cando, ás furtadas, n-un sereno día,
C'o peito palpitante d'alegría
Soya sain en busca d'a fortuna.

Iña tras d'un tesouro cobizado,
De todos iñorado,
Mais d'o que solasmentes eu sabía;
E n'era sô de prata, nin sô d'ouro,
Aquel sin par tesouro;
Qu'era d'un canto apeteecer podía.

Nunca eu fora nin rica nin dichosa,
Y ô ver que para sel-o
Sô me faltaba o gordo d'un cabelo,
De seca espiña me tornara en rosa.
E como virxen pura
Que por primeira vez sinte a dozura

D'as inquietús d'o amor, así eu sentía
Que algo qu'en min dormía
Despertaba, chamándom'â ventura.

Por eso, dand'ô olvido
As penas que m'houveran consumido
Dendes de que nacera,
Vía a terra y o ceo côr d'espranza,
Y ô meu redor, perene primadera.

¡Cál o sol relumbraba!
¡Qué mansamente marmuraba o río!
Y o paxariño voador cantaba,
Mentras qu'eu camiñaba
Lixeira ô meu avío.

Tal como a neve, albeas,
As roupas y as marañas
Tendidas n-as silveiras y as montañas,
Xa en raro, xa as moreas,
Cal pint'a branca nube o ceo sereno
Briland'ô sol, pintaban o paisaje,
Coma ningún ameno.

Cabo d'a ría n-a ribeira verde,
Á cál gana, á cál perde,
Xogaban os rapaces c'a onda escrava;
Á anxeliño tocaba
En un lugar veciño,

Y anque os pais d'o meniño,
Ô enterral-o choraban que partían.
Compasivol-os vellos,
¡De cántas penas se libroul, decían.

En tant'os carros sin parar chirraban,
Mentras, ô seu compás, os carreteiros
Despaciosos cantaban;
Y aquí a fonte corría,
Alá n-unha canteira resoaban,
Metálicos, os picos d'os pedreiros.
Mais preto, os cans ladraban
Y antr'a follax o vento rebulía
Indo d'as encanadas ôs outeiros...
¡Cánta paz!, ¡cánto sol!..., ¡cánta alegría!...

«¡Ô fin, sorte, cansache!
Y o quiñón que famenta me negache
N-a hirencia d'os praceres,
Dándome sô o d'as ansias y as peleas,
Cal á aqués que ben queres
Hora darasm'o en gustos às man cheas.»

Est'eu iba dicindo,
De dichosa cal n'outra presumindo,
Mentras que camiñaba
Tan contenta e segura
D'atopar a fortuna en qu'esperaba,
Cal sei qu'atopa á Dios quen o precura.

Antre buxos e silvas agachado,
O encanto deseado
Estaba coma merlo n-o seu niño,
Pol-o romor d'as auguas arrolado
D'o apartado muiño...
Eu din volta â debesa,
Pasei a corredeira d'a Codesa,
¡Y ô fin cheguei!..., y enriba d'unha lousa,
En dond'â amañecida o corvo pousa,
Un nobre cabaleiro
Co'a sua pruma enrisada n-o sombreiro,
E vestido de seda e pedrería
A estilo d'a treidora mourería,
Dou en chamarm'arteiro,
C'un modo loumiñeiro
Que d'o ceo, non d'a terra, parecía.

¡El él, dixeron ô punto temerosa...
Mais o d'o encanto, afeito
Seica á tratar con damas dend'antaño,
Sin que de verme s'atopas'extraño
Dende lonxe chamándome sorria.

Y o ceo pódose foi de côr de rosas,
Mentras n-as carballeiras y encañadas
Sopraban unhas brisas repousadas,
Soaves e saudosas,
Cal promesas compridas y esperadas.

Eu non sei qué sentía
Vendo qu'el en chamarme proseguía,

Pois antr'ansiosa e adusta,
C'unha valor que asusta,
Fumm'indo cabo d'el, de gozo chea,
Cal palomiña vai tras d'a candeia.

Tiña n-as mans un cetro adiamantado;
Bateu con el n-a laxe misteriosa
Que s'abreu, como s'abre d'o granado
O froito sazonado,
E con voz armoniosa
E garrido sembrante,
«¡Vamos!—me dixo gasalleiro—; ¡adiantel»

E fun cal folla inxel vai c'a encalmada
Corrente, que primeiro asosegada
A arrastra n-as suas auguas cristaiñas
Pra darlle sepultura cariñosa
N-as orelas veciñas,
E que dempoís a leva arrebatada
Pol-a negra enxurrada
Ôs abismos d'a mare tormentosa.

¡Y entrei pensando penetrar n-o ceo!...
¿Por qué ten a maldade forza tanta?
Pois canto â vista encanta
E nos finxe o ardentísimo deseo,
Nunca farto nin cheo,
Alí os meus ollos viron, e prendados
Quedaron como nunca e namorados.

D'o tesouro escondido
O brilo e fermosura,
¿Á quén que fose de muller nacido,
Á qué mortal criatura
N'a houbera contrubado e seducido?

E n-a lumieira y antraberta porta
Sin astreverme, de primeiro ausorta,
Á vixiar d'a espréndida morada
Unha tras d'outra extensa galería,
Cal si quedase para todo morta
Menos para o que vía,
Excramei n-o supremo d'a alegría:

«Aquí Dios, aquí as dichas d'o universo
Sin voltas nin reverso,
Aquí o que á maxiñar nunca chegara
A comprida ventura.
¡Que nunca outra topara
Máis grande, nin máis santa, nin máis pura!

Tal brasfemei, sin medo nin coidado:
¡Tola de min, cegábam'o pecado!
Y aquel brilo que vía,
Ô par que m'alentaba a fantesía
Daba comprida fe d'o ben buscado.

Pensando que por sorte
Ô paraíso terreal chegara

Y era verdade a dicha que soñara,
Sin m'acordar d'a vida, nin d'a morte,
Olvidando o pasado y o presente
C'o porvir xuntamente,
Soyo pensei en abarcár n-un punto
Aquel tanto ben xunto,
Iñorado d'a xente.

C'o poder d'o que pode, erguinn'altiva
Sin coidar cánto a humana natureza
É falibre e cativa,
E maxinando eterna fonte viva,
Tanta e tanta riqueza
Com'ante min soberba s'ostentaba,
Dixen seguindo ô hermoso cabaleiro:
—Xa que vos atopei tan lisonxeiro
Pra gozar logo d'o qu'é meu, decime
Por ónde debo encomenzar primeiro.

—Por onde vós querrás, reina e señora—
Contestou gasaloso
C'o seu falar gracioso—,
Qu'é voso canto aquí vos enamora;
Pero vós e máis eu antes bebamos
N-esta copa dourada,
Pol-os mals que nos deixan e deixamos,
Y os bés que nos sorrín dend'alborada,
D'unha mañán d'abril nunca acabada,

—¡Pois bebamos!, ¡bebamos!—

Repetín eu, trubada e non de viño,
Sin que a sinal d'a cruz antes fixese
Pra que ben m'emprestase o que bebese...
Y hastra o líquido fresco e cristaiño
Os dous nos abaixamos
Y ambas bocas mollamos...

Nunca me olvidarei d'aquel momento
D'imensa dicha e d'infernal tormento;
Pois de dentro d'a copa
Saindo de repente
Unha y outra cabeza de serpente
Contra min se volveno desatadas,
E todas xuntamente
A un tempo asubiaron,
E n-as entrañas mesmas
O aguillón pezoñoso m'encrabaron.

Caín, caín ferida
E caseque sin vida,
E inda enriba de min, feras volveno
C'o seu mortal veneno
Unha y outra serpente maldecída.

Cal brétema espallada
Pol-o Sur, n-a encanada,
Dispareceu o lindo cabaleiro,
Y espesa nube de trebóns preñada,
Partindo d'a sombrisa Compostela,

Que n-o confín lexano se trasvia
Cal se trasvé n-a tarde morimunda
A raya sin fulgor d'a noite fría,
Veu contrubar a miña mente inxela.

Y alí enriba d'a lousa
En dond'â mañecida o corvo pousa,
Atopeime de pronto, sin ventura,
D'as miñas dôces ilusiós despida,
Soya e probe cal n'outra criatura,
Envenenada, triste e malferida.

E non sei que voz rouca marmuraba,
C'o vento que soaba:
«Coma ti, mal tesouro,
Que aquí deixou o mouro
E que a cubiza alaba,
Son os encantos todos terreales:
Á tan grandes pracers, tan grandes males.»

* * *

«Tanto e tanto nos odiamos,
Tanto e tan mal nos quixemos,
que por non verme morriche,
E desque morrich'alento.
Mais hora tócame á min
Tamén marchar, e di ô crego
Que che perdone, pois logo
Á axuntarnos volveremos.
¡O crego voiveuse tolo!
¡Xuntarnos!... Nunca máis, penso;
Que si ti estás ond'a Dios,
Eu penso d'ir xunt'o demo.»

Esto unha vella viuda,
E terca como un carneiro,
Falaba d'o seu difunto
Xa d'os bichocos comesto:
Y en tanto qu'así falaba,
Tamén ela iba morrendo.
Mais din qu'o difunto y ela
S'atoparon n-os infernos

Man á man e codo á codo
Como dous bôs compañeiros.

—¿Conqu'estás aquí?—lle dixo
Estonces a vella ô vello—;
Pois voume adond'está Dios,
Xa que ti estás ond'o demo.—
E sin saberse por ónde
Colleu direitiña ô ceo;
Mais topou pechada a porta,
Que ll'a pechara San Pedro.

¡Prum!, ¡prum!; ¡abrí, que son eu!—
Falou a vella moi recio.
—¡Non hai!—respondeu o Apóstol
Apertando o tarabelo.
—Coidá que xurei n'estar
Ond'el esté, meu San Pedro...
—¡Non hai!—repiteull'o Santo,
Índose inda máis adentro.
—¡Por vida d'as vosas chaves,
Que facés un bon porteiro,
E que roncás!... Xa se ve...
¡Cómo estades satisfeito!...

Mais eu xurei, e Dios manda
Qu'un cumpra os seus xuramentos;
¡A terceira vez!... ¿Abrides?
—Nin ás tres nin ôs trescentos;
A muller vaya onda o home:

¡Al infierno, anda al infierno
Con el, por sempre en jamás!
—¡Pochel, meu Santo San Pedro,
Que ben deixás conocer
Qu'andiveches sempre ceibo,
Que nunca foches casado
Nin n-a terra nin n-o ceo!
Todiñal-as comenencias
Para vós quixeches, ¡deño!
¿Y á min non me das ningunha?...
Pois ve qu'eu tamén as quero.
S'aló con cadea andiven,
En tel-a agora non penso;
Que todo c'a morte acaba
Según predican os cregos.
Unha ves nos separamos
Eu y o meu home, e por certo
Que foi pra sempre..., e está dito,
Pois son terca, si sôs terco.
¿Que non me querés n-a groria?
Pois xurei non ir ô inferno,
Dond'el está, y acabouse,
E n'hai que falar máis d'esto.
¿Qué habés de facer de min?
¿Irei ô limbo d'os nenos?
¡Me vayas!, que xa estou d'eles
Hasta a punta d'os cabelos.
—¡Caramba co'a a muller esta!—
Dixo enfadado San Pedro—,
Que si non fora por Dios...

—Bah, señor, deixavos d'eso
E permitime que pase...
—Non, non e non. ¡Caramelos!
Fora d'aquí... —e ¡pum!, botou-n-a
Direitiño cara ô inferno.
—¡Qu'o xurei! Xa o teño dito...—
Berraba a vella...—Non entro.
Señor, Señor... *Sursum corda*,
Aquí estou, y aquí me quedo.—

E quedouse, sí, quedouse;
¿Ónde? Non se sabe certo,
Nin si foi porqu'a oise Dios
Ou porque n'a quixo o deño.
Sô se sabe, ben sabido,
Qu'anda n-as alas d'o vento
metendo medo ôs rapaces
N-as negras noites d'inverno;
Encelando namorados,
Desfacendo casamentos,
Malquistando matrimonios...
¿Por qué n'a levou San Pedro?
Qu'hora anda ceiba e ben ceiba
Para meternos n-o inferno.
Poñélle a figa, mociñas,
Si querés ter casamento,
Qu'ond'ela esté, nin un home
Toparés para un remedio.

EN CORNES

I

¡Fermoso campo de Cornesi,
Cando te crobes de lirios
Tamén se me crobe á y-alma
De pensamentos sombrisos;
De Cornes lindo lugare,
Que cruzan tantos camiños:
Anque cuberto de rosas,
As rosas tamén fan guizos.

Antr'as pedras, alelises,
Antr'os toxos campanillas,
Por antr'os musgos, violas,
Regos, por antr'as curtiñas.
Río abaixo está o moíño,
Compostela río arriba...
Río arriba, ou río abaixo,
Todo é calma n-a campia.

Convidando á meditare,
Soan de Conxo as campanas;
Beben os bois n-o teu río
Y o sol alegre a escampada.
D'as tuas casas terreñas
Sai fume y os galos cantan...
¡Quén en tan fresco retiro
Dirá que as dôres fan lama!

Donde hai homes hai pesares,
Mais n-os teus campos, ña terra,
Maxino qu'os hai máis fondos
Cando t'amostras máis leda;
Porqu'eses tríos d'os páxaros,
Eses ecos y esas brétemas
Vaporosas, y esas frores,
N-alma triste, ¡cánto pesan!

Pol-as silveiras errante
Vexo unha meniña orfa
Que triste vai marmurando:
—¡Ña Virxe, quén rosa fora!
—¿Por qué quês ser rosa, nena?—
Lle preguntei cariñosa,
Y ela contesta sorrindo:
—Porque no tèn fame as rosas.—

Cost'arriba, cost'arriba,
Desandemo-l-o camiño,
Fuxamos d'este sosego

D'os pesares enemigo.
¡Qué negro contraste forman
D'a natureza o tranquilo
Reposo, co'as ansias feras
Que abaten o inxel esprito!

II

Cruceiro de Ramírez que t'ergues solitario
D'os Agros n-a expanada, antr'as rosas d'os campos:
O sol d'a tarde pousa en ti o postreiro rayo
Coma n-un alma triste pousa un soño dourado.

Algunha vez n-o estío, eu ô teu pé sentada
Escoito silenciosa, mentras a tarde acaba;
Baixo d'as pedras mudas, qu'o teu secreto gardan
Maxino que resoa o brando són d'un arpa,
¡Música incomprensible que d'outros mundos fala!

¡Tal de Memnon s'oían ô amanecer n-a estatua,
Aqueles sóns divinos que as almas encantaban!

III

Ódiote, campo fresco,
C'os teus verdes valados,
C'os teus altos loureiros
Y os teus camiños brancos
Sembrados de violetas,
Cubertos d'emparrados.

Ódiovos, montes soaves,
Qu'o sol poniente aluma,
Que en noites máis sereas
Vin ô fulgor d'a lua,
Y onde en mellores días
Vaguei pol-as alturas.

E ti tamén, pequeno
Río cal n'outro hermoso,
Tamén aborrecido
És antr'os meus recordos...
¡Porqué vos ameí tanto,
E porqué así vos odio!

SAN LOURENZO

I

Ô mirar cál de novo n-os campos
Iban á abrochá-l-as rosas,
Dixen: «¡En ónde, Dios mío,
Irei á esconderm'agora!»
E pensei de San Lourenzo
N-a robreda silenciosa.

N-algún tempo aqués vellos carballos
Amostrando as suas raíces,
Calvas as redondas copas
Que xa de musgo se visten,
As tristes almas falábanlles
Tan soyo de cousas tristes.

O alciprés que dereito s'asoma
D'o convento tras d'o muro,
Y o lixeiro campanario
Cuberto d'herbas e musgo,

D'a debesa, c'o cruceiro
Eran cintinelas mudos.

Y aquel Cristo que n-o arco de pedra
Abatido a frent'incrina,
Soyo, cal s'inda n-o Gólgota
Loitase co'as agonías,
Ôs corazós oprimidos
Resignación ll'infundía.

E si dentro d'o craustro deserto
E ruinoso penetrabas,
Nunca d'o olvido unha imaxen
Viras n-o mundo máis crara,
Nin de máis grande silencio
N-a terra vos rodearas.

N-o profundo d'a fonte escondida
Medraban con libertade,
Antr'as silvas as violas,
Antr'o buxo as dixitales,
Y a morte, ¡cál fora grata
N-aquel deserto lugarel

E por eso ô mirar cal n-os campos
De novo abrochan as rosas
Dixen: «¡En ónde, Dios mío,
Irei á esconderm'agora!»
Y ô bosque de San Lourenzo
M'encamiñei silenciosa.

II

¿Ónde estaba o sagrado retiro?...

Percibín ruidos extraños,
Pedreiros iñan e viñan
Por aquel bosque apartado.
¡Era que unha man piadosa
Coidaba ós desamparados!

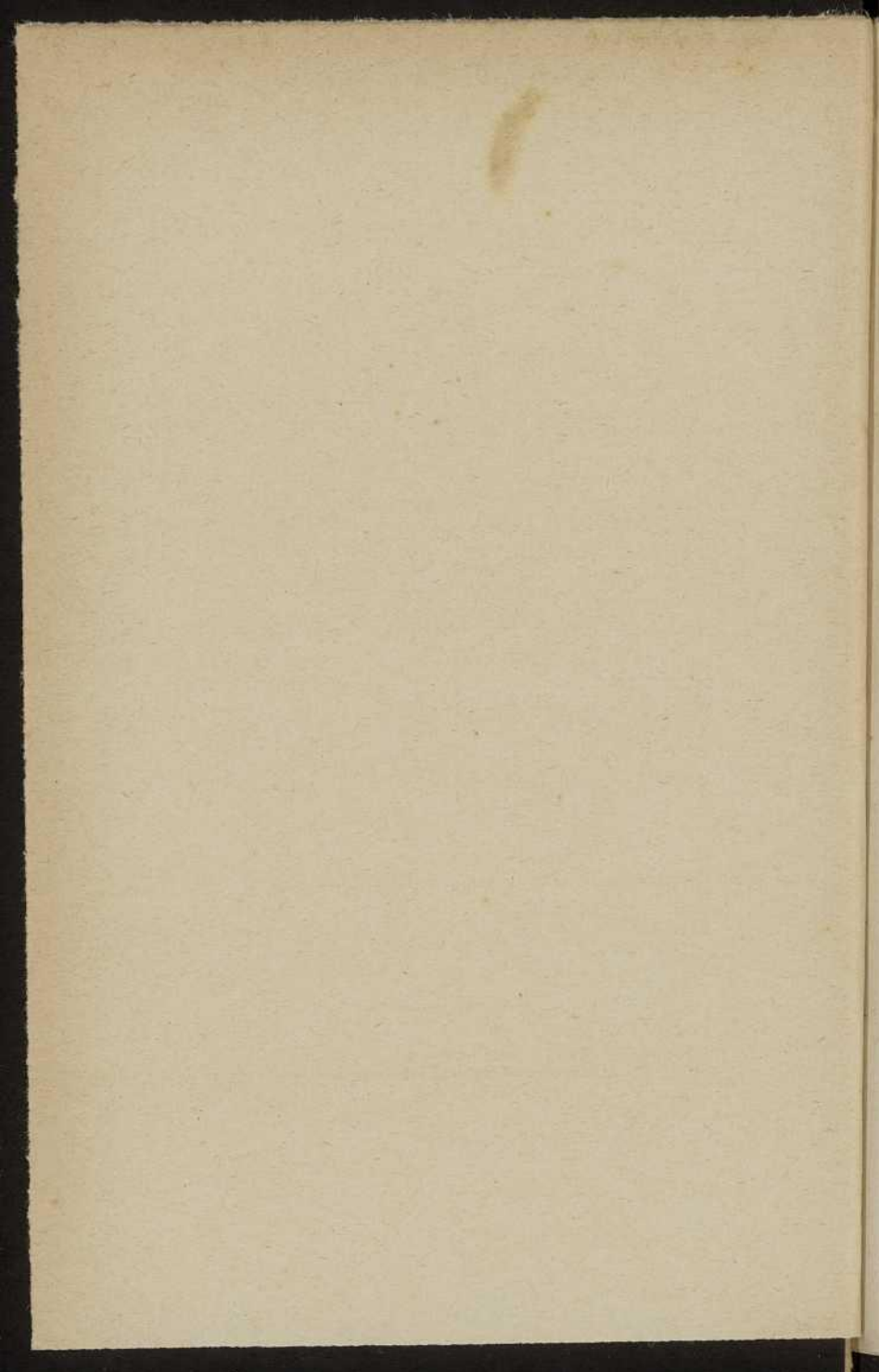
D'unha ollada medín o interiore...

Todo relumbraba branco,
Cada pedra era un espello
Y o vello convento un pazo
Cuberto de lindas frores.
¡Qué terrible desencanto!

¡Negra sombra anubrou de repente

Os meus ollos asombrados,
E máis que nunca abatida
Fuxín!... Que o retiro amado
Pareceume a alma limpa d'un monxe
Sumerxida n-os lodos mundanos.

Marzo de 1880.

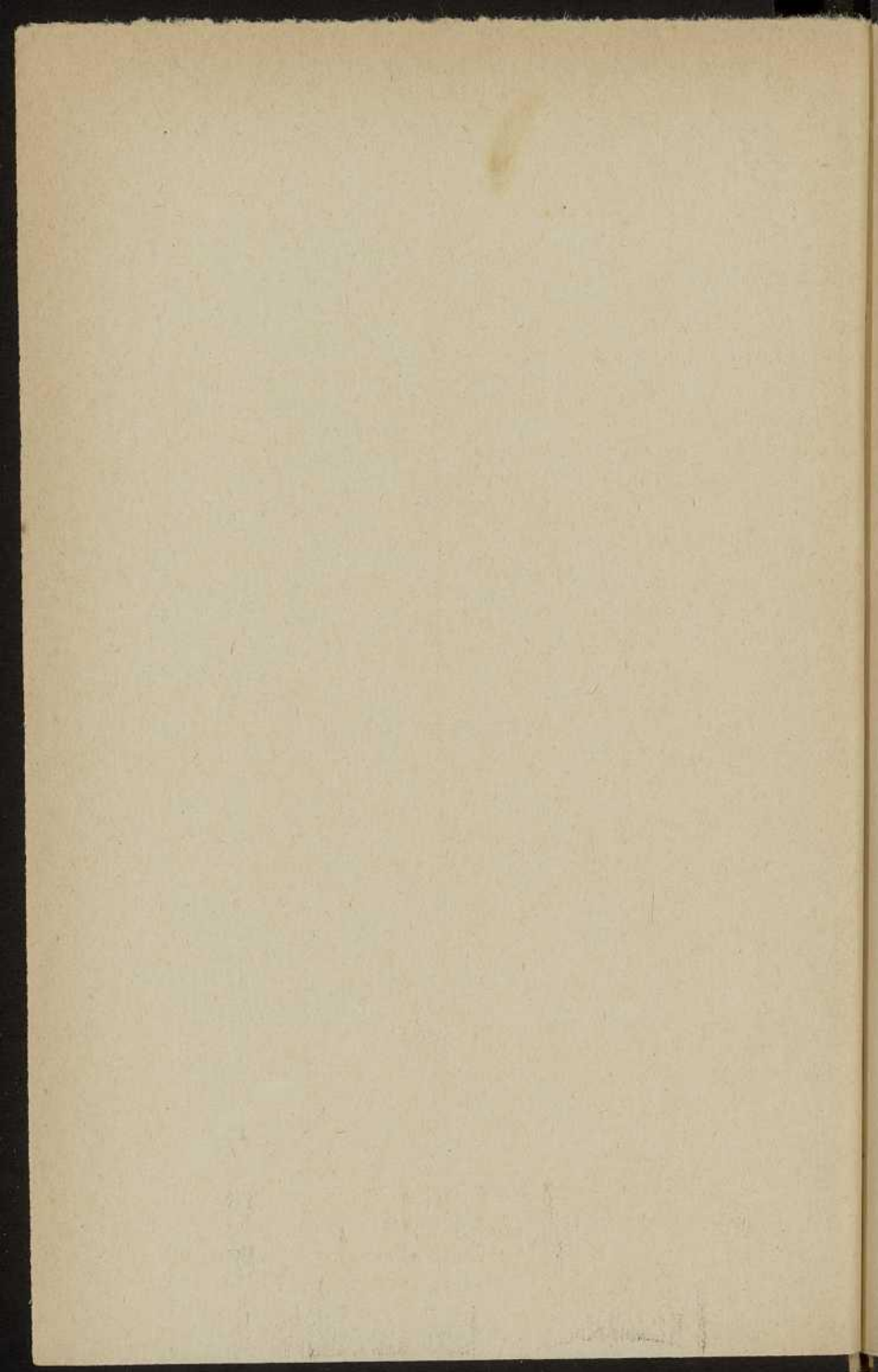


LIBRO QUINTO

AS VIUDAS D'OS VIVOS

E

AS VIUDAS D'OS MORTOS



¡PRA A HABANA!

I

Vendéronll'os bois,
Vendéronll'as vacas,
O pote d'o caldo
Y a manta d'a cama.

Vendéronll'o carro
Y as leiras que tiña,
Deixárono soyo
Co'a roupa vestida.

«María, eu son mozo,
Pedir non m'é dado,
Eu vou pol-o mundo
Pra ver de ganál-o.

Galicia está probe,
Y â Habana me vou...
¡Adiós, adiós, prendas
D'o meu corazón!»

II

Cando ninguén os mira
Vense rostros nubrados e sombrisos,
Homes que erran cal sombras voltexantes
Por veigas e campíos.

Un, enriba d'un cómaro
Séntase caviloso e pensativo;
Outro, ô pé d'un carballo queda inmóvil,
Co'a vista levantada hacia o infinito.
Algún, cabo d'a fonte reclinado
Parés qu'escoita atento o marmurio
D'augua que cai, y exhala xordamente
Tristísimos sospiros.

¡Van á deixá-l-a patria!...
Forzoso, mais supremo sacrificio.
A miseria está negra en torno d'eles,
¡Ai!, ¡y adiant'está o abismo!...

III

O mar castiga bravamente as penas,
E contr'as bandas d'o vapor se rompen
As irritadas ondas
D'o Cántabro salobre.

Chilan as gaviotas
¡Alá lonxel..., moi lonxel!

N-a prácida ribeira solitaria
Que convida ô descanso y ôs amores.
De humanos seres a compauta línea
Que brila ô sol adiántase e retórcese,
Mais preto e lentamente as curvas sigue
D'o murallón antigo d'o Parrote.
O corazón apértase d'angustia;
Óyense risas, xuramentos s'oyen,
Y as brasfemias s'axuntan c'os sospiros...
¿Ónde van eses homes?
Dentro d'un mes, n-o simiterio inmenso
D'a Habana, ou n-os seus bosques,
Ide á ver qué foi d'eles...
¡N-o eterno olvido para sempre dormen!...
¡Probes nais que os criaron,
Y as que os agardan amorosas, probes!

IV

«¡Ánimo, compañeiros,
Tod'a terra é d'os homes.
Aquél que non veu nunca máis que a propia
A ñorancia o consume.
¡Ánimo! ¡Á quen se muda Diol-o axuda!
¡Y anque hora vamos de Galicia lonxe,
Verés desque tornemos
O que medrano os robres!
Mañán é o día grande, ¡a mar, amigos!
¡Mañán, Dios nos acochel»

¡N-o sembrante a alegría,
N-o corazón o esforzo,
Y a campana armoniosa d'a esperanza,
Lonxe, tocando á morto!

V

Este vaise y aquél vaise,
E todos, todos se van;
Galicia, sin homes quedas
Que te poidan traballar.
Tés, en cambio, orfos e orfas
E campos de soledad,
E nais que non teñen fillos
E fillos que non têm pais.
E tés corazóns que sufren
Longas ausencias mortás,
Viudas de vivos e mortos
Que ninguén consolará.

¡OLVIDEMO-L-OS MORTOS!

I

¡Profanemos d'o bosque as úmbrias!...
E ante estes mudos testigos,
O río, a fonte y os ceos,
Qu'eu rompa os xa vellos vínculos.
D'o pasado correron as horas,
Só Dios sabe antre qué abismos.
¡Non tornarán..., olvidemos!
Qu'a recordanza é un martirio.

II

Hai un niño de rosas silvestres
Cabo d'a fonte escondido,
Y un prado de herba trebiña
Alfombra ô arredor sombriso.
Cal un tempo, rebuldan as brisas,
N-a fronda cantan os xilgaros,
As margaridas sorrinme,
Y oyo o marmurar d'o río,

III

Sin amar ¡cál é negra esta vida,
E perde o sol o seu brillo!
Deixa que o sorbo postreiro
Beba d'o celeste viño.
Din que dorme o privado n-o leito
Ancho d'os fondos olvidos;
Ambos, pois, xuntos bebamos
D'este bosque antr'os espiños.

IV

¡Qué armonioso n-altura resoa
O zoar ronco d'os pínos!
Mais maxino que nos miran
Sereos dend'o monte arisco.
E parés que travexo antr'a brétema
N-as vaguedás d'o infinito
O perfil triste, emborrado,
D'os meus ensoños perdidos.
E que adustas m'axexan as sombras
Trás d'esos coutos e riscos,
D'os meus mortos adorados
E d'os meus delores vivos.
¡Mais n'importa! D'a antigua debesa
Profanemos os retiros...
Séntate ô meu lado e díme,
Díme... o que tantas oíron.

V

És garrido e lanzal y os teus ollos
N-os meus coma estrelas fixos,
Dormentes, din qu'o amor n-eles
Pousa o seu dedo divino.
Eu contémprote en tanto serea,
Dura coma os seixos fríos,
E d'o teu corazón conto
Os turbulentos batidos.
¡Faise a atmósfera densa ô redore...
Decote o mesmo camiño!
Coma o seu cantar os páxaros
Tés, corazón, o teu ritmo.
Mais de bágoas s'inunda o meu rostro
E d'a y-alma n-o máis íntimo
O hastío lento penetra
Coma espada de dous fíos.
¡Eal, apártate lonxe..., non quero
Profanar este retiro,
Nin pode o corazón tolo
Ser de sí mesmo asesino.
Sosegáivos, ñas sombras airadas,
Qu'estou morta para os vivos.
¡Sagrado quedaches, bosque!
¡Sin mancha ti, meu espírito!

¡TERRA A NOSA!

I

Baixo a prácida sombra d'os castaños
D'o noso bon país;
Baixo aquelas frondosas carballeiras
Que fan dóce o vivir,
Cabe a figueira d'a paterna casa,
Que anos conta sin fin,
¡Qué contos pracenteiros...! ¡Qué amorosas
Falas se din alí!
¡Risas que s'oyen n-as seráns tranquilas
D'o cariñoso abril!
E tamén ¡qué tristísimos adioses
S'acostuman oír!

II

—Quen casa ten de seu, ten media vida.
Unhas telliñas para nos crubir,
Catro paus qu'ardan n-a lareira nosa,
¡Y á traballar sin fin!

¡Valor, valor!, y espera, desdichado,
Mentras teñas aquí
Unhas paredes tristes e desnudas
Máis que herdache, infeliz,
E d'as que naide despoxarte pode.
¿Naide?... A miseria, sí.

III

O forno está sin pan, o lar sin leña,
Non canta o grilo alí.
E se non é co'a pena que o consome
O probe soyo está c'o seu sufrir;
Sin qué comer e sin abrigo tremba,
Porque os ventos sutís
Húmedos inda, silban antr'as pedras
Y as portas fan xemir.
¡Qué ha de facer, Señor, si o desamparo
Ten o redor de sí!...
¿Deixar a terra en que naceu y a casa
En que espera ter fin?
¡Non, non!, qu'o inverno xa pasou y a hermosa
Primadera vai vir.
¡Xa os árbores abrochan n-a horta sua!
¡Xa chega o mes d'abril!
Y anque á torrentes chove en horas tristes,
En outras o sol ri;
Xa a terra pode traballarse, a fame
D'os probes vai fuxir,

¡Ail, o que en ti naceu, Galicia hermosa,
Quere morrer en ti.

IV

¡Hou miña parra d'albariñas uvas,
Que a tua sombra me das!
¡Hou ti sabugo de froriñas brancas,
Que curas todo mal!
¡Hou ti, en fin, miña horta tan querida
E meus verdes nabals!,
Xa non vos deixo, qu'as angustias negras
Lonxe de min s'irán!
O vran chega cubríndovos de fruto,
Todos son ricos xa;
Os paxariños tén graú n-as campías,
Abrigo n-a follax.
As noites son tranquilas e serenas,
Craro é sempre o luar;
Por antr'as tellas entran os seus rayos
Y hastra o meu leito van,
Y así durmo alumado pol-a lámpara
Qu'ôs probes lle luz da:
Lámpara hermosa, eternamente hermosa,
Consolo d'os mortals.

V

Esos varios sendeiros d'as montañas
Aos fondos vales cân...

Aló enriba o *sun sun* d'os pinos bravos,
En baixo a dóce paz;
N-a cima, crara luz, aires purísimos,
Salvaxen soledá,
Romores misteriosos que despertan
Pensamentos de brava libertá,
Perfumes penetrantes que deseyos
Loucos y extraños dan;
En baixo, amante calma, cariñosas
Brisas que ô rebuldar
Por antr'as follas, n-as suas alas traen
Romores de ciudad,
Eco d'algunha voz fresca e sonora
De timbre virxinal,
D'a campana d'aldea o cramoroso
Prolongado soar,
D'a presa d'o muiño o ronco estrondo,
Y o batidor compás
D'a lavandeira que c'os brancos liños
Contra unha pedra da.

VI

¡Sí, sí! Dios fixo esta encantada terra
Pra vivir e gozar;
Pequeno paraíso, este é un remedo
D'o que perdeu Adán.
Este prácido sol que nos aluma,
Estes aires d'o mar,

Este sempre soave, estas campías
Que non teñen igual;
Esta fala mimosa que nós temos
De tan dõce solás,
Que non sabe decir sinon cariños
Que hastr'os corazóns van,
Esta terra, n'hai duda..., Diol-a fixo
Pra ser amada e amar.
¡Ey! Galicia, a que dorme soños d'ánxel,
E chora ô despertar
Bágoas que si consolan as suas penas,
Non curan os seus mals.

VII

¡Que t'aman os teus fillos!... ¡Que os cosome
D'o teu chan s'apartar!...
Que ximen sin consolo, s'a outras terras
De lonxe á morar van.
Que aló está o corpo n-as rexiós alleas
Y o espírito sempre acá,
Que sô viven, sô alentan c'as lembranzas
D'o seu país natal.
E c'a esperanza, c'a esperanza ardente
D'á Galicia tornar...
E icómo n'adorarte d'este modo,
Santa e querida nai;
Cómo non morrer lonxe d'aquel seyo
Que mel de meles da,

Y é groria y é contento e paraíso
N-o mundo terreal!

VIII

¡Qué hermosa te dou Dios, terra querida,
Desdichada beldá!
¡Qué brando e melancólico sosego
Sinto ô te contemplar!
¿Por qué, por qué antr'as frores as espiñas
Entretexidas van,
N-esa coroa que a tua testa ciñe
De verdor eternal?
¡Hou Galicia, Galicia!: a arpa sonora
Pronto descolga xa
D'a seca ponla ond'olvidada dorme,
Dorme, á sigros contar;
Os bardos fillos teus a voz levanten
D'as cordas ô compás,
Y henchan o mundo armónicas y altivas
Tan só pra t'alabar.

* * *

Tecín soya a miña tea,
Sembrei soya o meu nabal,
Soya vou por leña ô monte,
Soya a vexo arder n-o lar.
Nin n-a fonte nin n-o prado,
Así morra co'a carráx,
El non ha de virm'á erguer,
El xa non me pousará.
¡Qué tristeza! O vento zoa,
Canta o grilo ô seu compás...
Ferve o pote..., mais, ¡meu caldo!
Soiña t'hei de cear.
Cala, rula, os teus arrulos
Ganas de morrer me dan;
Cala, grilo, que si cantas
Sinto negras soñás.
O meu homiño perdeuse,
Ninguén sabe en ónde vai...
Anduriña que pasache
Con el as ondas d'o mar,
Anduriña, voa, voa,
Ven e díme en ónd'está.

* * *

Os manantiales sécanse,
A os robres cânll'as follas,
Pero a tua y-alma é plena primadera:
Non viu máis que unha aurora.

Y en vano oyes d'o mundo,
En vano oyes d'a vida...
N'apagará a tua sede o que outros beben
N-as auguas maldecidas.

Mais cando chegue a tarde d'o teu día
E chegue o teu outono,
Ven hastra a miña tomba paseniño,
E deposita n-ela os teus remorsos.

DÔR ALLEO N'É MEU DÔR

Uns magoan querendo consolare,
Outros o dedo afincannos n-a chaga,
Mais o peor de todos é o traidore
Que repite ô ferirnos: «¡Todo pasa!»

Y a concencia tranquila,
Déixanos tan dichoso e tan sereno,
Entregados á un dôr que, se non mata,
Fai d'a vida un inferno.

Mais si o trance lle chega
D'o mesmo que magóa, ser magoado,
Di qu'eterno cal Dios é o seu penare
E pon n-o ceo o lastimeiro layo.

* * *

- ¡Como venden a carne n-o mercado
Vendeut'o xurafás!
¡Pero qué importa ô fin que me vendese,
Si eu no o podo olvidar!
—Matoute á penas, sin piedá, e deixoute,
Deixoute o desleal.
—Pois olvidada morrerei e triste,
Que olvidal-o... ¡non xa!
—Cal se pisan as herbas, el pisoute...
¡Ódiatel... ¿E n'o odiarás?
—Anque m'odie, e me pise, e me maldiza,
Heillo de perdoar.
—¡Mal haya a tua constancia, probe tola,
Y a tua lealtad!
Mais anque ti o perdones, Dios, que é xusto,
No pode perdoar.

*(Un incrédulo aparte,
Sorrindo c'un sorrir de Satanás.)*
—Fiádevos en Dios e non corrades.
¡Dios!, ¿quén sabe s'o hai?

(*Unha vella que pasa.*)—Aquél qu'as fixo
Eu sei que tarde ou cedo as pagará.

(*Outro.*)—Âs escuras vamos,
Sen que sepa ninguén pra dónde vai.
Pero, cobre n-a man o que poidere:
Máis val ter en seguro que esperar.

(*Un bon.*)—Hai tantos homes
Como intenciós e pensamentos hai;
Pero dichoso aquél qu'inda morrendo
Ô que o matou lle pode perdoar.

* * *

Foi á Pascoa enxoita,
Choveu en San Xoan,
Á Galicia a fame
Logo chegará.

Con malenconía
Miran para o mar
Os que n-outras terras
Tên que buscar pan.

* * *

Non coidarei xa os rosales
Que teño seus, nin os pombos;
Que sequen, com'eu me seco,
Que morran, com'eu me morro.

* * *

Eu levo unha pena
Gardada n-o peito,
Eu lévoa, e non sabe
Ninguén por qué a levo.
Orelas vizosas
D'o Miño sereno,
Onde o paxariño
Ten o seu espello,
Y antr'as margaridas
Pacen os cordeiros,
Vós soyas sabedes
O meu sentimento.

Cabo d'unha pena
Onde mana un rego,
À sombra d'un pino
Manso e xigantesco
Que soberbo brama
Cando o move o vento,
Coma n-un sepulcro
Dorme o meu sacreto;

Mais anque alí dorme
Vive en min desperto.
Eu levo unha pena
Gardada n-o peito,
Tamaña, tamaña,
Bon Dios, que n'a rexo.
¡Quén me dera, orelas
D'o Miño sereno,
Ser un d'aqués cómaros
Que en vós tén asento!
Sin medo e sin penas,
De vran e d'inverno,
Un sigro tras d'outro
Morara onde eu quero...
Co'a veiga por paço,
C'o espaço por teito.

Meus pensamentos, ¡cál voás tolos...!
¿Adónde vâs?
¿Adónde? Adonde si eu no-no digo,
Naid'o sabrá.

D'a fonte ô río, d'o río â veiga,
D'a veiga ô mar.
¿Qué buscás, tolos?... S'eu no-no digo,
Naide o sabrá.

Meus pensamentos..., ¿por qué perenes
Me atormentás?
¿Por qué ís decote, ¡ai!, s'adond'ides
Naide o sabrá?

Cal palomiña buscás a chama
Que vos queimar...
Y a triste morte que vós teredes
Naide a sabrá.

VIVIR PARA VER

Marcháchete un día
Ti, aquél que eu quería;
Fuxiste d'a terra
Que tanta alegría
Y encantos encerra.
Dixeches: «María,
Máis dõce qu'as meles,
Máis linda qu'as frores;
Paloma sin feles,
Non chores, non chores;
Que ausencia envivece,
Non mata, n'esquece
Os dõces amores
Que a dicha axuntou.
¡Eu voume!..., mais si hora
Delor nos ofrece
Fertuna traidora,
Jamás te olvidara
Quen tanto t'adora,
Quen tanto t'amara.
¡Adiós, miña vida!

N-o peito escondida
Te levo, antretanto
Non torno á te ver.
¡Ti esperal, pois xuro
Por Dios sacrosanto,
Que si non morrer,
Aquí hei de volver.»

Morrer, non morreche...
Y anque eu esperara...
¡Qué ben que compriche
Palabra que diche!
¡Amor que tiveche!
Que os anos pasaron,
As frores mucharon,
Os negros cabelos
En brancos tornaron,
E nunca máis, nunca,
¡Poder d'un querer!,
Quixeches volver...
Vivir para ver.

N'É DE MORTE

—¿Xa estás de volta, Rosa d'Anido?
¡Eu non coidara verte tan cedo!
Y as meigas todas contigo, Rosa,
Aló n-a vila seica andiveron,
Que de difunto tés a colore
Y a vista brava, y o falar seco.

—É que de pena, d'a terra lonxe
Pouquiño á pouco m'iba morrendo,
Mais... colorosa me verás logo,
Que agora vivo porque te vexo.

—¡Tola de Rosa, c'o qu'ela saye!...
¿Inda t'acordas d'aqueles tempos?

—¡S'inda m'acordo!... ¿Cóm'olvidal-os
Cando tan soyo sei pensar n-eso?
Bebemos xuntos n-aquela fonte,
Xuntos pousamos n-aquel portelo,
Herba collemos xuntos n-o prado,
E íbamos xuntos tomá-l-o fresco
N-o mes d'agosto dendes que a lua
Branca saía tras d'os outeiros.
Estas lembranzas, ¡ai!, consumíanme,
De ti apartada, d'a terra lexos...

Pero e ti, dime, ¿non t'acordaches
E non t'acordas de todo aquilo?
—¿Ti qué me pides, rapaza, cando
Desmemoriado son coma un deño?
Y ademáis, Rosa, diréich'o todo,
Pra que non volvas á pensar n-esto:
Bebín con outras n-aquela fonte,
Pousei con outras n-aquel portelo,
¡Ai, e con tantas á luz d'a lua
N-o mes d'agosto tomei o fresco!...
Dime, meniña, si un home pode
Cargar con tantos recordos d'estos,
E si non debe botar-os fora
Por que no estorben n-o pensamento.
Quíxente un día, quíxente, Rosa;
Mais di unha copra qu'o amor y o vento
Des que fixeron o seu facido,
Vanse, rapaza, como viñeron.
¡E qué lle vamos á facer, Rosa,
S'aquestas cousas non têm remedio!
¡Adiós!, pr'a Habana domingo embarco,
Y anque hora chores, non teñas medo;
Que mal d'amores n'é mal de morte,
Y ô fin y ô cabo pasa c'o tempo.

* * *

¡Quérom'ire, quérom'ire!
Para dónde, no-no sei.
Cégam'os ollos a brétema,
¿Para dónd'hei de coller?
N'acougo c'unha inquietude
Que non me deixa vivir;
Quero, e non sei o que quero,
Qu'é todo igual para min.
Quérom'ire, quérom'ire,
Din algúns que á morrer van;
¡Ai!, queren fuxir d'a morte,
¡Y a morte con eles vai!

* * *

O meu olido máis puro
Dérache si eu fora rosa;
O meu marmurio máis brando
S'é que d'o mar fora onda;
O bico máis amoroso
Se fose rayo d'aurora,
Si Dios... Mais ben sei que ti
Non qués de min nin a gloria.

* * *

—Medico, doill'a cabeza...
Zuruxan, doill'unha man,
Mais se é qu'o esprito lle doi,
¿Qué menciña lle darás?
—Para infirmidás d'as almas
N-a terra cura non hai;
Pídelle á Dios que ch'a leve;
Quizáis n-o ceu sandará.

* * *

—Anque me des viño d'o Ribeiro d'Avia,
Todol-os almibres e total-as viandas
D'as que os reises comen e n-o mundo haxa,
Ña madre querida, non sei qué me falta.

Anque me trayades com'un santo en palmas,
E que me poñades de total-as galas,
E que me levedes â corte de España,
Ña madre querida, non sei qué me falta.

Y anque me des ouro, y anque me des prata,
Diamantes y alxofres, pelras y esmeraldas
E canto hai n-o mundo, non me dades nada,
Porque, ña madriña, non sei qué me falta:
D'a esperanza hermosa cortáronm'as alas,
E n'haj alegría si n'haj esperanza.

* * *

Dend'aquí vexo un camiño
Que non sei adónde vai;
Pol-o mesmo que non sei
Quixera o poder andar.
Istreitiño sarpen tea
Antre prados e nabals,
Y and'o feito, aquí escondido,
Relumbrando máis alá.
Mais sempre, sempre tentándome
C'o seu lindo crarear,
Qu'eu penso, non sei por qué,
N-as vilas que correrá,
N-os carballos que o sombrean,
N-as fontes qu'o regarán.
¡Camiño, camiño branco!
Non sei para dónde vas,
Mais cada vez que te vexo
Quisiera poderte andar.
Xa collas para Santiago,
Xa collas para o Portal,
Xa en San Andrés te deteñas,

Xa chegues á San Cidrán,
Xa, en fin, te perdas..., ¿quén sabe
En dónde?, ¡qué máis me da!
Que ojalá en ti me perdera
Pra nunca máis m'atopar...
Mais ti vas indo, vas indo,
Sempre para donde vas,
Y eu quedo encravada en onde
Arraigo ten o meu mal.
Nin fuxo, non, qu'aque fuxa
D'un lugar á outro lugar,
De min mesma, naide, naide,
Naide me libertará.

N-O CRAUSTRO

Dábanse bicos as pombas
Voaban as anduriñas,
Xogaba o vento co'as herbas
Pobradas de margaridas,
Y as lavandeiras cantaban
Mentral-a fonte corría.

Fórons'indo unha tras d'outra,
Y alí se quedou soíña,
Co'a triste frente incrinada
Cabe unha arcada sombrisa...

Estonces, non sei qué sombras,
Quizáis de memorias vivas,
Quizáis d'os frades difuntos,
Pasar en procesión mística
Veu n-aquelas soedades,
Que amaba canto temía.

Tembrou d'angustia e de pena;
E con amarga sorrisa,
Mirando os xasmíns sin follas
Que iban á brotar axiña,

Marmurou mentras d'os ollos
As bagullas lle caían:

«Todo volve, todo torna,
Menos o ben que eu quería;
Todo, todo aquí se queda,
Eu soya vou de fuxida.
Non hei de vervos máis, frores,
Adorno d'esas cornisas;
Nin á oir os teus marmurios,
Fonte qu'á gozar convidas,
Nin á contemplarvos, pedras,
Testigos d'a pena miña:
Outros virán profanarvos,
Mentras eu morro esquencida.»

Sonaron pasos n-as bóvedas,
Soprou unha forte brisa,
Oyeuse unha carcaxada
Cal si d'o inferno saíra:
Era o Trasno d'o convento,
Que recordand'outros días,
Ríase d'as ansias negras
E d'a orfandá d'a meniña.

* * *

¡Cómo lle doi á y-alma,
Pero cánto lle doi!
De día nin de noite
Non para co'a delor.
¡Señor, vól-a fixeche,
Señor, curái-n-a vós!
Y o corazón ferido,
Tamén ¡cánto lle doi!
Y eu ben sei que non pode
Sandar d'o corazón.
¡Señor, dáille descanso
N-a terra qu'a criou;
Qu'o polvo torne ô polvo,
Y o espírito ô ceu, bon Dios.

* * *

Ô sol fun quentarme,
Doume escallofríos,
Cal si o Norte bravo
M'arrastrase arisco.
Sentín unha gaita
D'alegre sonido,
Y os cabelos todos
Puñéronsem'hirtos;
E tembrei cal tembra
N-a beira d'o río
Herba qu'a corrente
Toca c'os seus limos.
 Miñ'alma dorida,
Meu corpo inxeliño:
Faivos mal a gaita,
Davos o sol frío.
Miñ'alma, meu corpo:
Se non é feitizo,
É qu'a morte quérme
Para o seu enxido,

* * *

Sempre pol-a morte esperas,
Mais a morte nunca ven;
¡Coitada!, ¿pensas qu'as penas
Poden matar de unha vez?
Nunca, que son coma o hético;
Tras de roer e roer,
Sô deixan un corpo cando
Xa non têm que comer n-el.

Cando a y-augua d'as penas
Se reverte n-a copa sin medida,
Soyo é remedio a morte
Para curar d'a vida,

¿QUÉ LLE DIGO?

—Eu volvo para a terra;
A tu muller Antona, ¿qué lle digo?
—Pois pra non meter guerra,
Por que non veñan á petar connigo,
Olvidarás que foches meu testigo.
O demais..., boi a libertade adoito...
Xa sabes o refrán, meu compañeiro:
A libertá primeiro,
E mellor qu'alá broa, é aquí bizcoito.
—Máis val aquí, coma quen di solteiro,
Que casado e con fillos
Andar alá sudando aqueles millos...
¡Entendo, compañeiro!
—Que como poida se governe Antona,
Y anque d'ela me doyo,
Como de lonxe nada sei nin oyo...
Quen non sabe nin ve... sempre perdona.
Cando xa vello sea,
Tornarei c'os meus hosos para a aldea,
Que algo ll'hei de levar á terra nosa;
Mais mentras mozo sòn, non pode sere,

Porque si é por mullere,
Si é qu'Antona está alá, teño aquí á Rosa.

—Esa ch'é a naido d'o año,
Bon Antón de Riaño;
Pero en verdad che digo
Qu'as mulleres son todas o enemigo,
E xa que esto así o sea,
Antr'a nosa y a allea
Mais ou menos graciosa,
Pois... muller por muller, val máis a nosa.

—A nosa é quen nos quer e nós queremos;
Que si falta o cariño
Coidando que unha pomba tés n-o niño,
Unha cróbega tés, filla d'os demos.

—Â cróbega a cabeza se ll'esmaga
E co'a sua vida paga;
¿Mais d'Antona a pacencia
Con qué lle paga, díme, a tua concencia?
¿Qué cura d'o seu dôr a fonda llaga?

—Déxate de concencias e delores,
Que non teñen lugare
Tratando de mulleres e d'amores;
Qu'ela vexa, se quer, de se curare;
E cóntalle que cando eu o tivero
Xa lle darei con que se precurare,
Y agora, ¡adiós! ¡hastra que Dios quixere!

* * *

Teño un niño de tolos pensamentos,
Ond'o lar escondidos,
E dès que ven a noite
Y o lume está alcendido
Y arrimo o pote y á fiar me sento
N-aquel meu corrunchiño,
Mentras que quence o caldo, estonces dígolles:
«¡Vinde, meus queridiños!»

E corren e rebuldan
Tan contentos de estar soyos comigo,
C'a sua nai, c'a sua dona,
Seu único agarimo.
E ¡cánto alí falamos en sacreto,
E sempre d'el, Dios míol
D'el, que por irse alá... soya deixoume
C'o corazón ferido.

¡Cántas tristezas! ¡Cántos,
Queixumbrosos sospiros
M'atormentaron! ¡Cántos,
D'o meu peito saíron!

Pero todo en sacreto,
Qu'esto á ninguén llo digo,
Non foran á pensar que marmuraba
D'os feitos qu'el me fixo.
¡Eu marmurar de ti con xente allea!...,
Nunca, meu queridiño,
Que ti és meu home, eu tua muller, e debo
Calar a miña dôr y os teus desvíos.
Sô c'os meus locos pensamentos falo
Porque son meus amigos,
E tan discretos..., tanto,
Que sô din o que eu quero e lles premito.
Sin eles, meu Xaquín, ¿qué de min fora?
¿Soya aquí, dond'un tempo houben contigo
Estalara de dôr, tal com'estalan
N-o lume eses espiños?
Moitas veces, sí, moitas...
Pra non deixarme descansar, ¡rabizos!,
Hastr'o meu leito veñen,
E donde ti dormiche fan o niño,
Mais eu, tal coma agora
Pra non chorar á fío
E non ter que levar mañán de cedo
Os ollos coma brasas alcendidos
Cando vaya ô mercado,
Séille decir: «¡Endinos!,
Non m'atorméntéis máis, ide á escondervos
N-o voso buratiño.»
E despídoos de paso
Con un amante bico...

Mais si llo dou á eles ese beixo,
É para ti tan sô, Xaquín querido.
¡Volve, volve onda min, porque anque diga
Que consolada vivo
Con esos loucos pensamentos, seica,
Seica m'axudan a morrer, Dios mío!
Xaquín, Xaquín, que de muller naciche,
E que d'outra muller tiveches fillos!,
¡Ai, cal teu pai sin túa nai morrera...
Vé que morro sin ti, Xaquín querido!

BASTA UNHA MORTE

Cala, can negro, no oubees
A porta de quen ben quero;
Corvos, non voés por riba
D'o sobrado onde está enfermo.
C'o teu resprandor, *compaña*,
Váite, non lle poñas medo.
S'é que queres qu'alguen morra,
Eu sei d'un san que contento
Por el déravol-a vida
E irá con vosco ôs infernos.

AS TORRES D'OESTE

A y-agua corría
Pol-o seu camiño,
Y eu iba ô pé d'ela
Preto d'os Laiños,
Sin poder co'as penas
Que moran connigo.

Con tamaña carga,
¿Para dónde eu iba?
A Virxe sabrá-y-o,
Que eu no-no sabía;
Mais seica fuxindo
De min mesma iña.

Por antr'os herbales,
Profunda e sombrisa,
Cal unha serpente
D'escamas bruñidas,
Brilaba ôs meus ollos
Dándome cobiza.

¡Estaba tan soyal
Nin bote, nin lancha,
Nin velas, nin remos
A vista alegraban,
E soyal-as veigas
Tamén se quedaran.

¡Qué bonitas eran
N'outro tempo as rosas
Que n-aqueles campos
Medran e s'esfollan!
Mais muchas estonces
S'amostraban todas.

Y o sol, cal a lua
En noite de brétema,
Brilaba tembrando
Por antr'as vimbieiras,
Tan descolorido
Com'a mesma cera.

Y ô ferir as ondas-
Revoltas y escuras,
Víanse n-o espeso
D'a negra fondura
As herbas mariñas
E longas qu'a surcan.

De pronto unha y outra
Poñéndome medo,

As loitosas cruces
Se m'apareceron,
Que se erguen n-a orela
Cal n-un cimiterio.

—Meu ben, ¿ónde moras?—
Perguntei chorando—;
Xa que ti morreche,
¿N-o mundo, qué fago
Coma vós, ¡hou Torres!,
Soya e sin amparo?

Soidás me consomen,
Bágoas m'alimentan,
Sombras m'acompañan,
Cómem'a tristeza.
¡Quén pode con tanta
Fartura de penas!

Y eu non sei qué negra
Tentazón maldita
M'afixiu o espírito,
M'anubrou a vista,
E sorreume como
M'o demo sorrira.

Dend'a fonda orela
Mirei arredore...
A marea viva
Petaba n-as Torres,

Orfas antr'a líquida
Sabán qu'as envolve.

—¡Alá vou!—lle dixen—
Dáime morte dõce,
Auguas ond'as penas
Para sempre dormen...—
Saltei... y a corrente
Calada levoume.

.....
.....
.....

¡Hou Torres d'Oeste!
Malas tentadoras
Auguas apromadas,
De calma treidora;
Cómaros pelados
Ond'o corvo pousa.

¡Hou Torres d'Oeste!
Tan soyas e mudas
¡Cál vós atentaches
A miña tristura!
Ninguén triste vaya
Cabo de vós nunca.

D'os desamparados
Tendes o menaxen,
E inda ô redor voso
Non resorde o aire,

Coma si temese
De vos despertare.

É d'as que s'apegan
A tristeza vosa,
D'as qu'o peito oprimen,
D'as abrumadoras,
Que ô inferno encamiñan
As almas loitosas.

Que s'inda estou viva,
Foi que un mariñeiro,
Medio morimunda,
Por estès cabelos
Tróuxome d'as ondas,
Ô mundo en que peno.

Non vayades nunca,
Eu vol-o aconsello,
Âs Torres d'Oeste
C'o corazón negro.

¿POR QUÉ?

—Escoita!, os algoasiles
Andan correndo a aldea;
Mais ¿cómo pagar, cómo, s'un non pode
Inda pagá-l-a renda?

Embargaránnos todo, que non teñen
Esas xentes concencia, nin têm alma.

¡Quedaremos por portas,
Meus fillos d'as entrañas!

¡Mala morte vos mate
Antes de que aquí entredes!..
D'os probes ô sentirvos,
¡Os corazóns, cá! baten tristementel

—María, se non fora
Porque hai un Dios que premia e que castiga,
Eu matara eses homes
Como mata un raposo á unha galiña.

—¡Silencio! ¡Non brasfemes,
Que este é un valle de lágrimas!..
Mais ¿por qué algúns lles toca sufrir tanto
Y outros a vida antre contentos pasan?

* * *

De soidás morriase,
N-a vila sospirando pol-a aldea,
Asombrábana as casas c'os seus muros,
Y asombrábana as torres y as igrexas.

As ruas enlousadas somellábanlle,
Sin verdor nin frescura,
Cimiterio ond'os mortos
Fora andaban d'as tristes sepulturas.

Y as comidas sabíanlle
Á fariña sin sal y á xaramagos,
Y as poucas que tocaba,
En vez de darll'alento a iñan matando.

Algunha vez chegaban hastra ela,
Non sei si en ilusión, se de verdade,
Uns agrestes olidos
De leixanas ribeiras e pinares.

Íñase estonces á sentar n-un alto,
Contempraba os extensos horizontes,

E rompendo en sospiros que a afogaban,
Ronca excreamaba saloucando: «¡Eu vóumel!»

¡E ññase aprêsa e sin remedio!... ¡ññase
Co'a tristeza mortal qu'a consumía!
¡ññase a probe Rosa,
Pero... ¡para a outra vida!

* * *

Pois consólate, Rosa:
Que moito ten que padecer n-a vida
Quen moito d'ela goza;
Y olvidada ha de ser quen foi querida;
O que á ti che pasou, pásalle á todos
D'esa *maneira*, ou de distintos modos.
¿Non t'acordas d'aquéla?
Todo n-ela era encanto e fermosura,
Todo inocencia pura;
E con fonda ternura
E c'un amor que as pedras abrandaba,
Eu decote, a chamaba
Pomba sin fel e fonte de cariño.
Bebía n-o seu peito o paxariño,
¡Tan branco, relumbraba!
Y olor, color, sabor, qu'eu ben sabía
Ô que sabía Anxela,
Anque n'inda á cheiral-a m'astrevía...
¡Todo ôs meus ollos era santo n-elal
Esto n-un tempo foi, tempo dichoso,
Que inda o corazón tembra cariñoso,

Porque despois d'aquelo
E que un d'outro vivimos apartados,
Ela indose á Ferrol y eu á Cambados,
Topámonos n-a feira d'o Campelo,
Y eu busca que te busca n-a sua cara,
E no seu xeito todo,
O encanto que en un tempo m'encantara,
E no puiden topar de ningún modo.
Y ela era a mesma, tan lanzal y hermosa,
Tan fresca e colorosa
E d'oce coma a mel d'os seus cortizos;
Mais á tantos feitizos.
Eu estaba insensibre
E d'o pasado en vano perseguía
Un volubre fantasma que fuxía
Libre d'amor e de cadeas libre.
Meditai un momento
E con certo remorso e sentimento
Ô cabo comprendín, ña Rosa cara,
Que tanto ben y encanto que namora,
Nada para min fora
Si aló cand'eu a amara
Outros o meu amor non ll'emprestara.
Porque non val sabencia,
Bondade, fermosura n'inocencia,
Pureza nin virtude,
Para ser ben querido e ben querere,
Porque basta c'o sere.
Mentras o amor non mude,
S'és fea, coma ti n'habrá mullere

De mayor xentileza e mellor pranta;
S'és infame e perdida, serás santa
D'as qu'o son sin querel-o parecere;
E s'és boba e sin sal, é qu'escondida
Tés a esencia y a gracia bendecida
Dentro d'un misterioso relicario
Donde sô o amante cego e visionario
A esencia atopa y o elixir d'a vida.
Mais desqu'o amor quere voar, ña prenda,
E que lle cai a venda,
Forza é deixal-o ire,
Que n'hai virtude nin poder que o prenda,
Y o qu'antes nos mirou tras d'unha nube
Ou trasparente gasa,
Dès que a gasa se rompe e a nube pasa,
Rosa, val moito máis que no nos mire.

CO'A PENA, Ô LOMBO

¡Cántas frores silvestres n-os valados,
Quê festós e qu'encaixes
Primorosos de musgos e verdura;
Qué colorido, qué follax n-os arbores
Mentral-as brisas mansamente corren,
Coma alento d'os ánxeles!

Reina n-a veiga un prácido sosego,
Cai a luz n-os regueiros en cambiantes,
Y cómaro e encanada soavemente
Van quereband'o paisaxen
Lixeiramente envolto n-os vapores
D'a misteriosa tarde.

Sô se sinte o piar d'o paxariño,
O marmurar d'as auguas,
E n-a cima d'o monte o cantar triste
D'unha muller que pasa,
Mentras c'o seu marmurio o manso rego
N-aquel ritmo monótono a acompaña.
¡Qué tristeza tan dócel
¡Qué soidá tan prácida!

¡Mais para un alma en orfandá sumida,
Qué soidá tan deserta e tan amarga!

Sin mirar, fixa os ollos
N-as brétemas leixanas,
Vaporosas e leves
Que o sol pinta de grana,
Y as mans en cruz, y os ollos
Arrasados en bágoas,
Marmura saloucando: «¡Quérom'ire,
Porque agonizo aquí desconsolada!...

Millor que acá antre rosas
¡Ail, ¡quero ir á morrer adonde el vaya!»
E n-o fondo d'o barco
Soiña, abandonada,

Tras seu amor y a morte, para América,
Para morrer de dôr, ô mar se lanza.

TAN SOYO

Os dous, d'a terra lonxe
Andamos e sufrimos, ¡ai de min!;
Mais ti tan soyo te recordas d'ela,
Y eu, d'ela e máis de ti.
Ambos errantes pol-o mundo andamos.
Y as nosas forzas acabando van;
Mas ¡ail, ti n-ela atoparás descanso,
Y eu tan soyo n-a morte o hei d'atopar.

INDICE

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA.....	7
PRÓLOGO DE D. EMILIO CASTELAR.....	9
DUAS PALABRAS D'A AUTORA.....	27

LIBRO PRIMERO

VAGUEDÁS

D'aquelas que cantan as pombas y as frores....	37
Ben sei que non hai nada.....	37
Tal com as nubes.....	38
Diredes d'estos versos, y é verdade.	39
¡Follas novas!, risa dame.....	40
¿Qué pasa ô redor de min?.....	41
Algúns din ¡miña terra!.....	41
Alá, pol-a alta noite.....	42
Paz, paz deseada ..	43
Unha vez tiven un cravo.....	44
Cand'un é moi dichoso, moi dichoso.....	45
Hoxe ou mañán, ¿quén pode decir cándó?.....	46
Xa nin rencor, nin desprezo.....	47

	Páginas.
Aquel rumor de cántigas e risas	48
Á un batido, outro batido.. ..	50
Cand'era tempo d'inverno.. ..	50
Mais vé qu'o meu corazón... ..	51
C'o seu xordo e constante mormorio.....	52
Ando buscando meles e frescura.....	53
¡Silencio!.....	54

LIBRO SEGUNDO

¡D'O ÍNTIMO!

¡Adiós!.....	57
Gritos e ralos, rans albariñas.....	59
¡Cal as nubes n-o espaço sin límites.	60
Rico ou probe algún día.....	61
N-a Catedral.....	62
¡Corré serenas, ondas cristaiñas.....	66
Cada noite eu chorando pensaba.....	68
Ti onte mañán eu.....	69
Deixa que n-esa copa en onde bebes.....	70
Bôs amores.....	71
Amores cativos.....	72
Abrid'as frescas rosas.	73
De balde.....	74
¿Quén non xime?.....	75
Ladraban contra min que camiñaba.....	77
¿Por qué, miña almiña.....	79
O toque d'alba	81
¡Mar!, c'as tuas auguas sin fondo.....	83
Cava lixeiro, cava.....	84

	Páginas.
Cando penso que te fuches.....	85
A ventura é traidora.....	86
Lévame á aquela fonte cristaiña.....	87
O pazo d'A.....	88
N-o ceo, azul crarísimo.....	89
A xusticia pol-a man.....	90
Dios puso un velo enriba.....	92
¡Tas-tis!, ¡tas-tis!, n-a silenciosa noite.....	93
Amigos vellos.....	95
Mayo longo..., mayo longo.....	97
Lua descolorida.....	98
Qué prácidamente brillan.....	99
Extranxeira n-a sua patria.....	101
¡Padrón!... ¡Padrón!.....	103
Pasade.....	107
¿Por qué, Dios piadoso.....	108
¡Soyal!.....	110

LIBRO TERCERO

VARIA

N'hai peor meiga que unha gran pena.....	113
Vamos bebendo.....	120
Un verdadeiro amor é grande e santo.....	121
Non cantes, non chores, non rías, non fales.....	121
¡Adiantel!.....	122
¡Nin as escuras!.....	123
Xigantescos olmos, mirtos.....	125
Cada cousa n-o seu tempo.....	127
Cabe d'as froles a nena.....	128
Pelouro que roda.....	131

	<u>Páxinas.</u>
A disgracia.....	132
¡E ben! Cando comprido.....	135
Sin niño.....	137
Eu por vós, e vós por outro.....	138
¡Valor!, qu'angu'eres como branda cera.....	141
Dulce sono.....	142
Espantada, o abismo vexo.....	143
Para a vida, para a morte.....	144
N-a tomba d'o xeneral inglés Sir John Moore....	146
Cal graciosa brandeas.....	151
Sin terra.....	154
<i>Para algúns negro</i>	155
Tristes recordos.....	158
D'aquí vexo os seus campos.....	163
Meses d'o inverno fríos.....	164
Era n-o mes de mayo.....	165
¿Qué ten?.....	171
Ti, a feiticeira e branca com'as Neves.....	172
Ruínas.....	173
Chirrar d'os carros d'a Ponte.....	177
A bandolinata.....	178
Branca virxes de cándidos rostros.....	181
Vanidade.....	182
Aprêsa Álvaro d'Anido.....	183
Decides qu'o matrimonio.....	184
Agora cabelos negros.....	185
Premita Dios que te vexas.....	186
Teño un mal que non ten cura.....	187
Sarna con gusto non pica.....	189
É verdade que un pode.....	190
Fas uns versos..., ¡ai qué versos!.....	191
Tembra un neno n-o pórtico húmido.....	192

LIBRO CUARTO

D'A TERRA

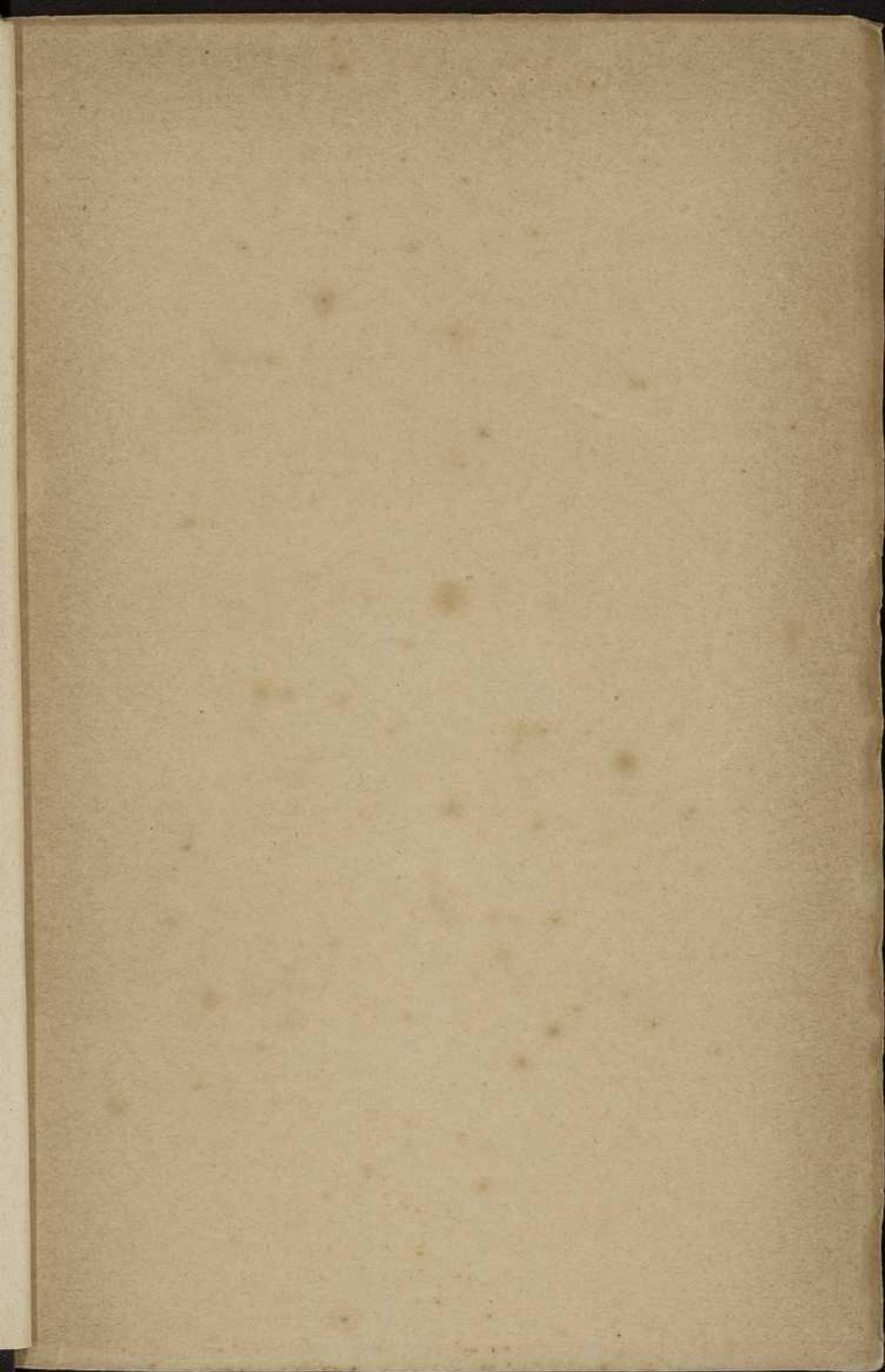
De Galicia os cimiterios.....	197
¡Caladel.....	198
<i>Miña casíña, meu lar.....</i>	199
Soberba.....	202
¡A probiña, qu'está xorda...!	205
Xan.....	217
O encanto d'a pedra chan.....	220
Tanto e tanto nos odiamos.....	229
En Cornes.....	233
San Lourenzo.....	237

LIBRO QUINTO

AS VIUDAS D'OS VIVOS
Y AS VIUDAS D'OS MORTOS

¡Pra a Habana!.....	243
¡Olvidemo-l-os mortos!.....	247
¡Terra a nosa!.....	250
Tecín soya a miña tea.....	256
Os manantiales sécanse.....	257
Dôr alleo n'é meu dôr.....	258
Como venden a carne n-o mercado.....	259
Foi a Pascoa enxoita.....	261
Non coidarei xa os rosales.....	261
Eu levo unha pena.....	262
Meus pensamentos ¡cál voás tolos!.....	264
Vivir para ver.....	265

	<u>Páginas.</u>
N'é de morte.....	267
¡Quérom'ire, quérom'ire!.....	269
O meu olido máis puro.....	270
Medico, doill'a cabeza.....	270
Anque me dés viño d'o Ribeiro d'Avia.	271
Dend'aquí vexo un camiño.....	272
N-o craustro.....	274
Cómo lle doi a y-alma.....	276
O sol fun quentarme.....	277
Sempre pol-a mort'esperas.	278
¿Qué lle digo?.....	279
Teño un niño de tolos pensamentos.....	281
Basta unha morte.....	284
As Torres d'Oeste.....	285
¿Por qué?.....	290
De soidás morriase.....	291
Pois consólate, Rosa..	293
Co'a pena ó lombo.	296
Tan soyo.....	298





ROSALÍA
DE CASTRO

II

FOLLAS
NOVAS

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA

4628

Biblioteca